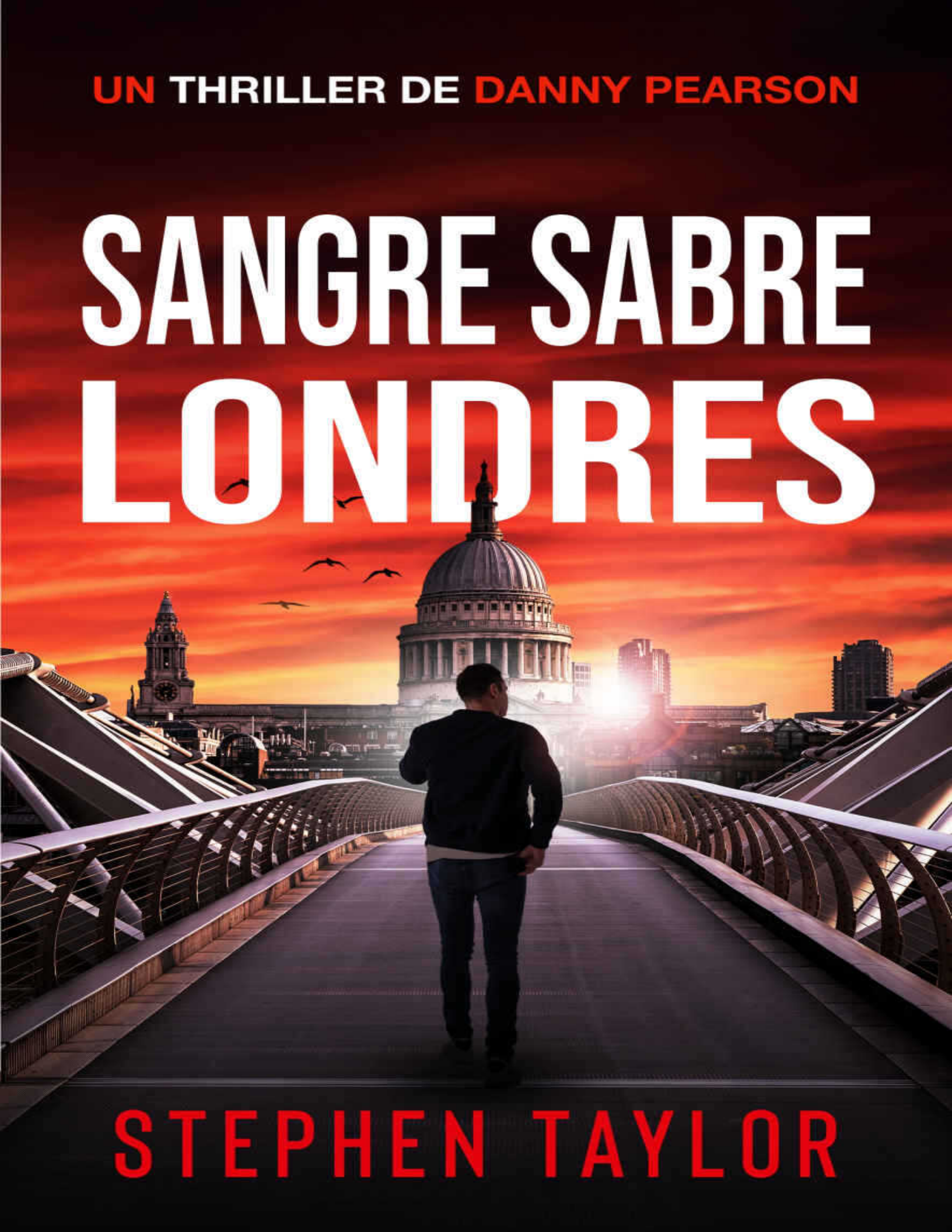
UN THRILLER DE DANNY PEARSON

SANGRE SABRE LONDRES



STEPHEN TAYLOR

SANGRE SOBRE LONDRES

STEPHEN TAYLOR





Copyright © 2025 Stephen Taylor
Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798271823879

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, fotocopia, mecánico, grabación o de otro modo, sin el permiso previo del titular de los derechos de autor.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

ÍNDICE

Danny Pearson regresará
Otros libros de Stephen Taylor

UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
VEINTIUNO
VEINTIDÓS
VEINTITRÉS
VEINTICUATRO
VEINTICINCO
VEINTISÉIS
VEINTISIETE
VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
TREINTA Y UNO
TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES
TREINTA Y CUATRO
TREINTA Y CINCO
TREINTA Y SEIS
TREINTA Y SIETE
TREINTA Y OCHO
TREINTA Y NUEVE
CUARENTA
CUARENTA Y UNO
CUARENTA Y DOS
CUARENTA Y TRES
CUARENTA Y CUATRO
CUARENTA Y CINCO
CUARENTA Y SEIS
CUARENTA Y SIETE
CUARENTA Y OCHO
CUARENTA Y NUEVE
CINCUENTA
CINCUENTA Y UNO
CINCUENTA Y DOS
CINCUENTA Y TRES
CINCUENTA Y CUATRO
CINCUENTA Y CINCO
CINCUENTA Y SEIS
CINCUENTA Y SIETE
CINCUENTA Y OCHO
CINCUENTA Y NUEVE
SESENTA
SESENTA Y UNO
SESENTA Y DOS
SESENTA Y TRES
SESENTA Y CUATRO
SESENTA Y CINCO
SESENTA Y SEIS
SESENTA Y SIETE
SESENTA Y OCHO
SESENTA Y NUEVE
SETENTA
SETENTA Y UNO

SETENTA Y DOS
SETENTA Y TRES
SETENTA Y CUATRO

Por favor, por favor.
Elige tu próxima novela
Acerca del Autor

DANNY PEARSON REGRESARÁ

Para actualizaciones sobre lanzamientos actuales y próximos, así como promociones exclusivas, visite el sitio web del autor en:

www.stephentaylorbooks.com

OTROS LIBROS DE STEPHEN TAYLOR

LA SERIE DE THRILLERS DE DANNY PEARSON

Sangre Sobre Londres

Ejecución de La Fe

Quién Ostenta el Poder

Vivo Hasta Que Muera

Deporte de Reyes

La Sangre Corre Profunda

Orden de Matar

Sin Límite Superior

No Dejar Nada al Azar

Muerto, No Enterrado

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Enemigo en la Puerta

Cueste Lo Que Cueste

UNO

Bajo un cielo nocturno cubierto de nubes, cuatro figuras salieron de un helicóptero Mi-8 de fabricación rusa hacia el árido desierto de Afganistán. Se desplegaron, arrodillándose con los fusiles en posición. Sus ojos escrutaban el terreno a través de visores nocturnos. Los motores del helicóptero aumentaron de volumen, la intensificada corriente de aire les azotaba la espalda con arenilla punzante mientras se alejaba. Tan pronto como el ruido se desvaneció, el líder del equipo les hizo la señal para avanzar. Los habían dejado a ocho kilómetros de su destino para evitar ser detectados. Iniciaron una marcha rápida para cubrir la distancia. Tras comprobar su GPS, el líder dio la señal de alto. Bebieron para rehidratarse mientras ríos de sudor corrían por sus rostros pintados de camuflaje. El equipo del SAS se tumbó boca abajo, asomándose por el borde de un cauce de río seco. Smudge enfocó a través de su visor nocturno, manteniendo la vigilancia del objetivo mediante la fantasmagórica vista aumentada en verde. El líder del equipo, Danny Pearson, repasó la información y el plan de misión una última vez.

—Vale, chicos, según la inteligencia los rehenes están en este complejo. Nuestro objetivo es sacar al diplomático Richard Mann, a su esposa y a su hijo. Si podemos hacerlo sin que todo se convierta en un desastre, mejor —dijo Danny, golpeando suavemente la foto de reconocimiento aéreo.

—Seguiremos la cobertura natural del cauce del río hasta aquí. Cuando tengamos vía libre, tendremos que correr los últimos cuarenta metros de terreno abierto hasta el muro. ¿De acuerdo? —hizo una pausa esperando la confirmación del equipo.

—En el muro, Smudge, Chaz, vosotros cubriréis el callejón norte y nuestra ruta de escape hacia el sur. Fergus y yo entraremos en el complejo por aquí y extraeremos a los rehenes.

Sus sentidos se agudizaron mientras la adrenalina aumentaba en sus venas.

—Recordad, si la cosa se complica, proporcionad fuego de cobertura intenso y volved aquí. Solicitaré un ataque aéreo y nos moveremos para la extracción. ¿Entendido?

Siguiendo el plan, se desplazaron a lo largo del cauce de poca profundidad. Serpenteaba a izquierda y derecha hasta que finalmente giró cerca del muro. Con las cabezas apenas sobre el terraplén, examinaron el complejo a través de sus visores.

—Guardia a las dos en punto, en lo alto de la esquina este —dijo Chaz.

—Recibido —dijo Danny.

—Guardia alejándose de nosotros por el callejón norte —dijo Smudge, escaneando la esquina más alejada.

—Lo veo. Recibido.

Observaron durante unos minutos más para asegurarse de que no había más guardias de centinela. Las imágenes de drones en su información de misión mostraban alrededor de una docena de combatientes de Al Qaeda en el complejo.

—El guardia del muro se está alejando —dijo Chaz, con los ojos aún pegados al objetivo.

—Vale, preparados, nos movemos a la de tres.

Danny esperó unos segundos más para asegurarse de que el guardia no daba media vuelta.

—Uno, dos, tres.

Moviéndose tan rápido como podían con cuarenta kilos de equipo a sus espaldas, los hombres corrieron agachados y pegados hasta la base del muro del complejo. Girando, apoyaron sus espaldas contra

él, con las armas inmediatamente en alto mientras los cuatro cubrían todas las direcciones, escuchando.

Silencio. Ni gritos, ni alarmas.

—Bien, hagamos esto según el libro, chicos. Nada de heroísmos —dijo Danny, despidiendo a Smudge y Chaz para que cubrieran la esquina lejana mientras él y Fergus se dirigían a la entrada del complejo.

A dos metros de la esquina, Smudge se tumbó boca abajo mientras Chaz se arrodillaba, dando la espalda a Smudge mientras cubría la retaguardia y la ruta de escape de Danny. Moviéndose increíblemente despacio, Smudge avanzó en silencio en la oscuridad. Asomó los ojos por la esquina y miró hacia el callejón norte. Sus ojos escrutaron la única fuente de luz tenue que provenía de una lámpara en lo alto del callejón. Para su sorpresa, apareció un punto rojo a no más de cuatro metros de distancia. La cara de un guardia se iluminó de rojo mientras se recostaba contra la pared y daba una calada a su cigarrillo.

Luchando contra el impulso de echarse atrás, Smudge retrocedió lentamente detrás de la esquina. Dio un toque en el hombro a Chaz y señaló que había visto a uno. Se quitó la mochila y el fusil, sacó su cuchillo y volvió a girarse. Chaz permaneció pegado a la esquina, con su arma silenciada lista por si fuera necesaria. Smudge se movió dolorosamente despacio hacia la oscuridad del callejón.

Aburrido y cansado, el guardia terminó su cigarrillo, arrojando la colilla al suelo. Alcanzó su fusil apoyado contra la pared. No llegó a tocarlo. Una mano le tapó la boca, y apenas tuvo tiempo de registrar la sensación del frío acero contra su cuello caliente. Smudge le clavó el cuchillo en la base del cráneo, matándolo instantáneamente.

—Contacto. Hostil abatido. La misión continúa —llegó al auricular de Danny.

—Recibido. Entrando en el complejo ahora.

Manteniéndose lo más pegado posible a la pared, Danny se agachó junto a la entrada arqueada del recinto. Metió la mano en su mochila y sacó una pequeña varilla telescópica con un espejo acoplado. Extendiéndola lentamente a ras de suelo, la giró hasta que finalmente captó el reflejo de dos guardias justo en el interior.

—Dos. A diez metros, lado derecho —susurró en su micrófono de garganta.

—Entendido —llegó la respuesta susurrada de Fergus.

—Me ocuparé de esos dos, tú cúbreme la espalda y busca al que está en el muro —susurró Danny, guardando el espejo y sacando su rifle con silenciador.

—Entendido —respondió Fergus, colocándose más pegado detrás de Danny.

—A mi señal. ¿Todo despejado, Smudge?

Tumbado sobre el guardia muerto mientras vigilaba el callejón, Smudge asintió a Chaz.

—Afirmativo, listo para proceder.

Danny giró a través del arco, observando a los guardias. Disparó dos tiros en el centro del cuerpo de cada guardia, derribándolos como piedras. Otros dos pings metálicos sonaron detrás de él, seguidos de un golpe seco cuando el guardia cayó del muro al suelo de tierra. Se arrodillaron con las armas en alto, cubriendo el patio a la espera de un ataque. Sin alarma. Sin guardias. Todo en silencio.

Los dos arrastraron los cuerpos detrás de una vieja camioneta destartalada aparcada contra el muro del recinto. Continuaron hacia el edificio que en las imágenes satelitales estaba marcado como la ubicación de los rehenes.

—Hostiles neutralizados. Avanzando hacia la ubicación de los rehenes —susurró Danny por el micrófono.

—Entendido. Perímetro despejado —respondió Chaz.

Se desplazaron agachados pasando el primer edificio. Las luces estaban encendidas y podían oír voces charlando y riendo a través de las ventanas abiertas. Danny avanzó en cabeza hacia la puerta del edificio de los rehenes, con Fergus caminando hacia atrás, cubriendo la retaguardia.

—Yo iré primero, tú cubre mi izquierda —susurró Danny mientras ambos se preparaban para asaltar el edificio.

—Entendido.

Entrando rápidamente por la puerta, ejecutaron una maniobra de búsqueda bien ensayada. Mientras registraban las habitaciones, no encontraron guardias. El motivo quedó claro en cuanto entraron en

la última habitación. Tumbado en el suelo a un metro de su propia cabeza, estaba el cuerpo decapitado del diplomático. A su lado, tumbados de costado con las manos atadas a la espalda, yacían su esposa e hijo con los cuellos cortados, sus rostros congelados en los terroríficos últimos momentos de vida.

Permanecieron inmóviles, incapaces de apartar la mirada de la escena durante unos largos segundos. El olor a muerte y el zumbido de las moscas se estaban grabando en sus memorias para siempre.

—¡Joder! Malditos cabrones —dijo Danny, mientras el impacto hacía que su mente se descontrolara. Su propia esposa e hijo habían sido asesinados un par de años atrás, cuando un camionero aplastó su coche antes de darse a la fuga, sin ser encontrado jamás. Sentimientos profundamente reprimidos afloraron a la superficie mientras miraba los cuerpos frente a él, imágenes de su mujer e hijo superponiéndose sobre ellos mientras su mente se sobrecargaba de emoción.

—Malditos cabrones. Cabrones.

—Abortar misión. Los rehenes están muertos. Salimos. Preparad la evacuación —dijo Fergus, tocando el hombro de Danny.

—Entendido —respondió Smudge.

—Danny, es hora de irnos, colega.

Aturdido, Danny siguió a Fergus hacia la puerta sin responder. Al pasar junto al edificio con las luces encendidas, Danny se detuvo.

—Malditos cabrones —seguía murmurando una y otra vez.

—¡Danny! ¿Qué estás haciendo, jefe? —preguntó Fergus, observando horrorizado cómo Danny cargaba contra la puerta. Dentro, los combatientes de Al Qaeda, sorprendidos, tropezaban y caían de sus sillas, intentando frenéticamente agarrar sus rifles. Una lluvia de fuego automático atravesó la habitación. La sangre y el yeso llenaron el aire. Ninguno de ellos logró disparar antes de que el arma de Danny se quedara sin munición. Mientras se asentaba el polvo, la puerta de la cocina se abrió de golpe y un fanático gritando se abalanzó hacia él con un cuchillo de carnicero en la mano. Aún cegado por la rabia, Danny soltó su rifle y cargó directamente contra el hombre, sacando su cuchillo comando de la funda mientras avanzaba. Un segundo antes del contacto, el hombre salió volando

hacia atrás sobre un camastro en una nube de neblina roja, tres disparos del rifle de Fergus le habían alcanzado en pleno pecho.

Danny se detuvo, respirando pesadamente con una lágrima rodando por su mejilla. Fergus se acercó y le pasó el brazo por el hombro.

—Vamos, colega, se acabó. Volvamos a casa.

Con el rostro duro como el granito, Danny se secó los ojos, se giró y recogió su rifle. Cargando un nuevo cargador, salió del edificio.

—Smudge, Chaz, estamos saliendo. Despejado para evacuación —dijo.

—Todo despejado, jefe, salid ya.

No puedo seguir haciendo esto. Se acabó para mí.

DOS

Harry Knight estaba sentado en un taburete de cocina, leyendo el periódico de la mañana sobre la barra de desayuno con superficie de mármol blanco. Su esposa, Louise, se movía por la cocina haciendo clic con sus tacones altos. Él vestía impecablemente como siempre; la elección de esta mañana era un traje gris marengo de Saville Row con chaleco a juego, perfectamente ajustado sobre una camisa blanca almidonada y una corbata de seda gris oscuro. Su Rolex Submariner de platino apenas se vislumbraba bajo los puños de la camisa, sujetos con gemelos de oro con incrustaciones de diamantes con las iniciales HK.

—Gracias, cariño —dijo mientras su esposa colocaba una taza sobre un posavasos frente a él.

—Bueno, me voy ya, Harry. Tengo que dejar a May en la universidad y luego he quedado con las chicas para comer —dijo Louise, besándole en la mejilla mientras cogía su bolso de Gucci y las llaves.

—Vale, cariño. Tengo que ir al club esta noche, así que llegaré tarde a casa —le gritó. Escuchó un "Vale" que resonaba desde el pasillo, seguido por la voz de su esposa llamando a su hija.

La cara de May apareció por la puerta del salón, con una sonrisa despreocupada y feliz extendida ampliamente en ella.

—Adiós, papá —dijo.

—Adiós, cariño. Que tengas un buen día —respondió él con suavidad.

—¡Voy! —gritó ella, desapareciendo por la otra puerta.

Harry podía oír a Louise hablando con alguien en la puerta principal.

—Harry, Bob está aquí. Pasa, cielo. Está en la cocina —dijo ella, cerrando de golpe la puerta principal en su prisa por marcharse.

Bob Angel entró por la puerta de la cocina en ángulo; el tamaño de sus hombros no cabía de frente. El ex luchador de boxeo sin guantes mostraba ahora una pequeña barriga de mediana edad, pero aparte de eso, seguía proyectando una sombra formidable. Vestía un traje azul oscuro a medida. Parecía fuera de lugar en un hombre con una nariz torcida y aplanada y manos como palas, pero Harry insistía en que todos sus hombres vistieran trajes elegantes.

—*Somos empresarios, no matones callejeros* —solía decir.

—¿Qué tal, Bob? ¿Qué te trae por aquí tan temprano? Estuviste en el club hasta las cuatro, ¿no? —dijo Harry, levantando la vista de su periódico—. ¿Quieres un café?

Harry se levantó y se movió por la cocina para preparar una bebida a su amigo más antiguo y mano derecha.

—Sí, por favor, jefe. Vengo temprano porque hemos tenido algunos problemas en el club y en el Dog-n-Duck —dijo Bob, mientras el taburete crujía bajo su peso.

Frunciendo el ceño, Harry puso la bebida sobre un posavasos frente a Bob. Cogió la suya propia y permaneció de pie.

—Continúa —dijo.

—Pillamos a uno de los tipos de Volkov traficando en el club otra vez anoche, y Pete ha tenido a dos de ellos acercándose a él en el Dog. Le amenazaron, dijeron que tenía que usarlos a ellos para suministrar el alcohol al pub, o habría consecuencias —explicó Bob, manteniendo la calma en su marcado acento cockney.

—Viktor, el jodido Volkov, ese ruso descarado —dijo Harry, dando la espalda a Bob. Miró por las grandes puertas plegables del patio, pensativo. Un operario estaba limpiando su patio con agua a presión mientras el jardinero inspeccionaba su cuidado césped.

—A ese pequeño capullo ya se le advirtió sobre esto antes y sigue tomándose libertades. Reúne a algunos de los muchachos, localiza a los sucios mensajeros de Viktor y dadles una buena paliza; no lo suficiente para mandarlos al hospital, pero lo bastante fuerte para que no lo olviden. Diles que se larguen al sur del río y que se queden allí —dijo, volviéndose hacia Bob y derramando su café sobre la barra al dejarlo.

—Mierda, mejor limpio esto. Lou me sacará las tripas.

Bob se rio para sus adentros. El gran Harry Knight —el hombre que había construido un imperio de pubs, clubs, casas de apuestas y propiedades como había podido— seguía sin ser el jefe en su propia casa.

—¿Cómo va la pelea, Bob? —preguntó Harry, volviendo al negocio.

—Bien, Harry, el chaval parece la pera. Las apuestas han subido bien. El otro tipo está a cuatro a uno. Es un buen muchacho, contento con el soborno. Caerá en el tercer asalto —dijo Bob, radiante. Todavía le encantaba la emoción del mundo de la lucha.

—Genial. ¿El almacén está todo preparado? —preguntó Harry, animándose.

—Sí, solo por invitación y Mark ha organizado toda la seguridad: ni móviles, ni grabaciones. Todo montado como un evento benéfico. Incluso tenemos talento de clubs locales haciendo combates de boxeo. Cuando terminen, los sacaremos antes del combate a puño limpio —dijo Bob, dando un trago a su bebida.

—¿Qué tal pintan las cifras?

Las grandes manos de Bob sacaron una pequeña libreta del bolsillo interior. Hojeó los bordes arrugados hasta encontrar la página que buscaba.

—Tenemos algunos peces gordos apostando. Deberíamos sacar setenta, quizás ochenta mil libras.

—Buen trabajo. ¿Algo más que deba saber? —preguntó Harry, deslizando su chaqueta del respaldo de la silla de la cocina y dirigiéndose hacia el pasillo.

—No, jefe, todo en orden —dijo Bob, levantándose de la crujiente silla y siguiéndole hasta la puerta.

Harry se puso la chaqueta, tomándose su tiempo para comprobar su aspecto en el espejo. Se ajustó el cuello y se enderezó la corbata de seda.

—Bien. Tengo una cita con la oficina de urbanismo. Vamos a ver si ese concejal grasiento se ha ganado su dinero y nos ha conseguido el permiso. Después iré a ver a Maureen al hospital.

Satisfecho con su aspecto, Harry abrió la puerta principal.

—¿Cómo está ella y los chicos? —preguntó Bob, ocupando toda la puerta al salir.

—No muy bien, me temo. El cáncer se ha extendido. Dicen que serán semanas más que meses. Robert parece que lo está llevando bastante bien. No sabemos de Danny; sigue en algún lugar de Oriente Medio. Le afectará mucho. Solo han pasado un par de años desde el accidente —dijo Harry, quedándose de repente en un sombrío silencio.

—Bueno, saluda a tu hermana y a Rob de mi parte, jefe. Diles que estaré pensando en ellos.

—Gracias, Bob. Ahora lárgate y descansa un poco. Te veré esta noche.

Bob asintió y cruzó la crujiente grava hasta su Range Rover negro. Abrió la puerta. El coche se balanceó cuando entró. Harry se giró hacia dos hombres vestidos de negro que estaban en el camino de entrada entre los otros tres coches. Eran hombres corpulentos de hombros anchos, con cuellos gruesos y narices aplastadas, seleccionados personalmente por Harry y Bob de los clubs de boxeo amateur en su juventud.

—Tom, trae el Bentley. Vamos al centro —dijo antes de girarse hacia el otro.

—Phil, lleva el Mercedes a los polacos y que me lo limpien. Está hecho un asco.

Ambos hombres cumplieron las instrucciones de su jefe: nadie hacía esperar a Harry Knight. El Bentley blanco dio la vuelta y se detuvo frente a él. Tom se bajó de un salto y se movió para abrir la puerta del pasajero. Al salir de la casa, el Bentley blanco con la matrícula HK1 giró a la izquierda, conduciendo a través del opulento

St John's Wood, en dirección al corazón de Londres y los edificios del ayuntamiento de la Ciudad de Westminster.

TRES

Limpiándose una lágrima de su ojo recién amoratado, Ana contempló su reflejo en el espejo del cuarto de baño. Hoy cumplía diecisiete años, pero nadie lo sabía ni le importaba. Hace seis meses había respondido a un anuncio en un periódico rumano para trabajar en Inglaterra. Llena de optimismo, viajó desde su diminuto pueblo hasta la agencia de Bucarest. Desde entonces había sido engañada, traficada, golpeada, drogada y violada. Con el espíritu quebrado, había aceptado su lugar como juguete de Viktor para usar, abusar o vender para sexo.

—Ana, ¿dónde estás? Vuelve a la cama de una vez, zorra.

Su voz la hizo temblar a pesar de la neblina del vodka y la cocaína. Se apresuró de vuelta al dormitorio; un ojo morado ya era suficiente por ahora. Cruzando la espesa alfombra, se subió a la cama extragrande, cuyas resbaladizas sábanas blancas de seda estaban frías al tacto. Viktor estaba de rodillas sobre Selina. Esnifaba líneas de cocaína de sus pechos con un billete de cincuenta libras. Ella se retorcía y gemía en un acto bien ensayado de placer y excitación. Selina conocía el juego tan bien como Ana: actuar para sobrevivir. Ana se acomodó justo detrás de Viktor. Lo rodeó con sus brazos y se puso manos a la obra.

Ignorando sus gemidos y gruñidos, miró por encima de su hombro hacia la espectacular vista desde el ático. El resplandeciente

Támesis cortaba Londres por la mitad mientras una mezcla de edificios antiguos y nuevos se disputaban posiciones a ambos lados: The Shard, la Catedral de San Pablo, el London Eye y el Parlamento. Todo el poder y el dinero, un país tan próspero. Se le encogió el corazón. Lo único que quería era escapar y volver corriendo con su familia en el pequeño y pobre pueblo de Rumanía.

El sonido del teléfono rompió la concentración de Viktor. Apartó a Ana de un empujón para contestar.

—Mierda —dijo, mirando la identificación, frotándose y dándose palmadas en la cara para despejar la niebla de su cabeza.

—Yuri, me alegro de saber de ti.

—¡Viktor! ¿Cómo está mi hermanito? ¿Estás progresando por ahí? —preguntó Yuri, su voz fría y segura flotando a través del teléfono.

—Da, todo va bien, hermano. No hay de qué preocuparse. La heroína y la cocaína se venden bien aquí, y los gordos hombres de negocios pagan un dineral por las chicas. Dile a Papá que todo va bien —dijo Viktor, sorbiendo y frotándose los restos de coca de la nariz.

—Bien, eso está bien. ¿Entonces tus hombres no fueron echados del club de Harry Knight anoche? —preguntó Yuri, quedándose en silencio al final para ponerlo nervioso.

La cara de Viktor se descompuso mientras buscaba en su cerebro nublado una respuesta.

Jodido Dimitri. Debe haber estado hablando con Dimitri.

—No es nada, es un pequeño problema, Yuri. Dile a Papá que lo tengo controlado —dijo Viktor, haciendo todo lo posible por sonar sobrio y tranquilo.

—Papá se ha retirado, Viktor. Ahora yo estoy a cargo del negocio.

—Enhorabuena, hermano. No hay necesidad de preocuparse. Todo aquí va bien —dijo Viktor con los dientes apretados, la cabeza dándole vueltas y su humor oscureciéndose.

Jodido niño dorado Yuri. Papá siempre se lo dio todo. Ahora tengo que responder ante ese cabrón.

La voz fría de Yuri volvió a sonar.

—Eso espero, hermanito. No quiero tener que ir allí.

Viktor podía imaginar su cara engreída deleitándose con su recién adquirido poder sobre él.

—No hay problema, Yuri. Está bajo control.

Viktor terminó la llamada sin responder. Lanzó el teléfono al otro lado de la habitación, la ira creciendo dentro de él mientras se levantaba de la cama.

—¿Qué estás mirando, puta? —gritó hacia Selina.

—Nada, Viktor. Por favor, vuelve a la cama —dijo ella, intentando aplacarlo. Ana le rodeó los hombros con los brazos, desesperadamente intentando calmarlo. La ira y los celos hacia su hermano estaban creciendo más allá de lo que podía contener y las dos mujeres estaban en la línea de fuego.

Sin previo aviso, golpeó a Ana tirándola al suelo, pateándola en el estómago repetidamente hasta que tosió y arcadas. Todavía furioso, dirigió su atención a Selina mientras ella retrocedía. Cogió un ancho cinturón de cuero con una pesada hebilla metálica de la silla del dormitorio. Con Ana todavía en el suelo intentando recuperar el aliento, caminó lentamente hacia la cama. Selina se sentó encogiendo las rodillas contra su pecho, las lágrimas comenzando a fluir mientras sacudía la cabeza.

—No, Viktor, por favor no.

CUATRO

El pasillo del hospital privado estaba decorado con más gusto que su equivalente de la Seguridad Social. Reproducciones de famosas acuarelas adornaban las paredes. Flores en jarrones reposaban sobre muebles selectos colocados entre las puertas de las habitaciones privadas.

Por mucho que lo adornasen, al final seguía siendo el ala de enfermos terminales.

Harry Knight se detuvo frente a la puerta y observó la pequeña etiqueta extraíble con el nombre. Enterró sus pensamientos y esbozó una sonrisa forzada. Llamó suavemente y entró.

Rob levantó la mirada desde su asiento junto a su madre y le hizo un gesto a Harry para que pasara. Maureen Pearson dormía. Su piel estaba pálida como el marfil y parecía dolorosamente delgada y frágil, perdida entre las sábanas de la cama.

—¿Estás bien, Rob? ¿Aguantando? —preguntó Harry, abrazando a su sobrino cuando este se levantó para saludarle.

—No mucho, tío. Los médicos acaban de irse. El cáncer de mamá se está extendiendo agresivamente, solo intentan que esté cómoda ahora. Le quedan una o dos semanas como mucho —dijo Rob, con los ojos humedecidos y el labio temblándole ligeramente mientras luchaba contra las lágrimas.

—Está bien, hijo, lo sé —dijo Harry abrazándolo nuevamente.

—¿Lo sabe Danny? —preguntó Harry.

—He dejado un mensaje en Hereford. Están intentando localizar a su unidad, dondequiera que estén.

—Vale, recuerda, cualquier problema llámame. La factura del hospital está cubierta, pero si necesitas dinero para la casa o cualquier cosa, solo tienes que pedírmelo, ¿vale? —dijo Harry, su voz despertando a Maureen de su sueño.

—Harry —dijo ella débilmente.

—¿Qué tal, hermana? ¿Cómo estás? —preguntó, tomando su frágil mano mientras Rob se giraba para que su madre no viera las lágrimas en sus ojos.

—Voy a por algo de beber. ¿Quieres algo, Harry? —preguntó.

—Estoy bien, Rob, no puedo quedarme mucho —respondió Harry. Rob asintió y desapareció por el pasillo.

—Buen chico. Es un orgullo para ti, hermana.

—Estoy orgullosa de los dos —dijo, apretándole la mano. Su rostro se tornó serio.

—Prométeme que cuidarás de ellos cuando yo no esté —dijo manteniendo su mirada, sus ojos buscando la confirmación que de repente necesitaba escuchar.

—Por supuesto que lo haré, hermana, no hace falta que lo preguntes —respondió Harry, poniendo su otra mano sobre la de ella para reconfortarla. Ella sonrió y se hundió de nuevo en las almohadas mullidas, su cuerpo pareciendo casi desvanecerse.

—Lo siento, tengo que irme ya. Intentaré venir mañana, hermana —dijo mientras Maureen asentía. Sus ojos ya se estaban cerrando mientras volvía a sumirse en un sueño medicado.

CINCO

Cansado y hambriento después de un largo vuelo, Danny Pearson salió del control de pasaportes hacia la sala de llegadas de la Terminal 5 del aeropuerto de Heathrow en Londres. Entrecerró los ojos ante el bajo sol de verano que lanzaba sus cegadores rayos anaranjados a través de las ventanas de la terminal. Cargando únicamente con su vieja y desgastada mochila militar, cruzó el brillante suelo pulido y salió al cálido aire vespertino.

Hogar, dulce hogar.

Vestido con vaqueros y una ligera chaqueta de lona que ocultaba una camiseta encogida por el lavado que se tensaba sobre su complexión musculosa, metió la mano en el bolsillo para sacar su teléfono vibrante y sonrió al contestar.

—Scotty, ¿dónde estás, tío? —dijo mirando hacia la carretera de acceso.

—Ya voy, amigo. Un policía quisquilloso me ha echado la bronca por estar en la zona de no esperar. He tenido que dar una vuelta a la manzana. Ya llego —dijo Scott Miller, el mejor amigo de Danny.

Tan pronto como colgó el teléfono, el ronco borboteo de un coche deportivo resonó a lo largo de la vía de acceso. Un Porsche rojo apareció deteniéndose a su lado. La cara sonriente de su amigo y su pelo rubio arenoso y despeinado le hicieron sonreír mientras abría la puerta y subía.

—Me alegro de verte, Scotty, gracias por esto —dijo, apenas cerrando la puerta antes de que Scott arrancara con fuerza hacia la salida.

—No es problema, viejo amigo. Emma está en casa de su hermana hasta nuevo aviso, me temo, así que puedes quedarte todo el tiempo que quieras —respondió Scott, un poco melancólico.

—¿Ah, sí? Lo siento, Scott. No sabía que teníais problemas.

—Si he de ser sincero, no creo que estuviéramos destinados a funcionar. Hemos discutido mucho últimamente. Contraté a una joven estudiante japonesa como becaria para ayudarla con su carrera universitaria. Desafortunadamente, Emma llegó a casa y nos pilló a la becaria y a mí ayudándonos mutuamente en el dormitorio —dijo Scott, esbozando una sonrisa pícara.

—Joder, nunca has podido mantenerla en los pantalones.

—Sí, bueno, en fin. Volviendo a ti, colega, ¿cuánto tiempo te quedas?

—Lo dejo, tío. Se acabó. Ya no tengo el corazón en ello —dijo Danny, endureciendo repentinamente su rostro y con la mirada perdida.

—¿Lo sabe Rob? —preguntó Scott, intentando mantener la conversación.

—Eh, no. Mañana iré a ver a mamá y después me pondré al día con Rob.

—Tu madre se alegrará de verte. Ha empeorado mucho en las últimas semanas —dijo Scott, con los ojos un poco llorosos. Conocía a Maureen desde que él, Danny y Rob estaban en primaria. Había pasado más tiempo en su casa que en la suya propia.

—Sí, lo sé —dijo Danny mientras el coche entraba en un incómodo silencio. Sacudiéndose la autocompasión, Danny sonrió y aligeró el ambiente.

—Bueno, ¿qué vamos a comer, Scotty? ¿Chino, indio, fish and chips? Tú eliges, tío, yo invito.

—¿Vas a sacar la cartera? Esa es una oferta que no puedo rechazar. Me decantaré por el chino entonces —dijo Scott sonriendo. Redujo una marcha y pisó el acelerador, empujándoles contra sus asientos mientras avanzaba por la M4 hacia el centro de Londres y

su casa en Kingston upon Thames. Cuarenta minutos después, Danny estaba quitando viejas cajas de pizza de la mesa de Scott, mientras este encontraba los dos últimos platos limpios en el armario para la comida a domicilio.

—Joder, Scott, ¿cuándo se marchó Emma?

—La semana pasada, colega, ¿por qué? —preguntó Scott, perplejo.

Danny levantó la vista mientras metía más latas y envoltorios en una bolsa de basura.

—¡En serio! —dijo, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

Los amigos de la infancia comieron y bebieron hasta que el jet lag y la cerveza pudieron con Danny. Bostezando, se retiró a la habitación de invitados de Scott. Cuando su cabeza tocó la almohada, se dio cuenta de que era la primera vez en mucho tiempo que no pensaba en su esposa e hijo, en el accidente que los mató o en su madre enferma terminal. Fue un respiro bienvenido, aunque solo fuera breve.

SEIS

A unos cientos de metros del Puente de Londres, en la concurrida A3, se encontraba el club de caballeros Silk & Lace. Su fachada estaba adornada con relucientes ventanas tintadas y ladrillos pintados de negro. La sombra del prominente rascacielos de Londres, The Shard, llegaba hasta la acera de la entrada, su punta señalando el camino. El letrero de Silk & Lace colgaba ostentosamente sobre la entrada, sus grandes letras plateadas iluminadas daban una impresión de legitimidad. En realidad, ocultaba una multitud de actividades ilegales tras su oscura fachada. Viktor Volkov estaba sentado en su despacho en la tercera planta. Hizo girar su vodka entre los cubitos de hielo antes de bebérselo de un trago. Un golpe en la puerta del despacho hizo que sus ojos sombríos se alzaran.

—¡Adelante! —gritó, golpeando el vaso vacío contra el escritorio. Estaba de un humor de perros desde la llamada de su hermano, y la cabeza le retumbaba después de una tarde llena de cocaína.

Dimitri entró, empujando delante de él a dos de sus traficantes. Los dos apenas podían mantenerse en pie. Su ropa estaba rasgada y cubierta de suciedad de la acera, rayas blancas de cocaína y sangre seca de sus rostros hinchados, cortados y magullados.

—¿Qué coño es esto? —gritó Viktor inclinándose hacia delante, con los ojos echando chispas.

—Lo sentimos, señor Volkov. Cinco de los chicos de Harry Knight nos emboscaron. Nos dieron una paliza y se llevaron nuestro dinero. Uno de ellos abrió las bolsas y nos echó toda la mercancía encima. Nos dijeron que nos larguemos a nuestro lado del río y que no volviéramos nunca —dijo tímidamente el más corpulento de los dos hombres, tratando de evitar el contacto visual con Viktor.

—¿Qué? ¡Hijo de puta! —gritó Viktor, levantándose y lanzando su vaso vacío contra la pared detrás de ellos. Mientras los fragmentos caían al suelo, estalló en una retahíla de obscenidades en ruso. Cuando terminó, volvió a su silla y se sentó. Sus fríos ojos azules miraban con furia asesina a los dos hombres nerviosos.

—¿Dónde ocurrió esto?

—Justo bajando de Soho Square, señor Volkov —dijo el hombre más pequeño a través de sus labios partidos e hinchados.

La tensión era insufrible. Viktor tenía fama de imprevisible y los dos hombres lo sabían. Se rumoreaba que tenía una pistola en su escritorio y que había matado a personas solo por mirarle mal.

—Vale, largaos y limpiaos —dijo finalmente.

Los dos hombres suspiraron aliviados y se volvieron para marcharse. A medio camino de la puerta, se quedaron paralizados de terror cuando Viktor volvió a hablar.

—Eh, vosotros dos, inútiles, no habléis de esto con nadie, ¿da? Con nadie. ¿Entendéis?

Su voz había vuelto a su habitual tono amenazante, frío y sereno. Se giraron para asentir a Viktor, y rápidamente vieron la aparición de una pistola sobre su escritorio.

—No, Dimitri, tú quédate —dijo mientras los dos hombres cojeaban hacia fuera, cerrando la puerta tras ellos.

—Nos ocuparemos de esto, Dimitri. No quiero que esto llegue a oídos de mi hermano, ¿lo tengo claro? —dijo Viktor deslizando lentamente la pistola de vuelta al cajón, sin apartar los ojos de Dimitri mientras lo hacía.

—Por supuesto, Viktor, ¿qué tienes en mente? —preguntó Dimitri, tratando de sonar lo más tranquilo posible. Contuvo su alivio cuando Viktor metió de nuevo la mano en el cajón y sacó una botella de

vodka, golpeándola sobre el escritorio entre ellos. Viktor cogió el teléfono y llamó al bar.

—Tráeme hielo y dos vasos —ladró.

—Siéntate, Dimitri, siéntate. Tengo una idea.

Un golpe en la puerta le hizo gritar una vez más.

—¡Adelante!

Una chica rubia, guapa pero nerviosa, entró con un pequeño cubo de hielo y dos vasos de whisky en una bandeja.

—Aquí tiene su hielo y los vasos, señor Volkov —dijo tímidamente, con la bandeja temblando ligeramente en sus manos.

Los ojos de Viktor se suavizaron y sus iris azul cielo brillaron cuando ella dejó la bandeja sobre el escritorio.

—No hay necesidad de estar nerviosa, querida. Eres nueva aquí. ¿Cómo te llamas? —preguntó, enfatizando su fuerte acento ruso para causar efecto mientras le mostraba una amplia sonrisa de perfectos dientes blancos.

—Tanya, señor. Empecé esta semana en el bar.

—Mmm, Tanya, gracias. Eso será todo por ahora —dijo, sin apartar los ojos de su esbelta figura mientras ella salía.

En cuanto se fue, su rostro se endureció y sus ojos se estrecharon, volviendo su atención hacia Dimitri.

—¿Cuándo es la pelea a puño limpio de Knight?

—Es este viernes por la noche —dijo Dimitri recostándose en la silla, intentando relajarse. Como primos, él y Viktor eran similares en apariencia, ambos fuertes y en forma, con rasgos rusos clásicos.

—El viernes, bien. Cuando todos estén en la pelea, haremos una visita a su querido pub, ¿eh? Le enviaremos nuestro propio mensaje —dijo Viktor, sirviendo grandes cantidades de vodka en los vasos. Hundió el puño en el cubo de hielo y echó algunos en cada vaso antes de pasarle uno a Dimitri.

—Me gusta, primo, le demostraremos a Harry-jodido-Knight que no pueden empujarnos —dijo Dimitri levantando su vaso.

—Nostrovia.

—Nostrovia —respondió Viktor, devolviendo el gesto.

Ambos echaron la cabeza hacia atrás, bebiendo de un trago antes de golpear los vasos sobre la mesa. Relajándose, los dos

hombres sonrieron el uno al otro. Viktor cogió la botella y volvió a llenar los vasos.

SIETE

Dándose la vuelta en la semioscuridad del amanecer, Danny se quedó mirando, esperando a que sus ojos se adaptaran a la penumbra. Solo eran las cinco y media, pero su cabeza estaba en otra zona horaria. Estaba completamente despierto y ya había decidido despejarse e ir a correr. Correr siempre le había ayudado a aclararse las ideas, y ahora mismo necesitaba empujar el remolino de pensamientos de vuelta tras las compuertas. Imágenes de su madre, enferma terminal, flotaban entre las de metal retorcido y las de su difunta esposa e hijo. Con las compuertas abiertas, los horrores de las misiones de combate se filtraban en la mezcla.

Necesito moverme, exigirme al máximo. Enterrarlos bien hondo.

Sacando unos pantalones cortos y una camiseta de su mochila, se vistió y salió de casa de Scott al fresco aire matutino. Corrió a un ritmo constante hacia el centro de Kingston para calentarse antes de acelerar, cada vez más rápido, empujando la máquina al máximo. Cruzó el río por Hampton Court Road, deteniéndose al final del puente con los pulmones a punto de estallar. Caminó de un lado a otro aspirando grandes bocanadas de aire. Colocó las manos en la barandilla y miró hacia abajo, al Barge Walk. El camino seguía la orilla del río, desapareciendo de vista mientras este serpenteaba en una curva. Con su ritmo cardíaco volviendo a la normalidad, contempló las pintorescas casas-barco amarradas en la orilla y los

altos setos que bordeaban el otro lado del sendero. Más allá de los setos se extendían los amplios campos y parques pertenecientes a los jardines de Hampton Court. El palacio estaba a poco más de un kilómetro de distancia, al final de un largo paseo arbolado.

Estaba a punto de marcharse cuando cuatro jóvenes en el camino del canal captaron su atención. Habían estado sentados en el respaldo de un banco con los pies sobre el asiento. Pero ahora dos de ellos se habían levantado, dándole la espalda. Estaban mirando algo que quedaba fuera de su campo de visión, en algún lugar alrededor de una curva del camino.

Los pelos de la nuca se le erizaron, su instinto para detectar problemas hormigueándole por dentro. Algo en su comportamiento, pequeños movimientos en su lenguaje corporal le estaban alarmando. No podía ver sus rostros tras las gorras de béisbol y las sudaderas con capucha, pero sabía que no era amistoso. Una joven apareció a la vista, deteniéndose cuando dos de los chicos gesticularon agresivamente hacia ella.

Danny comenzó a moverse.

—Eh, zorra, ¿adónde te crees que vas, eh? —dijo un joven alto y pálido. Su barba pelirroja alambrada y dientes amarillos se retorcían mientras hablaba, y sus ojos inyectados en sangre estaban llenos de amenaza.

—Por favor, dejadme pasar —dijo ella, intentando, sin conseguirlo, sonar fuerte y segura.

—Este es nuestro camino, chica, tienes que pagar para usarlo —dijo un joven caribeño más bajo, con rastas sobresaliendo de su gorra y sudadera. Los otros dos miembros de la pandilla seguían sentados en el banco, riéndose.

La mujer empezó a retroceder por el camino alejándose de ellos.

—¿Adónde vas, zorra? Yo digo cuándo te largas —dijo el de pelo pelirrojo rebelde, mientras sacaba una navaja automática, apuntándola hacia ella como un dedo.

Los dos del banco se levantaron, cercándola con los otros como animales de manada. Ella se quedó paralizada, aterrorizada, con lágrimas brotándole mientras negaba con la cabeza.

—La señorita irá donde ella quiera ir.

La voz a sus espaldas les hizo sobresaltarse y girarse a la vez. Ver a Danny allí de pie, solo, desató más bravuconería animal. El de la Barba Pelirroja tomó la iniciativa haciendo bailar la navaja automática en su mano.

—Mejor métete en tus asuntos, viejo. Venga, lárgate, esto no es cosa tuya —dijo, sacando pecho y levantando la barbilla.

—No lo creo, chaval. ¿Qué tal si guardas ese cuchillito de juguete antes de que te hagas daño, y dejas pasar a la señorita? —dijo Danny sonriendo, con los ojos concentrados y alerta mientras consideraba mentalmente varios escenarios posibles.

—¿Cuchillo de juguete? Te está vacilando, tío. No le aguantes esa mierda —dijo el adolescente grasiento y lleno de granos mientras sacaba un cuchillo de caza más grande de su chaqueta.

Danny siguió caminando firmemente hacia ellos, notando la confusión fugaz en sus rostros mientras seguía avanzando.

—Pírate, tío, o te rajo —dijo el de la Barba Pelirroja, levantando su cuchillo.

El movimiento duró poco. Danny agarró el antebrazo del Pelirrojo con una mano y la parte posterior de su muñeca con la otra. Tirando del antebrazo hacia fuera y empujando la muñeca hacia dentro con fuerza, se escuchó un fuerte chasquido y el Pelirrojo soltó el cuchillo con agonía mientras miraba su muñeca flácida en estado de shock. Danny ya se había movido hacia Rastas antes de que el cuchillo tocara el suelo. Desató una combinación relámpago de puñetazos en la sien y la nariz, dejando a Rastas inconsciente. Mientras el Pelirrojo aullaba de dolor en el suelo junto a él, los otros dos miraban incrédulos. Danny se quedó de pie tranquilamente y les guiñó un ojo con una sonrisa.

—¿Quién es el siguiente?

Los dos retrocedieron antes de darse la vuelta y salir corriendo por el camino, pasando junto a la mujer que temblaba.

—Está bien —dijo Danny con una sonrisa suave mientras le indicaba con un gesto que pasara.

Ella caminó entre Rastas y el Pelirrojo, que acunaba su muñeca gimoteando; pasó junto a él, todavía temblando, antes de detenerse. Una mirada decidida cruzó su rostro mientras se giraba y

pateaba la muñeca del Pelirrojo con todas sus fuerzas, haciendo que aullara aún más fuerte.

—Gracias —dijo mientras se apresuraba a pasar.

Danny notó que algunas bolsitas se habían caído del bolsillo de Rastas. Agachándose recogió una. Dentro había un dudoso polvo blanco. La bolsa tenía un cuadrado rojo con una estrella amarilla, sobre una V amarilla. Era como una antigua bandera rusa, con la *V* donde habría estado la hoz y el martillo. Registró los bolsillos de Rastas, sacando más bolsas, esta vez con pastillas. Buscando más encontró un grueso fajo de billetes con una goma elástica alrededor.

—Deja eso en paz, cabrón —dijo Barba Pelirroja gruñendo a través del dolor.

Danny metió el fajo de billetes en el bolsillo de sus pantalones cortos antes de recoger las bolsas y tirarlas al río.

—¡No, no, no! ¡Joder! Eres hombre muerto. Espera a que el ruso se entere de esto. Te encontrará y...

Danny lo agarró por la garganta, callándolo en mitad de la frase.

—Si yo fuera tú, cambiaría de trabajo. Arréglate un poco, haz algo de provecho en la vida —dijo Danny apretando más fuerte hasta que los ojos de Barba Pelirroja se pusieron en blanco y perdió el conocimiento. Recogió la navaja del suelo y la arrojó al río tras las drogas. Después de revisar los bolsillos del Pelirrojo, encontró más bolsas de drogas, dinero y un móvil. Tiró las drogas al suelo y marcó el 999 en el teléfono del Pelirrojo.

—Hola, ¿qué servicio necesita?

—Policía, por favor vengan rápido, estoy en Barge Walk, Kingston. Hay dos hombres vendiendo drogas y amenazando a la gente.

Danny dejó caer el teléfono sin colgar, y sin pensarlo más, se dio la vuelta y continuó su carrera. El incidente quedó instantáneamente olvidado; no lo consideraba lo suficientemente serio como para darle vueltas.

OCHO

Después de entrar sigilosamente en casa de Scott, Danny se duchó y se vistió. Con su rebelde pelo oscuro aún goteando sobre sus hombros, siguió el olor a beicon y bajó las escaleras. Se rio al oír a Scott cantando desafinadamente en la cocina.

—Buenos días, Scotty.

—Buenos días, colega. ¿Un bocata de beicon?

—Eres el mejor, yo preparo el té —respondió Danny, encendiendo el hervidor.

—¿Qué tal la carrera esta mañana? ¿Se siente bien estar de vuelta?

—Sí, ha estado bien, tío. Incluso he conocido a algunos lugareños —dijo Danny con una pequeña sonrisa para sí mismo.

Tras terminar el desayuno, Scott le acercó parte del camino mientras iba al trabajo. Scott dejó a Danny cerca de The Shard, a un corto paseo de la estación de metro de London Bridge. La capital bullía con las prisas matutinas. Los coches avanzaban lentamente, parachoques con parachoques, con algún que otro claxon sonando mientras los conductores liberaban parte de su frustración. Multitudes de trabajadores de la capital se mezclaban con grupos de turistas y excursionistas mientras luchaban por el espacio en la acera. Danny adoraba el bullicio y la energía de Londres con sus históricos y pintorescos edificios junto a los nuevos rascacielos de

acero y cristal. Se dirigió hacia la estación de metro y se fijó en un grafiti en un portal que le llamó la atención.

Un cuadrado rojo con una estrella amarilla, sobre una V amarilla exactamente como la de los paquetes de drogas.

Tomó una imagen mental antes de entrar en la estación de metro. Viajó en el subterráneo mientras este se sacudía y chirriaba a través de un par de transbordos hasta su destino. Tras un corto paseo desde la estación, Danny abrió suavemente la puerta de la habitación del hospital. Su madre estaba sentada en la cama, con almohadas sosteniendo su menguante cuerpo. Harry estaba sentado sujetando su mano mientras hablaba con ella. Ella se volvió hacia la puerta tardando un segundo en registrar la llegada de Danny. Su rostro se iluminó con la luz de su antiguo ser.

—Daniel —dijo extendiendo la mano hacia él.

—Hola, mamá.

Se acercó y la besó en la mejilla.

—Harry —dijo Danny con un asentimiento.

—Hola, chico, me alegra verte de vuelta. Voy a tomar un poco de aire, os dejo poneros al día —dijo Harry, dando una palmada en el hombro a Danny al salir.

—¿Cómo estás, mamá?

—Mucho mejor ahora que te veo. ¿Sabe Robert que has vuelto? —preguntó Maureen, colocando una mano en la mejilla de Danny.

—No, llegué anoche y me quedé en casa de Scott. Voy a ver a Rob cuando salga de aquí.

—Bien, tu hermano te va a necesitar cuando yo ya no esté —dijo Maureen, mirándole directamente a los ojos.

Él quería decirle que no dijera tonterías, que todo iría bien, pero sabía que no era así, y lo reconoció con un simple gesto.

Hablaron durante un rato antes de que Harry regresara, seguido de cerca por una enfermera.

—Lo siento, todos, Maureen necesita descansar ahora.

—Vale, volveré mañana, mamá —dijo Danny, besándola para despedirse.

—Vendré a verte en cuanto tenga un minuto, hermana —dijo Harry, saliendo con Danny.

—Te llevaré a casa, hijo —dijo en el pasillo.

Mientras salían del hospital, el Bentley de Harry se detuvo silenciosamente junto a ellos. Tom saltó del asiento del conductor y se apresuró a abrir la puerta para Harry.

—Gracias, Tom —dijo, deslizándose para dejar entrar a Danny.

Cuando Danny iba a entrar en el coche, se fijó en dos jóvenes en un ciclomotor que subían a la acera a unos cien metros de distancia. No podía ver sus caras a través de las viseras espejadas de sus cascos con llamativos dibujos en zigzag. Se le erizaron los pelos de la nuca. Por su complexión y ropa parecían adolescentes tardíos o veinteañeros delgados. Su atención hacia ellos hizo que se marcharan. No se había detenido mucho tiempo y entró en el coche sin alertar a los demás. Danny no tenía ninguna duda de que habían estado vigilando el coche de Harry.

—¿Puedes llevarme a casa de Maureen, por favor, Tom? —dijo Harry, acomodándose en el asiento.

—De acuerdo, jefe.

—Entonces, ¿cuánto tiempo te quedas, hijo? —dijo Harry girándose hacia Danny.

—Me he salido, Harry. He dejado el regimiento.

—¡Dios, ¿en serio? ¿Tienes algún plan ahora que has vuelto?

—No realmente. Un viejo amigo mío se fue hace unos años y montó una empresa de seguridad en la ciudad. Siempre me dijo que si necesitaba trabajo lo buscara —dijo Danny, mientras sus ojos escudriñaban el ciclomotor mientras hablaban. No había señal de él.

—Mira, tengo un evento mañana por la noche. ¿Por qué no vienes y trabajas en la puerta para mí? Ganarás algo de dinero y me ayudarás.

Harry realmente no necesitaba a Danny, pero la familia era la familia y uno cuidaba de los suyos.

—Gracias, Harry, sí, estaría bien —respondió Danny, feliz de aceptar el trabajo para mantener su mente ocupada.

Al girar hacia la calle High Street de Walthamstow, Harry le dijo a Tom que parara junto a una hilera de tiendas.

—Solo tengo que comprarle unas flores a tu tía Lou —dijo, guiñándole un ojo a Danny.

—¿Así que tú eres el chico del ejército? —dijo Tom, con sus ojos estrechos y fijos y su nariz rota visibles en el retrovisor.

Vaya, alguien quiere medir fuerzas.

—Ya no. ¿Tú eres el chico conductor, entonces? —dijo Danny devolviéndole la sonrisa a los ojos en el espejo.

—Hago muchas cosas para el señor Knight, colega, así que cuida tu lengua.

—Oh, lo siento. También limpias el coche y lo llenas —dijo Danny sonriendo por fuera, mientras por dentro su ira y frustración por el pasado y el futuro de su madre crecían hasta volverse incontrolables.

—Pedazo de mierda burlón. ¿Quieres bajarte del coche y te enseñaré qué más hago? —dijo Tom, ruborizado y mirándolo fijamente.

—¿Y por qué no? —dijo Danny, acalorado y listo para explotar.

Ambos se bajaron. Tom dio la vuelta al coche enfrentándose a Danny. Los dos estaban a punto de ir el uno contra el otro cuando la voz de Harry retumbó sobre ellos.

—¡Eh! Parad de una puta vez, vosotros dos. Os dejo solos dos minutos y empezáis a comportaros como un par de idiotas.

Tom regresó al lado del conductor, todavía furioso mientras apretaba y abría los puños. Danny, aunque aparentaba calma exterior, se dispuso a volver al coche. Vio el ciclomotor otra vez por encima del hombro de Harry, escondido en una calle lateral, con los conductores asomándose desde detrás de un seto en su dirección.

—¿De qué coño iba todo esto? —preguntó Harry.

—Lo siento, jefe —dijo Tom avergonzado.

—¿Danny? —preguntó, mirándolo.

—Eh, ¿qué? Ah, Harry, ¿hay alguna razón por la que alguien te estaría siguiendo? —dijo, con el rostro rígido, los ojos firmemente fijos hacia adelante a través del parabrisas.

—¿Quién? ¿Dónde? ¿Qué aspecto tenían? —preguntó Harry, mirando sin rumbo a su alrededor.

—Dos muchachos en un ciclomotor, ropa deportiva descuidada, cascos con viseras espejadas. Estaban en el hospital y luego en la calle mirando alrededor de un seto. Ahora se han ido.

Harry miró intensamente hacia adelante donde Danny dijo que habían estado. Después de un largo minuto, intercambió una mirada cómplice con Tom. Fue breve, pero Danny la captó.

—Nada de qué preocuparse, hijo, probablemente solo eran chavales mirando el coche. Sigue, Tom, vámonos —dijo Harry poco convincente.

Danny lo dejó pasar y se recostó durante el resto del viaje, tratando de controlar su tormento interior. Se detuvieron frente a la casa donde se crió. Agradeció a Harry e ignoró la burla de Tom. Mientras se alejaban, llamó a la puerta de la antigua casa georgiana de cuatro habitaciones.

NUEVE

Danny sonrió cuando una silueta delgada apareció desde el otro extremo del pasillo. El contorno se fue haciendo más grande hasta que llenó el cristal multicolor de la vieja puerta principal. Se abrió una rendija y la cara inquisitiva de Rob se asomó por el borde, una sonrisa se extendió por ella cuando cayó en la cuenta un segundo después.

—Ya era hora de que aparecieras —dijo, abriendo la puerta de par en par y dando un abrazo a su hermano.

—Vale, enano, tranquilízate —se rio Danny mientras los dos entraban.

El aspecto y el olor del pasillo con el crujir de las tablas del suelo le transportaron a través de los años hasta su infancia. Felices recuerdos de Scott, Rob y él jugando de niños. Pasaron a la cocina. Danny fue a sentarse a la mesa mientras Rob encendía el hervidor.

—Yo no me sentaría en esa, la pata está suelta. Si te inclinas hacia atrás, se deshará.

Danny cambió de asiento y los dos cayeron en un silencio incómodo, ninguno de ellos quería iniciar la conversación sobre su madre.

—¿Cómo lo estás llevando, Rob? ¿Estás bien? —dijo Danny finalmente.

Su hermano terminó de preparar las bebidas y se sentó a la mesa. Parecía cansado cuando habló.

—No te voy a mentir. Ha sido duro. Estará encantada de verte. ¿Cuándo has vuelto?

—Anoche. Scott vino a buscarme. Fui a ver a mamá esta tarde y me encontré con el tío Harry allí. Él me trajo.

—Harry ha estado allí casi todos los días. Ha sido estupendo, no sé qué habría hecho sin él —dijo Rob levantándose al oír el timbre de la puerta.

Cuando Rob abrió, Danny pudo oír una voz de mujer y se alegró de ver a Rob regresar con su novia, Tina.

—¡Danny! Qué alegría verte de vuelta —dijo, moviéndose alrededor de la mesa para darle un gran abrazo y un beso en la mejilla.

A Danny le caía bien Tina; siempre estaba animada y los dos hacían buena pareja.

—¿Qué tal, cariño? Me alegro de verte también —dijo Danny, feliz de poder evitar la conversación sobre el cáncer de su madre.

Observó con una gran sonrisa cómo Tina acariciaba la cara de Rob, dándole un gran beso y haciendo que se sonrojara.

—¿Cuánto permiso tienes, Danny?

—No voy a volver, Rob. Lo he dejado, tío.

—¿Dejado? ¿Qué, has dimitido? —dijo Rob, sorprendido.

—Sí —dijo Danny secamente. La expresión de su cara les indicó que no quería hablar de ello.

—¿Por qué no llamo a Scott para que traiga comida para llevar y cervezas? Podemos ponernos todos al día —dijo Danny finalmente, cambiando de tema.

—Sería genial. No he visto mucho a Scott desde que su mujer le dejó.

Danny se echó a reír a carcajadas.

—Menudo grupo estamos hechos. Todo lo que nos falta ahora es un psiquiatra y una botella de antidepresivos y podemos empezar la fiesta.

DIEZ

La inspectora jefe Nichola Swan estacionó su Mini en el patio de la comisaría de Kingston. Los frenos chirriaron al detenerse, ahogando momentáneamente el ruido del motor cascado. Cogió una carpeta que estaba entre los vasos vacíos de café y los envoltorios de McDonald's y salió. En contraste con el interior de su coche, la apariencia de Swan era impecable. Llevaba una blusa blanca impoluta bajo un traje pantalón azul marino y zapatos negros planos y brillantes. Era delgada y había heredado los rasgos marroquíes de su madre: grandes ojos marrones y largo cabello negro y brillante, recogido pulcramente en una coleta. Entró en la comisaría y se acercó al sargento de guardia.

—Hola, Nick. Tengo entendido que habéis traído a Trevor Bailey, escoltado desde el hospital.

—Sí, señora, y no ha parado de quejarse desde que llegó —dijo Nick secamente.

—¿Podrías llevarlo a una sala de interrogatorios, por favor? Estaré arriba, avísame cuando esté listo.

Swan sonrió mientras Nick la dejaba pasar desde recepción al interior de la comisaría.

—Sí, señora, haré que lo suban.

La sala de operaciones del piso superior estaba casi vacía. A menos que hubiera un incidente importante, solo un equipo mínimo

trabajaba en el turno de noche. Divisó al inspector jefe Jonathan Cripp encorvado sobre su terminal de ordenador y se dirigió hacia él.

—Buenas noches, Jon. ¿Has encontrado algo nuevo? —dijo, mirando por encima de su hombro unas imágenes de las cámaras de seguridad—. ¿Es él? —añadió.

—Sí, es él, el caballero de brillante armadura de la señora Temple —dijo Cripp mientras pasaba las imágenes hacia delante y hacia atrás.

—O un atacante maníaco según el señor Bailey. ¿Alguna idea de quién es? —dijo Swan, entrecerrando los ojos ante una imagen borrosa ampliada.

—Qué va, tal vez sea un fanático de las artes marciales o un boxeador aficionado. Podríamos probar en los gimnasios o clubes locales —Cripp se encogió de hombros. No era exactamente una prioridad. Los mandamases no aprobarían gastar valiosas horas de trabajo para investigar una agresión a dos conocidos traficantes en circunstancias dudosas.

Sonó el teléfono de la línea interna de la oficina.

—Gracias —dijo Cripp, colgando.

—Nuestro ejemplar ciudadano, el señor Bailey, está en la sala de interrogatorios uno. ¿Vamos?

—Sí, acabemos con esto de una vez —dijo Swan suspirando y dirigiéndose a las escaleras.

Trevor Bailey estaba sentado despatarrado, piernas separadas con sus desaliñados vaqueros pitillo. Tenía la cabeza gacha con los ojos ocultos bajo una gorra de béisbol y una sudadera con capucha. Acunaba su muñeca recién vendada mientras flexionaba dolorosamente sus dedos hinchados de color negro azulado. Alzó la mirada desde debajo de su gorra al oír que se abría la puerta.

—Ya era puta hora. ¿Por qué me habéis traído aquí? No he hecho ná —dijo enfadado a través de su descuidada barba pelirroja, sus ojos inyectados en sangre ardiendo desafiantes.

—Cálmese, señor Bailey. Solo queremos hacerle unas preguntas.

Swan y Cripp tomaron asiento enfrente y pulsaron el botón de grabación en la grabadora de la entrevista.

—Interrogatorio de Trevor Bailey comenzando a las 19:25. Presentes están la DCI Nichola Swan y el DC Jonathan Cripp —dijo Swan, abriendo la carpeta.

—Bien, señor Bailey. Ahora que le han atendido la muñeca, ¿puede explicarnos el supuesto asalto contra usted y Lenard Timms? —dijo Cripp recostándose, con los brazos cruzados y el rostro inexpresivo.

—Sí, bueno, este tío viene por el camino junto al río y nos para a mí y a Lenny. Saca una navaja y nos dice que le demos todo nuestro dinero y los móviles. Lenny le manda a la mierda, y el tío se vuelve loco. Deja a Lenny inconsciente de un golpe. Yo le quité la navaja pero me jodí la muñeca defendiéndome. Le rasgué el bolsillo en el forcejeo y fue cuando se le cayeron todas las drogas. Salió corriendo asustado y luego aparecisteis vosotros —dijo Trevor, con la cara crispándose mientras evitaba el contacto visual directo.

—Muy bien. Todo un héroe proverbial, ¿verdad, señor Bailey? —dijo Swan, haciendo una pausa después de hablar para dejar que la tensión creciera en la sala.

—Eh, sí. Solo estaba haciendo mi parte, ya sabes —dijo con un encogimiento de hombros desganado.

—Hmm, es curioso porque tengo una declaración de la señora Temple. Dice que usted y tres de sus amigos le impidieron el paso y la amenazaron. También dice que su atacante os pidió que la dejarais pasar, y que usted y su pandilla lo amenazaron con navajas. Él dejó inconsciente a Lenard y lo desarmó a usted mientras sus dos compañeros huían. Cuando terminó con vosotros dos, la dejó pasar y seguir su camino. No suena mucho a un atraco, ¿verdad, señor Bailey?

Swan terminó de hablar y se quedó inmóvil. Casi podían sentir la incomodidad de Trevor mientras se removía en la silla.

—Nah, nah, eso es una gilipollez, tío, está chalada. No tenéis ninguna prueba.

La puerta de la sala de interrogatorios abriéndose interrumpió la diatriba de Trevor. Entró un hombre con un traje barato y arrugado. Los botones de su camisa se tensaban contra su abultado abdomen,

mientras se alisaba hacia atrás el pelo grasiento, tratando de recuperar el aliento.

—David Wilkins. Soy el abogado del señor Bailey —dijo, sentándose junto a Trevor—. Miren, estoy completamente informado. Después de sufrir un brutal ataque, mi cliente les ha proporcionado una declaración completa. A menos que vayan a imputarle cargos, sugiero que lo liberen inmediatamente —dijo Wilkins, haciendo un gesto a Trevor para que se levantara.

Swan y Cripp se miraron antes de ponerse de pie.

—Interrogatorio finalizado a las 19:45. Señor Bailey, es usted libre de irse. Por ahora.

Cerró su carpeta y salió pasando junto a Trevor mientras este sonreía triunfante. De vuelta en el piso de arriba, Swan levantó las manos con frustración.

—¡Agh, qué cabroncete! Me gustaría saber quién ha pagado a ese abogado repugnante para que aparezca a estas horas de la noche.

—Ah, el señor Wilkins, ha estado por aquí bastante últimamente, representando a varios personajes cuestionables por extorsión, prostitución y posesión de drogas. Los rumores dicen que el señor Wilkins y sus clientes están en la nómina de Viktor Volkov —dijo Cripp, cogiendo su abrigo del respaldo de la silla.

—¿Viktor Volkov, el ruso del club de striptease? —dijo ella siguiéndolo por las escaleras.

—Ese mismo.

—Hmm. Me encantaría encontrar a nuestro misterioso corredor —dijo mientras salían al aparcamiento.

—Correré la voz. No tiene sentido hablar con el superintendente. No autorizará horas de personal para ello —dijo encogiéndose de hombros.

—Gracias, Jon, lo sé. Que pases buena noche, te veo mañana —dijo, abriendo la chirriante puerta de su destartalado Mini.

ONCE

A la mañana siguiente los tres estaban sentados a la mesa de la cocina abrazados a tazas de café caliente, con la cabeza embotada y una conversación apagada. La noche había sido como en los viejos tiempos. Danny y Scott dejaban a las esposas en casa, recogían a Rob y se lanzaban a los pubs. Desde que Danny perdió a su familia, las noches de risas y bromas junto con un consumo abundante de cerveza habían sido escasas. Tina había disfrutado viendo cómo la tensión desaparecía del rostro de Rob, aunque solo fuera por un rato. Se había retirado temprano, dejándolos a su aire, y se marchó al trabajo antes de que los chicos se levantaran. Tomando la iniciativa, Rob preparó el remedio británico estándar para la resaca: un desayuno frito. Ya sobrios y con el estómago lleno, Scott les llevó en coche al hospital. Aparcó en la zona de bajada de pasajeros y estalló en carcajadas mientras Danny intentaba sacar su corpulento cuerpo de los diminutos asientos traseros del Porsche. Rob tiraba de su brazo y Scott le empujaba desde dentro.

—Joder, ¿cuánto pagaste por esta maldita cosa?

—Si no fueras un cabrón tan gordo, habrías salido fácilmente —respondió Scott sonriendo.

—Sí, has engordado unos cuantos kilos, tío —dijo Rob metiéndose en la conversación.

—Sabéis que podría mataros a los dos sin sudar —dijo Danny con fingiendo un golpe de kárate.

—Qué va, primero necesitarías que te atáramos los cordones. Hasta luego, cavernícola —dijo Scott, haciendo rugir el Porsche al salir del aparcamiento.

—Es un completo gilipollas. Venga, vamos a ver a mamá —dijo, dando una palmada en la espalda a Rob.

La encontraron despierta, apoyada sobre almohadas, viendo la televisión matinal. Su cara se iluminó cuando los vio.

—¡Mis niños! Qué feliz estoy de veros juntos.

Sobrepasada por la emoción de verlos a ambos, rompió a llorar.

—Hola, mamá —dijo Danny, secándole las lágrimas y besándola en la mejilla.

—No te disgustes, mamá —dijo Rob.

—Está bien, solo estoy feliz, Rob —dijo tocándole la cara.

Estuvieron charlando mientras avanzaba la tarde. Al poco rato, Danny tuvo que marcharse para ir a casa de Harry para el trabajo de la noche. Viajando nuevamente en el metro, Danny caminó por la opulenta zona de St John's Wood de Londres, hogar de celebridades y financieros de la ciudad, y algún que otro gánster. Cuando llegó a un alto muro enlucido y grandes puertas de roble, pulsó el interfono en la pared.

—Sí —respondió una voz metálica y áspera.

—Vengo a ver a Harry.

—¿Y usted quién es?

—Danny Pearson.

El interfono se apagó y las puertas se abrieron suavemente para revelar la casa más grande de la calle. Había mucha actividad en la vivienda. La entrada estaba llena de Range Rovers, Mercedes y el Bentley de Harry. Varios hombres vestidos de negro se movían por fuera, algunos mayores, otros veinteañeros. Tipos duros forjados en la escuela de la vida, le miraban con sospecha, como hacían con cualquiera fuera de su círculo. Danny ya había detectado las chaquetas de los más mayores, con el brazo izquierdo colgando una fracción más hacia fuera que el derecho, y un ligero abultamiento de la tela sobre un arma oculta. No le sorprendió del todo. Se había

criado escuchando las historias del ascenso de Harry Knight desde las pobres calles de Stratford. Uno de sus hombres le indicó a Danny que extendiera los brazos y le cacheó en busca de armas. Sus manos eran enormes, con dedos como salchichas.

—Déjalo ya, Ron, es mi sobrino —se oyó la voz de Louise gritando desde la puerta principal.

Danny sonrió, pasando junto a Ron. Louise le rodeó con sus brazos, dándole un gran beso en la mejilla.

—Déjame verte. Cada vez que te veo te pareces más a tu padre. Entra. May está aquí; le encantará verte —dijo, arrastrándole de la mano.

—Vale, Lou, pero se supone que tengo que hacer un trabajo para Harry.

—No te preocupes por él. Está ocupado al teléfono comprobando las ganancias de las casas de apuestas. Tardará al menos media hora.

—¡Danny! Papá dijo que habías vuelto —exclamó May, corriendo a través de la cocina para lanzarse a sus brazos.

—¿Qué hay, Enana? ¿Cómo estás?

May tenía la misma edad que Danny. Él había sido como un hermano mayor durante su crecimiento. La había cuidado durante la escuela y la adolescencia hasta que se alistó en el ejército a los dieciocho.

—Estoy bien, gracias. He vuelto a la universidad para hacer mi carrera de arte —dijo tan burbujeante y feliz como él la recordaba la última vez.

—Me alegra ver que estás haciendo algo profundo y significativo con tu vida —dijo Danny riéndose.

—Cállate, pedazo de idiota.

Hablaron durante un rato hasta que Harry apareció buscando el origen de la charla.

—Ah, bien, estás aquí. ¿Listo para irnos, hijo? —dijo Harry, dándole un beso a Louise mientras pasaba.

—Sí, pero no tengo traje ni uniforme —dijo Danny, señalando sus vaqueros oscuros y camisa blanca. Era lo más cercano a ropa formal que pudo encontrar.

—No pasa nada, hijo. Solo quiero que camines entre la multitud. Mantenlo discreto y mantén los ojos abiertos por si alguien se pasa de la raya.

Harry esperó junto a la puerta mientras Danny intentaba despedirse de su tía y su prima.

—Por Dios, Lou, deja al chico en paz, tenemos que irnos —dijo Harry, perdiendo finalmente la paciencia.

Viajando en la parte trasera del Bentley con Harry, iban detrás de un Range Rover con dos coches llenos de hombres de Harry siguiéndoles.

—¿Está todo bien, Harry, no hay problemas de negocios?

Danny miró a Harry directamente a los ojos, con una mirada de *no me vengas con chorradas*.

—No hay nada de qué preocuparse. Hemos tenido algunos problemillas con un gilipollas del sur del río —dijo Harry, quitándole importancia.

—Bien. Es una noche importante y no quiero que ningún mequetrefe la estropee —dijo, cambiando de tema, mientras el recinto del combate aparecía ante su vista.

DOCE

Aparcaron los coches en el patio trasero del almacén abandonado de Plumb City. Por fuera era sencillo: paredes grises de bloques de hormigón coronadas por una gran estructura de metal corrugado azul. Al rodear la entrada, Danny quedó impresionado por la transformación. Colgaban cortinajes a ambos lados de las puertas y habían extendido una alfombra roja bajo postes y cuerdas para guiar a los invitados. Un gran lienzo impreso cubría el viejo y descolorido cartel de Plumb City sobre la entrada, anunciando con audacia el evento benéfico con una lista de patrocinadores. Tom había tomado su posición junto a la puerta al lado de otro de los hombres de Harry. Ambos se irguieron y sacaron pecho cuando Bob salió del recinto. Los inspeccionó con el ceño fruncido antes de darles un gesto de aprobación. Se volvió hacia Danny, guiñándole un ojo cuando daba la espalda a Tom.

—¿Todo listo, Bob? —preguntó Harry.

—Todo preparado, jefe. Me alegra verte de vuelta, hijo —le dijo Bob a Danny.

—Tom, consíguele a Danny un auricular y una radio, estará vigilando la sala por si alguien se pasa de la raya —dijo por encima del hombro, provocando que Tom mirara con desprecio a Danny. Mantuvieron la mirada fija el uno en el otro durante unos segundos, hasta que finalmente Tom la apartó y desapareció en el interior.

—¿A qué hora empieza todo, Bob? —dijo Danny con naturalidad.

Bob había trabajado para Harry desde que Danny tenía memoria. Solía llevarlos al colegio y comprarles caramelos cuando eran pequeños.

—Empezarán a llegar en media hora, con los primeros combates comenzando a las ocho.

Al entrar en el almacén, el interior era mucho más impresionante de lo que Danny esperaba. En el centro se alzaba el ring de boxeo con un equipo completo de iluminación encima. Alrededor del ring había tres filas de mesas VIP. Con capacidad para doce personas alrededor de sus grandes tableros cubiertos con manteles negros, estaban situadas sobre una alfombra negra recién colocada. Tras una barrera, más allá de las mesas, se encontraba la zona general de espectadores, completada con bar y área de servicio de comida.

—Menudo montaje para una noche benéfica, Harry —dijo Danny, asimilándolo todo.

—Eh, sí, sobre eso. Al final de la noche hay un combate bastante especial —dijo Harry, mirando a Danny con curiosidad.

—¿Especial en qué sentido?

—A puño limpio, sin reglas. ¿Es eso un problema?

—No, a menos que me pidas que luche —dijo Danny con una sonrisa.

—Buen chico. Mira, simplemente date una vuelta. Si ves a algún borracho descontrolándose, usa la radio y lo escoltaremos fuera, ¿vale? —dijo Harry, dándole una palmada en el hombro a Danny antes de marcharse para revisar las cosas.

La velada comenzó bien mientras los invitados llenaban lentamente el lugar. Empresarios locales con entradas doradas y sus esposas ocuparon las mesas VIP. Familiares y amigos de los luchadores aficionados llenaban el área general junto con el público. Tras una buena ronda de bebidas, la multitud expectante estalló en vítores cuando comenzaron los combates de boxeo. Los clubes locales animaban a sus jóvenes promesas mientras boxeaban contra clubes rivales. Danny disfrutaba de los combates mientras se movía entre la multitud. Había sido campeón de boxeo amateur en su adolescencia y permanecía invicto en el ejército. El público estaba

ruidoso y ebrio, pero el ambiente era bueno y todos estaban de buen humor.

A las diez y media comenzó el combate estelar anunciado y, tras tres asaltos de golpes contundentes, puso fin a la velada. Se estrecharon las manos mientras Harry agradecía a los clubes su asistencia antes de que se marcharan junto con la mayoría del público. Entre los aproximadamente cien invitados selectos que quedaron, el ambiente empezó a cambiar a medida que el dinero circulaba. Hombres con libretas serpenteaban entre la multitud, gritando cuotas y aceptando apuestas. Las señales manuales volaban de un lado a otro mientras se acordaban apuestas verbalmente y se tomaban notas.

—Damas y caballeros, ahora el evento principal. En la esquina roja, den la bienvenida al Destructor de Essex, Mark Benton —anunció el maestro de ceremonias mientras sonaba una estridente canción de rock.

Un luchador se dirigió pavoneándose hacia el ring, con los nudillos vendados en alto. Era bajo y fornido, y su pálida piel resplandecía mientras el intenso foco le seguía. Dio un salto y entró en el cuadrilátero.

—Damas y caballeros, den una calurosa bienvenida. En la esquina azul, el Machacador de Brixton, Dwain Jones —dijo al ritmo de otra estruendosa canción mientras un alto luchador negro se dirigía con aire chulesco hacia el ring, con sus largas rastas recogidas detrás de la cabeza. Observando desde la barrera, Danny sintió que se le erizaba el vello de la nuca; podía sentir que alguien le observaba. Se dio la vuelta rápidamente, sus ojos moviéndose nerviosos, escudriñando entre la multitud. Estaba a punto de desestimarlo cuando captó una mirada fugaz de un rostro al fondo de la multitud. Fue solo un vistazo momentáneo antes de que desapareciera, y tardó unos segundos en registrar a quién había visto.

Nicholas Snipe.

Danny se movió entre la multitud, abriéndose camino hacia la parte trasera. Alcanzó la pared del fondo, aún incapaz de encontrar

el rostro de su pasado—aquel con los ojos de mirada intensa y sonrisa maniática.

Hace varios años, habían asignado a Nicholas Snipe a la unidad SAS de Danny. Se fue volviendo cada vez más inestable con cada misión. Finalmente le dieron de baja por motivos psiquiátricos, después de que Danny le hubiera denunciado por matar a un aldeano inocente durante una misión. Danny recorrió la sala, pero no volvió a verle.

Quizás me lo he imaginado. Joder, ahora veo fantasmas del pasado.

Un confuso flujo de comunicación crepitó en su auricular, devolviendo su atención a la sala. Justo cuando intentaba oírlo por encima del ruido de la multitud, el Destructor de Essex cayó al suelo, KO. La sala estalló en ruido y Danny no podía oír nada. Se abrió paso entre la multitud y se dirigió a la entrada para encontrar a Bob.

—Han. Acabado con Pete en el. Perro. Joder. Cabrones ru— —llegó un mensaje entrecortado por su auricular, sin mucho sentido.

—¿Qué está pasando, Bob? —preguntó Danny, alcanzando la puerta.

—Problemas. La pelea ha terminado. Vamos a sacarlos. Tenemos que irnos.

TRECE

Riendo y bromeando mientras se despedía con un apretón de manos, Harry dio unas palmaditas en la espalda a los últimos invitados y los instó a salir. En cuanto se marcharon, su rostro se endureció, enrojecido por la ira. Bob y Tom se unieron a él mientras los coches se detenían frente a la casa. Justo cuando estaban a punto de irse, Danny se subió al Bentley.

—No, Danny, no hace falta que te involucres en esto —dijo Harry.

—Lo sé, pero creo que os acompañaré.

La expresión en el rostro de Danny y el tono de su voz acallaron cualquier objeción mientras los coches arrancaban. El trayecto no era largo y, conduciendo al doble del límite de velocidad, solo tardaron diez minutos.

Los tres coches frenaron bruscamente al ver las luces azules parpadeantes rodeando el Dog-n-Duck. En cuanto el Bentley se detuvo, Harry salió disparado, dirigiéndose hacia el pub como un bulldog tras su hueso.

—¡Señor, señor, puede esperar ahí, por favor? ¡SEÑOR! —gritó un policía, apresurándose desde una ambulancia hacia Harry mientras este se dirigía a la puerta del pub.

Bob, Tom y Danny se quedaron atrás junto a los coches con los otros muchachos, observando los daños.

—Que te jodan, chaval. Este es mi local y voy a entrar —dijo Harry, extendiendo el brazo y señalando en tono de advertencia al joven agente.

—Señor, esto es una escena del crimen. Debo pedirle que permanezca detrás de la cinta. No puedo dejarle entrar hasta que la inspectora jefe y el equipo forense despejen el lugar. Dos hombres han sido gravemente agredidos aquí.

El humor de Harry cambió al instante. Su ira se desvaneció, reemplazada inmediatamente por preocupación.

—Escucha, chaval, me llamo Harry Knight. Este es mi pub. Dime quién ha resultado herido —ordenó Harry, pasando como una tromba junto al balbuciente agente antes de que pudiera responder.

Llegó a la ambulancia con el agente pisándole los talones y abrió la puerta trasera de golpe, haciendo que el paramédico diera un respingo.

—Denis, ¿estás bien, hijo? ¿Dónde está Pete? —preguntó, ignorando al policía mientras este intentaba apartarlo.

—Estaré bien, Harry. Han dado una buena paliza a Pete —dijo Denis a través de sus labios partidos e hinchados y un ojo hinchado medio cerrado.

—¿Quién ha sido? —dijo Harry, lanzando una mirada al agente para que se apartara.

—Fue ese cabrón enorme, Ivan, con cuatro de los matones de Volkov. Dijo que si vuelves a tocar a alguno de los chicos de Viktor, te matará.

El paramédico finalmente protestó y empujó a Harry hacia atrás para poder cerrar las puertas y llevar a Denis al hospital.

—Vale, vale —dijo Harry, sacudiéndose de encima al persistente agente y al paramédico.

—Tranquilo, hijo. Me ocuparé de esto.

Mientras la ambulancia se alejaba, Harry se acercó a Danny y Bob para observar el pub. Incluso desde fuera se podía ver que lo habían destrozado. La mayoría de las ventanas estaban rotas. Una mesa sobresalía a medias por una de ellas. Podían ver lo que quedaba de la barra a través de los huecos, con sus dosificadores y grifos completamente destrozados. La centenaria barra de roble del

pub estaba astillada con profundos cortes en forma de V, donde los hombres de Viktor la habían atacado con un hacha.

—Cabrón. Tengo que demostrarle a ese jodido ruso que con nosotros no se juega —dijo Harry a Bob, quien asintió en señal de acuerdo. El grupo de hombres se dio la vuelta para irse, solo para llevarse la sorpresa de encontrarse a la DCI Nichola Swan y al DC Jonathan Cripp justo detrás de ellos.

—Buenas noches. Es usted el señor Knight, ¿verdad? —dijo Swan.

—¿Quién quiere saberlo?

Como si fuera una señal, Swan y Cripp mostraron sus placas de identificación de la Policía Metropolitana. Harry siguió mirándolos directamente a la cara, sin siquiera echar un vistazo a las placas.

—Un asunto desagradable, señor Knight. ¿Tiene alguna idea de lo que ha ocurrido aquí?

Swan realmente no esperaba una gran cooperación. Harry Knight tenía una voluminosa carpeta en la central, y no había fin para las historias sobre cómo había llegado a controlar la mayor parte del norte de Londres.

—¿Y cómo cojones voy a saberlo? Acabo de llegar. ¿Por qué no dejáis de hacerme preguntas estúpidas y hacéis vuestro jodido trabajo? Encontrad a los desgraciados que destrozaron mi bar. Ahora, si me disculpáis, llego tarde a una reunión de negocios.

Harry se abrió paso hacia el coche, seguido de cerca por Bob y Danny.

—Disculpe, señor, ¿ha estado corriendo por Kingston recientemente? —dijo Swan al ver a Danny.

No podía estar segura, pero su parecido y complexión coincidían bastante con las borrosas imágenes de las cámaras de seguridad del corredor que abandonaba el incidente del canal.

—No —dijo Danny secamente mientras continuaba caminando.

—Un hombre que coincide con su descripción ayudó a una joven que estaba siendo agredida por unos chavales en un paseo junto al canal.

—Me alegro por él.

—Las imágenes de la cámara de seguridad que tenemos se parecen mucho a usted.

—Supongo que tengo una de esas caras —dijo Danny, dedicándole una sonrisa.

—Supongo que sí, ¿y qué nombre pondría a una de esas caras? —dijo ella devolviéndole la sonrisa, mostrando una fila de perfectos dientes blancos y un brillo en sus ojos al que Danny no pudo evitar sentirse atraído.

—Peter Freeman —respondió sin vacilar.

En el SAS, el anonimato era esencial por seguridad. Si tu verdadera identidad se filtraba, podría ponerte en riesgo a ti y a tu familia.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad, señor Freeman? —dijo ella, mientras sus miradas se cruzaban durante un instante demasiado largo cuando Danny volvía al coche.

—Tom, llévame a ese asqueroso club de striptease de Viktor.

CATORCE

Era una noche tranquila en el Silk & Lace. Un grupo de empresarios de mediana edad celebraban, riendo y mirando lascivamente a una joven rubia mientras giraba alrededor de una barra vestida solo con sujetador y braguitas de encaje. Se escuchó un vitoreo cuando aterrizó sobre sus pies y se puso en cuclillas con unas botas ridículamente altas hasta los muslos. Meneó el trasero frente a sus caras regordetas, deteniéndose para que pudieran meter dinero en el elástico de sus bragas. Viktor estaba en la barra de buen humor. Ivan le contaba entusiasmado los detalles de cómo había destrozado el pub de Harry y dado una paliza al dueño. Viktor se rio y le dio una palmada en la espalda a Ivan mientras se tomaban otro chupito. Acababa de hacerle una señal a Tanya para pedir más bebidas cuando su portero salió volando hacia atrás a través de las puertas del vestíbulo. Aterrizó en un reservado redondo, estrellándose contra la mesa, haciendo volar vasos por todas partes antes de acabar hecho un ovillo en el suelo. La intimidante mole de Bob entró tras el otro portero que tenía las manos en alto, con la pistola de Bob clavada en la nuca. Más hombres de Harry entraron en el club y se desplegaron alrededor de los reservados. En cuanto estuvieron en posición, Harry entró por el centro. Se dirigió hacia Viktor e Ivan. Danny se movió detrás de él,

sus ojos escrutando, evaluando, su cuerpo imperceptiblemente tenso, listo para la acción.

Sin previo aviso, Ivan se abalanzó hacia Harry, con la mano que tenía detrás de la espalda apareciendo con un gran cuchillo. En una fracción de segundo, Danny reaccionó, saltando frente a Harry para agarrar la muñeca de Ivan. Empujó el cuchillo hacia arriba y le pateó los testículos con todas sus fuerzas. Mientras Ivan se doblaba de dolor, Danny le dio un cabezazo en el puente de la nariz, destrozando el cartílago y enviándolo al suelo hecho un guiñapo. Los acontecimientos apenas empezaban a ser procesados por los hombres de Harry cuando Danny ya se movía hacia Viktor. Le había visto metiendo la mano dentro de la chaqueta en busca de una pistola. Al sacarla, Viktor la apuntó hacia Harry para disparar. Danny se le adelantó, con la mente a toda velocidad, viendo los acontecimientos a cámara lenta. Utilizó su peso y el impulso hacia delante para propinar un puñetazo con toda su fuerza a Viktor en plena cara. El impacto mandó a Viktor volando a través de los taburetes de la barra. Su pistola repiqueteó por el suelo. Reaccionando por fin, Harry y Bob avanzaron y agarraron a Viktor, golpeándolo para sentarlo en un reservado privado. Danny miró al grupo de empresarios encogidos en sus asientos.

—Vosotros largaos de aquí, no habéis visto nada, ¿entendido? —dijo, con la cara dura como el granito mientras les lanzaba una mirada intensa.

Con las caras blancas como el papel, se escabulleron rápidamente del reservado y salieron apresuradamente por la puerta, evitando el contacto visual con los hombres de Harry. Al fondo de la sala, Dimitri había visto entrar a los hombres y se había retirado silenciosamente a través de las puertas batientes hacia la cocina. Se agachó, observando a través de la pequeña ventana redonda de la puerta que daba a la barra.

—Vais a pagar por esto, joder —dijo Viktor, escupiendo sangre a Harry a través de su labio partido.

Harry le dio un fuerte puñetazo en el lateral de la cabeza.

—Cállate y escucha, maldito ruso de mierda —dijo, agarrando a Viktor por las solapas.

Al fondo, Tom gritaba a las chicas y al personal de la barra que se largaran. No necesitaron mucha persuasión y salieron disparados fuera de la vista.

—Si vuelves a cruzar al norte del río o a acercarte a uno de mis locales, te sacarán del Támesis en una bolsa. ¿Me has entendido, joder? —dijo Harry, con la cara a centímetros de la de Viktor.

—Que te jodan —respondió Viktor, sus redondos ojos azules mirando a Harry con desafío.

—Bob.

Harry hizo un gesto hacia el brazo de Viktor. Bob lo agarró y le forzó la mano contra la mesa, manteniéndola plana. Harry se agachó y recogió la pistola de Viktor. Sin previo aviso, Harry colocó el cañón en el dorso de la mano de Viktor y apretó el gatillo. La cara de Viktor se congeló en un gesto de incredulidad, registrando el dolor un segundo después mientras apretaba los dientes. Se llevó la mano al pecho en silencio, con los ojos ardiendo de desafío mientras intentaba no darles la satisfacción de gritar de dolor.

—No habrá más advertencias —dijo Harry mientras presionaba el cañón caliente contra la frente de Viktor.

Los dos hombres se miraron fijamente. Pasaron largos y tensos segundos hasta que Viktor hizo un lento medio asentimiento. Harry retrocedió, dejando una marca circular roja del cañón en la frente de Viktor. Se dirigió a la barra y cogió un paño de cerveza. Después de limpiar sus huellas de la pistola, extrajo el cargador y los arrojó ambos por detrás de la barra. Harry hizo un gesto a sus hombres antes de salir. Siguiéndole, se retiraron del club, saliendo lentamente de espaldas. Viktor permaneció sentado, con los ojos encendidos. Ivan se sujetaba la nariz con una mano, intentando contener el flujo de sangre mientras se agarraba los testículos con la otra.

—¡Aaarrrrgh! ¡Joder! —gritó Viktor, levantándose. Se apretó la mano con fuerza para contener la sangre antes de patear repetidamente los taburetes de la barra en un furioso arrebato. Dimitri emergió de la cocina y se acercó a su lado.

—Tienes que ir al hospital, Viktor —dijo, intentando ayudar.

—¿Dónde coño has estado?

—Estaba arriba en la oficina. Creí oír un disparo.

—Sí *era* un disparo, imbécil. No puedo ir al hospital, ¿verdad? Tráeme a ese médico gordo, ¿cómo se llama? Ya sabes, el que visita a Suzi en el burdel. El jodido Banks, tráeme a Banks. AHORA —gritó Viktor, envolviendo su mano sangrante con una toalla antes de estirarse por encima de la barra para coger una botella de vodka.



El Bentley avanzaba en convoy de regreso por Tower Bridge, dirigiéndose hacia el norte de Londres. Harry puso su mano en el hombro de Danny, que iba sentado en el asiento del copiloto. Este se giró para mirar a Harry.

—Lo siento, hijo. No deberías haber visto eso. No pretendía meterte en esa situación.

—No te preocupes —dijo Danny, encogiéndose de hombros. Había visto y tratado con cosas mucho peores.

—Vale, pero no se lo cuentes ni a tu madre ni a Lou, las dos me matarían —dijo Harry, esbozando una sonrisa.

—Joder, menos mal que estabas allí, chaval. Nunca he visto a nadie tumbar a alguien así —dijo Bob, dándole una palmada en la espalda a Danny.

—Ni yo tampoco —dijo Harry.

Danny no respondió, pero notó que Tom había dejado de lanzarle miradas asesinas.

QUINCE

La mañana siguiente comenzó sin sobresaltos, como debe ser. Danny charló con Rob, omitiendo convenientemente los sucesos posteriores a la pelea. A las ocho y media Rob se marchó al trabajo mientras Danny fregaba los platos del desayuno antes de tomar un taxi al hospital. Estuvo un rato con su madre, pero acortó la visita porque ella tenía mucho dolor. Los médicos tuvieron que aumentar los analgésicos y en cuanto hicieron efecto, la sumieron en un sueño libre de dolor. Danny le dio un beso en la frente y se fue. Cogió el metro hasta Angel y salió a Islington High Street. Estuvo buscando arriba y abajo durante un rato hasta que finalmente encontró el letrero de Greenwood Security que buscaba. Estaba sobre una puerta encajada entre una tienda de alfombras y un Pizza Express. Entró y subió por la escalera de madera desnuda.

No hace falta timbre en la puerta, pensó mientras los peldaños crujían y gemían con un estruendo resonante. La parte superior se abría a un pequeño espacio de oficina con un par de escritorios sepultados bajo montones de carpetas y cajas de archivos. Oyó un sonido que emanaba de una puerta en la parte trasera, así que se abrió camino hacia ella.

—Eso es, ya lo tienes. Tira del grande, Trish —se oyó la voz de Paul Greenwood.

—Estoy tirando. No sale —respondió una mujer con un gruñido de esfuerzo.

—¿Interrumpo algo? Puedo volver más tarde —dijo Danny con una risita. Todo lo que podía ver era el trasero bien formado de una mujer de rodillas, sobresaliendo de debajo del escritorio de Paul.

La cabeza de Paul apareció sobresaltada desde el otro lado, mientras Trisha daba un respingo, golpeándose la cabeza contra la parte inferior del escritorio.

—Mierda —dijo ella al emerger, frotándose la parte superior de la cabeza.

—Danny, capullo —dijo Paul, sonriendo.

Soltó los cables del ordenador que habían estado intentando ordenar y se apresuró a estrechar la mano de Danny.

—¿Está usted bien, eh...? —dijo Danny a Trisha, conteniendo apenas su diversión mientras ella se ponía de pie.

—Sobreviviré. Soy Trisha —dijo ella, viendo el lado gracioso mientras le devolvía la sonrisa.

—Danny. Encantado de conocerte.

Paul quitó una caja de una silla y le hizo un gesto para que se acercara.

—Toma asiento. Como puedes ver, aún no estamos del todo organizados.

—Mientras pueda encontrar la tetera, prepararé algo de beber. ¿Té o café, señor...? —dijo Trisha.

—Pearson.

Paul se posó en la esquina del escritorio, con expresión seria. Colocó una mano en el hombro de Danny.

—¿Cómo lo llevas, bien? Llevará tiempo adaptarse a la vida después del regimiento —dijo, haciendo una pausa antes de volver a hablar—. Lamento lo de tu madre. Si hay algo que pueda hacer...

Si hubiera sido cualquier otra persona aparte de Paul, le habría preguntado cómo sabía lo del regimiento y la enfermedad de su madre. Pero conocía a Paul desde hacía años, desde cuando era oficial de inteligencia, y uno extremadamente bien conectado. Whitehall, el Ministerio de Defensa, el MI6 y funcionarios del gobierno, Paul los conocía a todos.

—No estoy a punto de suicidarme, si es a eso a lo que te refieres —dijo Danny, dando la única respuesta que quería ofrecer.

Paul sonrió. Sabía que Danny no era del tipo que se abre, así que cambió de tema.

—Entonces, ¿buscas trabajo?

—Lo buscaré pronto. Tengo que estar disponible para mi madre y Rob durante el poco tiempo que le queda.

—Sí, lo entiendo perfectamente.

Un silencio incómodo cayó sobre la habitación de nuevo. Afortunadamente fue roto por Trisha, que regresaba con tres tazas de café dispares.

—Gracias, Trish. Bien, sobre el tema del trabajo, una vez que este lugar esté en orden y tú estés listo, tengo mucho trabajo: escoltas de seguridad, protección privada, seguridad de locales... elige lo que quieras.

—Sí, eso sería genial, te lo agradecería mucho, tío —dijo Danny levantando su taza de café en señal de saludo.

Paul le explicó cómo su lista de clientes estaba creciendo y cómo podría aprovechar la experiencia de Danny. Finalmente, Danny se levantó para marcharse. Cuando llegó a la puerta, de repente tuvo una idea y se giró.

—¿Has oído hablar alguna vez de un tipo llamado Viktor Volkov?

—Viktor Volkov, es una mala pieza con raíces en la mafia rusa. Drogas, prostitución, juego, y se rumorea que tráfico de personas. ¿Por qué lo preguntas? —dijo Paul, con su interés despertado.

—Eh, por nada. Solo escuché mencionar su nombre.

—Mmm, vale. Mantente en contacto y cuando estés listo, ven a verme por lo del trabajo —dijo Paul, poco convencido con la respuesta de Danny. Se estrecharon las manos y se marchó.

—Adiós, Trisha, encantado de conocerte —dijo al salir.

—Igualmente —dijo ella con una sonrisa que no pasó desapercibida.

DIECISÉIS

En el corazón de New Scotland Yard, Swan y Cripp se encontraban en la sala de incidencias de la Brigada de Delitos Graves. Habían colocado fotografías de Viktor Volkov y Harry Knight a ambos lados de los tablones de anuncios. Trazaron flechas en varias direcciones que conectaban las dos imágenes con más fotos de los asociados conocidos de Viktor y Harry. Notas adhesivas con información cambiante sobre quién estaba dónde y qué había sucedido estaban pegadas debajo de las imágenes correspondientes.

—No me gusta esto, Jon. Están ocurriendo demasiadas cosas para que sea una coincidencia —dijo ella, pegando una captura de pantalla de CCTV de Bob Angel tomada por una cámara de tráfico cerca de Silk & Lace. La imagen mostraba a Bob agarrando a los porteros del club de Viktor. La siguiente toma mostraba a Harry y diez de sus hombres entrando por las puertas tras él. La misma cámara captó a Ivan cojeando hacia el club a la mañana siguiente, con los ojos morados y la nariz vendada.

—Estoy de acuerdo. Parece que Volkov ha estado intentando hacerse con el norte de Londres —dijo Swan, retrocediendo para observar el tablón.

—Sí, y Knight no lo está permitiendo.

—No estoy segura, Jon. ¿Está Harry Knight al nivel de Viktor? Un negocio inmobiliario turbio y algo de juego ilegal, quizás. Pero está

en contra de las drogas y la prostitución, ¿no es solo un empresario de dudosa reputación? —dijo Swan encogiéndose de hombros.

—Quizás lo sea, quizás no. Si te remontas a antes de tu tiempo, las historias de su ascenso son legendarias. Asesinatos sin probar, extorsiones y crimen organizado. Ha limpiado su imagen con una gran cantidad de propiedades, bares y clubes. Pero en el fondo sigue siendo un cabrón despiadado.

—Mmm, si tienes razón, esto va a escalar. Hemos tenido los intercambios de golpes con los tipos de Kingston, y mi confidente dice que dos de los mensajeros de Volkov fueron golpeados por vender en el pub de Knight, y luego anoche destrozaron el pub. Más tarde, Harry lleva la pelea directamente a Viktor, a quien no hemos visto desde entonces —dijo, avanzando y señalando la foto de Danny.

—Todavía quiero saber quién es este tipo. Lo busqué en la base de datos y no encontré nada sobre Peter Freeman.

—¿Quieres que le hagamos venir?

—No, ¿para qué? No tenemos nada contra él. Tendremos que seguir investigando —dijo Swan, frunciendo el ceño ante la imagen de Danny.

—Jon, ¿qué fue lo que dijiste el otro día sobre este tipo? —dijo ella, intentando recordar.

—No sé, eh, que podría practicar artes marciales o boxeo.

—Sí, eso es, pero eso no explicaría necesariamente cómo se deshizo de dos matones con cuchillos como si nada. Podría ser exmilitar, músculo contratado tal vez, ¿pagado para encargarse de Viktor?

—Podría ser, me pondré con ello —dijo Cripp asintiendo en señal de acuerdo.

Swan miró fijamente la foto de Danny, pensando.

¿Quién eres?

~

El personal y las chicas que trabajaban en Silk & Lace habían estado andando con pies de plomo toda la mañana. Viktor había llegado hace una hora de un humor de perros. Su mano vendada le dolía horrores y había esnifado un montón de coca, seguida de vodka para amortiguar el dolor. Dimitri había advertido al personal de la noche anterior que no hablaran con nadie sobre lo sucedido. No hacía falta explicarles las consecuencias si lo hacían.

—¿Qué miras? Ponte a trabajar de una puta vez —gritó Viktor al camarero, que estaba mirando el agujero de bala en la mesa. El portero de la noche anterior salió por las puertas de la cocina justo cuando Viktor pasaba. Miró tímidamente al suelo con los ojos amoratados y la cabeza vendada. Viktor se detuvo y lo fulminó con la mirada.

—¿Has estado comiendo otra vez? Pedazo de imbécil gordo —gritó Víctor, con sus ojos azules ardiendo de furia.

—No, Viktor, yo estaba...

—No, Viktor, no Viktor. Cierra la puta boca. ¿De qué coño sirves? Quítate de mi vista.

Viktor se alejó furioso escaleras arriba. Se encontró con Ivan que salía de los baños. Sin decir nada, Ivan siguió a Viktor, cojeando hasta la oficina tras él. Se sentó lentamente en un sofá de cuero. Viktor se sentó en su silla de oficina detrás de su escritorio.

—¿Estás bien, Ivan? Tienes una pinta horrible.

—Bueno, al menos he dejado de mear sangre —dijo Ivan, intentando esbozar una sonrisa en su dolorido rostro.

—No puedo dejar que se salgan con la suya. Si Yuri se entera de lo que pasó, no dejaré de oírlo. Quiero a Harry Knight muerto.

El rostro de Viktor estaba mortalmente serio mientras se bebía otro vodka.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, tengo una idea mejor. Tráeme al viejo irlandés, O'Connell. Le encargaré que lo haga.

—Hmm, buena idea. Llevaré a Karl, iremos a buscarlo —dijo Ivan, levantándose lentamente del asiento. Antes de salir, fijó en Viktor una mirada decidida.

—El otro que me hizo esto. Quiero matarlo yo, eso está bien. ¿Da?

—Knight primero, luego lo matas. Da. Ahora tráeme al irlandés.

Después de ver salir a Ivan, instintivamente cogió el teléfono, olvidando su mano herida. Lo soltó como si quemara, agarrándose la mano con un dolor intenso. Viktor explotó en un ataque de ira, lanzando la botella vacía de vodka contra la pared. La vio estallar en mil pedazos de cristal.

Harry Knight, te haré sufrir por esto.

DIECISIETE

Habían pasado varios días desde la noche de la pelea. Danny y Rob habían estado haciendo sus visitas diarias al hospital. Maureen había ido empeorando cada día. En su última visita, el aumento de la medicación significaba que apenas notó que estaban allí. Danny se despertó a las 5:32 de la madrugada. Tenía un escalofrío recorriéndole la espalda. Un nuevo vacío se sumaba al que ya ocupaban su mujer y su hijo. Mientras se levantaba y se vestía, oyó el teléfono sonando abajo, seguido de los apresurados pasos de Rob. Él no se apresuró. No tenía sentido; sabía que era el hospital. Cuando bajó, encontró a Rob sentado en la cocina con aspecto perdido.

—Se ha ido, Dan. Mamá ha muerto.

—Lo sé, Rob —fue todo lo que Danny dijo mientras abrazaba a su hermano sollozante.



La inspectora jefe Nichola Swan se movió por la oficina, arrojando su abrigo sobre una silla mientras miraba el panel de situación. Cogiendo un rotulador, tachó a Peter Freeman y escribió Danny

Pearson bajo la imagen de Danny captada por las cámaras de vigilancia.

—Hola, ¿qué es todo esto? —dijo Cripp desde detrás de ella al llegar para su turno.

—Nuestro hombre misterioso es el sobrino de Harry, Danny Pearson. ¿Conoces a Darren Chorley, de tráfico? Estaba en el Hospital Elizabeth con su abuela. ¿Y quién aparece? Harry Knight y el Señor Misterio. Darren mantiene una discreta conversación con una enfermera bastante habladora y descubre que están visitando a la hermana de Harry, Maureen Pearson. Ella le cuenta que el joven alto y apuesto que acompaña a Harry es uno de los hijos de Maureen, Danny Pearson. Dijo que apareció hace aproximadamente una semana.

—Hmm, ¿dónde crees que ha estado escondido? ¿Crees que tiene antecedentes? Quizás acaba de salir de prisión. Lo comprobaré en el ordenador.

—Sí, por favor, Jon —dijo Swan, moviéndose para señalar la foto de Viktor.

—¿Alguien ha visto a Volkov desde la otra noche?

—Sí, tráfico lo pilló alejándose a toda velocidad del club anoche en su Ferrari. Aparte de eso, ha estado inusualmente callado —dijo Cripp, tecleando en su ordenador.

—Qué pena, esperaba que ese desgraciado nos hubiera hecho el favor de largarse de vuelta a Rusia.

—Y yo que pensaba que eras una dama —dijo Cripp con una sonrisa antes de que su rostro se volviera serio. Llamó a Swan.

—¿Qué ocurre?

Cripp giró el monitor para que Swan pudiera ver.

—Es el informe sobre Daniel Pearson, o más bien la falta de él. Se alista en el ejército a los 18, pasa la selección para los Comandos a los 20. Le conceden la Cruz Victoria por salvar a cinco miembros de su unidad bajo fuego en Irak a los 23 años. Y luego un gran y rotundo nada. Alto secreto, clasificado por el Ministerio del Interior, información restringida. Hasta el mes pasado, donde solo dice: "baja honorable de las Fuerzas Armadas de Su Majestad, sin regimiento, sin más información".

—Vaya, vaya, vaya, eres toda una sorpresa, señor Pearson. Supongo que eso responde a la pregunta de cómo se las arregló con Trevor y su pandilla en Kingston —dijo Swan mientras miraba la antigua foto de servicio en el ordenador.

—Sin duda, pero no responde a la pregunta de por qué ha vuelto. ¿Es por su madre moribunda o está Harry Knight reclutando suficiente músculo para acabar con Viktor? De cualquier manera, el señor Pearson ha estado involucrado en dos altercados con los hombres de Viktor en menos de dos semanas. Eso es demasiada coincidencia.

—Hmm, podría ser suficiente coincidencia para que el superintendente autorice la vigilancia sobre Knight y Volkov.

—No sé, es un vínculo bastante tenue —dijo Cripp, mirando a Swan esperando su siguiente movimiento.

—Bueno, no hay mejor momento que el presente —dijo ella, recogiendo el expediente y dirigiéndose por el pasillo hacia la oficina del Superintendente Jefe.

Cripp se reclinó en su silla y vio a Swan desaparecer de vista. Cogiendo su móvil, hizo una llamada.

—Hola, sí, soy yo. Sí, ya sé quién es. No, no, quiero más dinero, esto es arriesgado para mí. Vale, iré a verte.

Después de colgar, Cripp se reclinó de nuevo en su silla para comprobar que el pasillo seguía despejado. Satisfecho de que no hubiera nadie cerca, imprimió el expediente de Danny y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

DIECIOCHO

Hubo una gran asistencia al funeral de Maureen, a pesar del tiempo lluvioso. Tras una breve ceremonia en la pequeña capilla del centro del Cementerio de la Ciudad de Londres, la familia y los allegados siguieron a los portadores del féretro entre lápidas que se remontaban a la época medieval. Su parcela de enterramiento se encontraba junto a la de su padre y su marido, Ralph. El sacerdote pronunció sus últimas palabras y el ataúd descendió lentamente a la tierra. Danny permaneció junto a Rob y Tina, estrechando manos y agradeciendo a la gente mientras se dispersaban hacia sus coches.

Harry, Louise y May acompañaron a Tina hasta el coche, dejando a los hermanos para que presentaran sus últimos respetos antes de alejarse lentamente. Un descuidado Mini azul estaba aparcado en el extremo más alejado del aparcamiento. Tenía la ventanilla bajada unos centímetros para evitar que se empañara con la húmeda llovizna. Nadie le había prestado atención. Subieron a sus coches con ánimo sombrío y se dirigieron lentamente hacia las puertas del cementerio. No pasó desapercibido para Danny, ni tampoco la inspectora jefa Nichola Swan sentada en el asiento del conductor. Para cuando él y Rob llegaron al Bentley de Harry, Swan ya había arrancado el coche y salido lentamente del cementerio. Danny rechazó que Rob le llevara y cuando este se marchó con Tina, caminó hacia el otro lado y encontró a Harry a solas.

—¿Ha ido todo bien desde la noche de la pelea, Harry?

—Sí, no te preocupes, hijo, ha estado todo muy tranquilo. Creo que ese gilipollas ruso por fin ha aprendido la lección —dijo Harry, forzando una sonrisa y dando una palmada en la espalda a Danny.

—¿Quieres que te lleve, hijo? Está cayendo a cántaros.

—No, gracias, me vendrá bien caminar —dijo Danny, ajeno a la lluvia.

—Vale, si estás seguro. Cuídate y no seas un extraño —dijo, subiéndose al asiento del conductor. May saludó tristemente a Danny desde la parte trasera mientras se alejaban. Él respondió con un único gesto de la mano y salió por las puertas del cementerio. Cruzando la calle, entró en el parque de Wanstead Flats. Su cuerpo se sentía entumecido y su mente confusa. Caminó y caminó. No pensaba adónde iba, solo quería seguir moviéndose.

DIECINUEVE

El viernes siguiente, cuando el día estaba dando paso a la noche, el personal llegaba y fichaba en el club nocturno de Knight. Los preparativos estaban en marcha para el inicio de un fin de semana con mucho trabajo. Harry recorría el club haciendo su comprobación habitual.

—Suzy, cariño, ¿puedes repasar otra vez las mesas de la zona VIP? —dijo Harry suavemente a una de las limpiadoras.

—Vale, Harry —respondió ella, levantando la mirada de la aspiradora.

—Gracias —gritó por encima del hombro mientras desaparecía detrás de la barra.

Hoy se sentía un poco más positivo. Habían pasado unos días desde el funeral de Maureen y, aunque la echaba terriblemente de menos, se alegraba de que ya no estuviese sufriendo. Había puesto a todos a vigilar por si veían a Viktor y sus hombres, pero nadie había visto señal de ellos al norte del río.

—Buenas tardes, Stuart. ¿Ha llegado bien hoy el pedido de bebidas? —le preguntó al encargado de la barra.

—Sí, los dos chicos nuevos lo han guardado todo —dijo Stuart mientras seguía llenando las neveras de bebidas.

—¿Se están adaptando bien? —preguntó Harry. Le gustaba mostrar interés por todo su personal.

—Sí, son buenos, Harry, un par de chicos majos.

Al ver a Bob, Harry le hizo un gesto para que se acercara a la puerta de "Solo Personal". Los dos pasaron y subieron a la oficina.

—¿Cómo va el trabajo en el Dog, Bob? —dijo Harry sentándose en su escritorio. Bob hizo lo mismo en el suyo, frente a él.

—Bien, Harry. Los chicos han trabajado como bestias. Calculo que lo tendrán terminado a finales de la semana que viene.

La puerta de la oficina se abrió y entró Louise, cargada con bolsas de la compra bajo cada brazo.

—Hola, cariño, ¿qué haces aquí?

—Ah, el maldito coche no arrancaba. Llamé a la asistencia pero no pudieron ponerlo en marcha. Se lo han llevado al concesionario de Mercedes —dijo, dejando caer las bolsas en una silla.

—Hola, Bob, ¿estás bien, cielo?

—Estoy bien, Lou. ¿Quieres que le diga a Tom que te lleve a casa? —preguntó, sacando el móvil del bolsillo.

—Sí, por favor, cariño. Me están matando los pies —dijo, dejándose caer en una silla junto a las compras.

—Vete a casa, cariño, y descansa los pies. Estaré en casa alrededor de las diez —dijo Harry, moviéndose alrededor del escritorio. Le dio un beso en la mejilla mientras Bob terminaba de hablar por el móvil.

—Tom está abajo junto a la salida de emergencia, Lou, el coche está en la parte trasera. Te llevará a casa, ¿vale? —dijo Bob, esbozando una amplia sonrisa.

—Gracias. Bueno, te veré luego, cariño. No trabajes demasiado —dijo, recogiendo sus bolsas de la compra y desapareciendo escaleras abajo.

—¿Cuándo vuelve Pete al trabajo? —dijo Harry, acercándose a la ventana de la oficina.

—Denis dice que estará listo para la noche de apertura.

Bien —dijo Harry mirando a Louise subirse a la parte trasera del Bentley. Vio a Tom cerrar la puerta y entrar en el lado del conductor. Sintió el aumento de la presión del aire antes de ver la explosión. El edificio se estremeció y las ventanas estallaron hacia dentro con tal fuerza que lo lanzó hacia atrás hasta el centro de la habitación. Se

quedó allí tumbado, sin aliento y aturdido, con la cara salpicada de fragmentos de cristal. Unos segundos después, como si le hubieran dado un electroshock, su mente asimiló lo que estaba sucediendo.

—¡Lou! —gritó, sacudiéndose los fragmentos de cristal mientras se ponía en pie tambaleándose.

—¡Louise! —gritó de nuevo. Al llegar a la ventana sin cristales, miró hacia abajo intentando ver a través de las columnas de humo negro y acre.

Dándose la vuelta, bajó corriendo las escaleras, seguido de cerca por Bob. Sus pies resbalaron mientras empujaba con el hombro las puertas de emergencia, irrumpiendo en el callejón al lado del club. Se quedó allí, mirando, con el rostro demacrado por el horror y la incredulidad. El Bentley estaba doblado y retorcido, deformado; la sección de pasajeros envuelta en una feroz bola de fuego. Harry intentó avanzar en un esfuerzo inútil por salvar a Louise, pero Bob lo sujetó mientras él seguía gritando su nombre. Mientras Bob lo sujetaba, sus ojos se fijaron en un grafiti en la parte trasera de las puertas de la salida de emergencia: un cuadrado rojo brillante con una estrella amarilla estampada junto a una *V* amarilla. Siguió sujetando a Harry, con la sangre hirviéndole al pensar en Viktor Volkov y en la pérdida de Tom y Louise. Las sirenas resonaban entre los edificios, acercándose cada vez más en su cacofónica aproximación. Harry se quedó quieto y en silencio, su rostro contorsionado por la conmoción y el desconcierto. Su expresión cambió a una de furia contenida y necesidad de venganza.

—No le contamos nada a la policía, Bob. Quiero encontrar a ese cabrón y matarlo personalmente.

Se quedaron en silencio mientras los coches, el ruido y las luces azules se agolpaban en el callejón, mientras los destellos azules atravesaban el humo como un espectáculo de luces láser.

VEINTE

La inspectora jefe Nichola Swan acababa de ponerse la chaqueta y estaba a punto de marcharse al final de su turno. Se encontraba a escasos metros de la puerta cuando esta se abrió de golpe, haciéndola sobresaltar. El inspector Jonathan Cripp entró visiblemente alterado.

—Ah, menos mal que sigues aquí.

—No por mucho tiempo. ¿Qué ocurre, Jon? —preguntó, esperando pacientemente a que escupiera lo que tenía que decir.

—Tenemos a Harry Knight abajo en una sala de interrogatorios. Alguien acaba de hacer estallar a su esposa y a su chófer con una bomba en el coche.

—Joder, esto se ha descontrolado por completo. ¿Quién está haciendo el interrogatorio? —dijo Swan, todavía intentando asimilarlo.

—Mike está con Bob Angel, pero Derick ha salido a atender una llamada, así que date prisa porque te toca entrar a ti —dijo Cripp, abriéndole la puerta.

—Gracias, Jon —respondió ella, siguiéndole escaleras abajo.

Un agente de la policía científica le proporcionó un resumen aproximado de los hechos. Era demasiado pronto para tener informe forense de la bomba del coche, y resultaba improbable que hubiera alguna evidencia forense en el chamuscado esqueleto del vehículo.

Tras una pausa para ordenar sus pensamientos, entró en la sala de interrogatorios. Harry permanecía abatido tras la mesa, con las manos fuertemente entrelazadas frente a él, provocando que sus nudillos se volvieran blancos. Su abogado se sentaba erguido y atento a su lado. Swan se presentó una vez más, antes de configurar el equipo de grabación y repasar las formalidades del interrogatorio.

—Señor Knight, sé que esto es difícil y lamento mucho su pérdida.

Hizo una pausa por costumbre. Este sería normalmente el momento en que un cónyuge afligido se derrumbaría o soltaría furiosas acusaciones o disculpas por hacer perder el tiempo a la policía, o al menos algo. Pero no hubo reacción. Harry simplemente permaneció allí sentado, mirando a través de ella, con la mente en otra parte.

—Como su esposa solo estaba en el coche porque el suyo se había averiado, creo que podemos suponer que alguien pretendía que esto fuera para usted. ¿Tiene alguna idea de quién querría hacerle esto?

—No —fue todo lo que dijo Harry. Sus ojos se encontraron brevemente con los de ella, pero su voz permaneció vacía de emoción.

—¿Tiene esto alguna relación con el incidente en el pub Dog-n-Duck de hace dos semanas?

—No.

Misma respuesta, mismo tono.

—Señor Knight, sabemos que fue al club de Viktor Volkov, Silk & Lace, la misma noche del ataque en el pub. Tenemos grabaciones de las cámaras de seguridad en las que se le ve entrar al club, y llamadas de residentes que afirman haber oído algo que sonaba como un disparo —dijo Swan, sintiendo cómo aumentaba la tensión al otro lado de la mesa.

—¿Tiene la explosión de su coche algo que ver con una guerra territorial entre usted y Viktor Volkov? —dijo, intentando obtener una respuesta o alguna reacción de Harry.

—No —respondió Harry, como antes.

Su abogado intervino mientras Harry se reclinaba impasible.

—Debo protestar. El señor Knight acaba de perder a su esposa y a un buen amigo. Ha venido aquí por voluntad propia y ha respondido a sus preguntas lo mejor que ha podido. No sabe quién ha cometido este acto atroz y, como no está detenido, nos vamos.

Swan sabía que eso era todo lo que conseguirían esta noche. Ofreció sus condolencias de nuevo y dio por terminada la entrevista.

Cripp la estaba esperando cuando volvió arriba.

—Bueno, no me tengas en ascuas. ¿Cómo ha ido?

—No muy bien, Jon. Knight no revela nada. Pero tengo la horrible sensación de que no es la justicia policial lo que busca —dijo ella.

—¿Qué podemos hacer?

—No hay mucho que podamos hacer, aparte de vigilar a Knight y a Volkov, y esperar que la científica encuentre algo en el coche —dijo, poniéndose la chaqueta por segunda vez esa noche.

—No tengo muchas esperanzas de que eso ocurra. Que pases buena noche.

—Gracias, te veo mañana.

Cripp la observó marcharse y luego cogió su teléfono.

VEINTIUNO

Bob recibió a Harry fuera de la comisaría. Harry agradeció calurosamente a su abogado, y su rostro se tornó sombríamente serio en cuanto este se marchó.

—Saben lo de nuestros problemas con Volkov —dijo Bob.

—Lo sé. Tenemos que acabar esto esta noche, antes de que los maderos se metan de lleno.

Caminaron calle abajo y se subieron a uno de los Range Rovers que esperaban.

—¿Tienes listos los coches y a los chicos? —le dijo Harry a Phil, que iba delante, con voz fría y decidida.

—Sí, jefe, todo listo —respondió Phil, con el mismo estado de ánimo que Harry.

—¿Has conseguido lo que te pedí, Bob? —gruñó Harry.

—Sí, jefe. Sin números de serie, imposible de rastrear.

—Gracias, te debo una por esto.

—No me debes nada, jefe. Esto es por Lou y Tom —dijo Bob mientras se incorporaban al tráfico de Londres.

En la oficina situada encima de Silk & Lace, Viktor bebía con Ivan y Dimitri. Vitorearon cuando un flash informativo anunció dos muertos en un coche bomba frente a un club nocturno de Londres.

—¡Ja, ja, que te jodan, Harry Knight! Nostrovia —gritó Viktor, levantando su copa y riéndose frente al televisor.

—Los irlandeses no escatimaron con el Semtex, da —dijo Ivan, agitando su vaso para que se lo rellenaran.

—Esto va a atraer mucha atención. La policía estará vigilando todo lo que hagamos —comentó Dimitri con preocupación.

—Que les den, te preocupas demasiado —dijo Viktor mientras colocaba afanosamente una raya de coca en su escritorio, antes de esnifársela con un billete de cincuenta enrollado.

—Aún quiero matar al otro —dijo Ivan. Ya no llevaba la cinta en la nariz, pero todavía estaba amoratada, y sus ojos seguían teniendo rincones negros.

—Lo harás, Ivan, lo harás. Lo encontraremos y podrás hacerle lo que quieras —dijo Viktor, limpiándose el polvo de la nariz.

—Deberías dejar que las cosas se calmen, Viktor.

—Vete a la mierda, Dimitri, estás arruinando mi celebración. A la mierda, me voy a casa —dijo, tambaleándose al levantarse.

—¿Quieres que uno de los hombres te lleve? —preguntó Ivan.

—¿Qué, crees que necesito una niñera? Yo mismo conduzco —dijo, dirigiéndose tambaleante hacia la puerta. Ivan simplemente se rio y lo despidió con un gesto antes de levantarse él también.

—Yo también me voy. Relájate, Dimitri. Necesitas descansar.

Dimitri lo vio marcharse. Se quedó indeciso sobre el teléfono del escritorio; quería llamar a Yuri y contarle sobre el comportamiento imprudente de Viktor. Le tembló la mano mientras lo pensaba y solo se echó atrás cuando consideró lo que Viktor podría hacerle si se enteraba. El móvil sonó en su bolsillo, haciéndole dar un respingo.

—¿Sí? —contestó.

—Soy yo. Harry Knight sigue vivo. La bomba se llevó por delante a su mujer y al chófer.

—Joder, ¿dónde está ahora? —dijo Dimitri con la mente acelerada.

—Ni idea, pero si acabara de matar a la mujer de Harry Knight, querría andar con mucho cuidado.

—Vale, gracias.

Dimitri colgó y corrió hacia la ventana, justo a tiempo para ver cómo el Ferrari de Viktor pasaba rugiendo frente al club.

Mierda.



El ruido del Ferrari rojo resonó entre los edificios al pasar. Segundos después, la luz de un teléfono móvil iluminó un rostro con una luminiscencia fantasmal mientras realizaba una llamada. Menos de treinta segundos después se apagó, envolviéndole de nuevo en las sombras.



Viktor se desvió hacia el centro de la carretera, el rugido de los neumáticos sobre los ojos de gato lo sacó momentáneamente de su neblina de cocaína y vodka. Tanteando con su móvil, llamó a Ana a su apartamento, serpenteando peligrosamente por la carretera mientras hablaba.

—Eh, zorra, ponte algo sexy. Estaré en casa en un minuto. ¿ME OYES? —gritó cuando ella tardó demasiado en contestar.

—Sí, Viktor, te veo en un minuto.

Lanzando el móvil sobre el asiento, Viktor giró bruscamente, saliendo de la carretera principal hacia su bloque de apartamentos. A unos cientos de metros por delante podía ver la parte trasera de un Range Rover con las luces de freno intensamente encendidas. A su lado, de cara a él, los faros de un coche grande con las luces largas le dañaban los ojos. La puerta del conductor estaba abierta y dos figuras discutían de pie. Los brazos se agitaban en gestos airados recortados por los faros.

—Ah, ¿qué coño es esto? —gruñó Viktor, golpeando el volante con las palmas mientras reducía hasta detenerse. Viktor aporreó el claxon, haciendo que uno de los tipos se girase y le hiciera un corte de mangas.

Hijo de puta.

Estaba excitado como un demonio y quería volver al apartamento con Ana. Resistió el impulso de sacar su pistola de la guantera para asustar a estos tipos. En cambio, decidió dar marcha atrás y tomar un desvío para rodearlos. Puso la marcha atrás y giró la cabeza para mirar por detrás justo cuando un 4x4 negro se detenía muy cerca de él.

Ah, por el amor de Dios.

Viktor bajó la ventanilla, aporreando el claxon mientras sacaba la cabeza.

—Apartaos de una puta vez —gritó.

Por el rabillo del ojo captó un movimiento entre las sombras. Se quedó mirando mientras aquello se acercaba, con los ojos abriéndose de terror al reconocer lo que era. Lanzándose hacia la guantera, forcejeó para abrirla en la oscuridad. El interior se iluminó al abrirse, permitiéndole coger su pistola. Nunca llegó a apuntarla. Harry vació todo el cargador en la cabeza y el torso de Viktor a través de la ventanilla abierta. El sonido retumbó y el fogonazo del cañón iluminó los edificios vacíos a ambos lados de la calle en un macabro efecto estroboscópico. Cuando todo terminó, el silencio resultaba insoportable por el contraste. Harry se quedó allí mirando un momento antes de caminar tranquilamente hacia el coche de atrás. Bob estaba junto a la puerta del conductor con una pequeña toalla. Cuando Harry pasó a su lado, dejó la pistola en la toalla y subió silenciosamente a la parte trasera. Bob envolvió la pistola, frotándola mientras lo hacía, y luego subió, colocando la toalla en el asiento del copiloto para deshacerse de ella más tarde. Dio marcha atrás, se detuvo y se alejó por la calle lateral. Al mismo tiempo, los dos coches de delante se marcharon lentamente en direcciones diferentes. El motor del Ferrari rojo borboteaba mientras seguía al ralentí. Sus faros iluminaban la calle desierta mientras esperaba un arranque que nunca llegaría.

VEINTIDÓS

La sala de incidentes estaba caótica y ruidosa. La DCI Nichola Swan se encontraba ocupada actualizando los tableros de información. Le iba soltando datos concretos a Cripp y a los otros detectives mientras leía del informe forense.

—No, nada. Todo lo que tenemos son 13 casquillos de bala vacíos. Ni ADN, ni huellas dactilares.

—¿Algo alrededor del vehículo? —dijo el Detective Brooks.

—No, Gareth, nada útil. Es un atajo muy transitado: hay miles de restos de porquería de otras personas por toda la carretera —dijo, escribiendo bajo la foto de Harry.

—¿Qué hay de Knight? ¿Dónde estaba en ese momento? —preguntó otro detective, lo que provocó que Cripp se levantara para responder.

—El señor Knight estuvo en su casa toda la noche, afligido por su esposa. Tenemos a Bob Angel, su abogado, y a ocho empleados que jurarán que nunca salió de la casa. Incluso tiene al diputado de Kensington Norte diciendo que se pasó a presentar sus respetos alrededor de la hora de la muerte de Volkov —dijo Cripp poniendo los ojos en blanco ante una sala que respondió con gemidos.

—¿Y las cámaras de vigilancia de la zona? Seguro que captaron algo —dijo Brooks, intentando aún mantener una actitud positiva.

—Hay un laberinto de calles suburbanas que atraviesa las urbanizaciones junto al tiroteo. No hay cámaras inmediatas hasta la A3 por un lado y la A100 por el otro. Hemos revisado cientos de matrículas en ambas rutas; ninguna pertenece a Harry Knight. Además, las cámaras de vigilancia en la zona de St John's Wood no mostraron que ninguno de los coches de Knight saliera de la zona anoche —dijo Swan exasperada.

—¿Tenemos alguna pista sobre la bomba del coche?

—Los forenses confirmaron Semtex en un contenedor magnético colocado bajo el centro del coche. Fue armado a distancia mediante un dispositivo móvil y activado por un interruptor de mercurio cuando el coche se puso en marcha. Es un dispositivo raro y sofisticado, así que estamos considerando la posibilidad de expertos en explosivos ex-militares o paramilitares.

—Cristo, esto se pone cada vez mejor. ¿Qué hay del tipo misterioso, Danny Pearson? —dijo Gareth.

—Callejón sin salida: sus archivos están herméticamente bloqueados. No sé qué ha hecho o para quién trabajaba, pero tiene amigos en las altas esferas. Nos han dicho que nos apartemos y lo dejemos en paz —dijo Swan, mostrando la frustración en su voz.

Miró a la sala de caras inexpresivas.

—Entonces, ¿alguna idea brillante, caballeros?

La sala era un colectivo de cabezas negando en silencio.

~

DANNY SE SENTÓ a la mesa de la cocina con su café matutino. Encendió la tele en el canal de noticias. Vio a medias a un reportero hablando sobre un político al que habían pillado engañando a su mujer con una prostituta.

—Buenos días —le dijo a Rob cuando entró, encendiendo la tetera con un bostezo.

—¿Eh? Ah, sí, buenos días.

Su hermano le hacía sonreír. Adoraba la normalidad de su vida: levantarse, ir a trabajar, ver a Tina y acurrucarse con ella en el sofá,

pedir comida a domicilio, ver la tele. Durante mucho tiempo su vida había sido suciedad, desiertos y muerte, y después de que su mujer e hijo fallecieran, solo un vacío entumecido. Ahuyentó esos sentimientos antes de que tuvieran tiempo de hundirle el ánimo y dirigió su atención a la siguiente noticia. El teléfono sonó mientras asimilaba el titular: «Dos muertos en un atentado con coche bomba en la capital anoche».

—Ya voy yo —dijo Rob, dirigiéndose al pasillo.

Danny quedó hipnotizado por las imágenes del club nocturno de Knight y los restos negros y carbonizados del Bentley de Harry que se llevaban en la parte trasera de un camión policial. Intentó torpemente subir el volumen para escuchar los detalles, pero habían pasado a otra noticia antes de que pulsara el botón.

—Danny —dijo Rob al volver, con la cara blanca como el papel.

—¿Es Harry? ¿Han matado a Harry? —preguntó, ansioso de información.

—No, es la tía Lou. Alguien ha matado a Lou.

Danny se recostó aturdido. Estaba a punto de dirigirse a la puerta para ir a casa de Harry cuando la siguiente noticia de la televisión captó su atención: «El empresario londinense de origen ruso, Viktor Volkov, abatido a tiros en su Ferrari en un tiroteo al estilo de las bandas».

Mierda.

Danny tomó prestado el coche de su perplejo y afectado hermano y condujo hasta la casa de Harry. Después de que le dejaran pasar las verjas, le recibió en la puerta Bob.

—Es un detalle que hayas venido, hijo. No sé si Harry está para recibir visitas. Aunque creo que May podría necesitar algo de apoyo —dijo Bob en voz baja. Una atmósfera de pérdida cubría la casa como una manta.

—¿Qué demonios ha pasado, Bob? —preguntó Danny insistentemente.

Bob miró más allá de él, hacia el muro, antes de guiarle dentro y cerrar la puerta.

Llevó a Danny a un lado y le habló de cerca y en voz baja.

—Lo siento, nunca se es demasiado prudente. Ese cabrón ruso intentó matar a Harry con un coche bomba. Solo porque el coche de Lou se averió, ella estaba en el Bentley. Harry está destrozado, se culpa por su muerte.

—Joder, ¿y qué hay de Volkov y el tiroteo?

—No puedo hablar de eso. Todo lo que necesitas saber es que recibió lo que merecía —dijo Bob sin mostrar emoción alguna.

—¿Sin represalias policiales?

—Digamos que no es nuestra primera vez en esto, chaval. Confía en mí, no habrá represalias policiales —dijo Bob con un atisbo de sonrisa.

Aceptando lo que Bob dijo, Danny dirigió sus pensamientos a por qué estaba allí.

—¿Dónde está May?

—Arriba en su habitación. Ya sabes el camino.

Asintió a Bob y subió las escaleras. Llamó suavemente a la puerta de May antes de entrar. Estaba tumbada en la cama abrazando una almohada. Se giró para mirarlo con ojos enrojecidos y llorosos.

—Hola, Enana.

Ella no dijo nada, simplemente lo abrazó fuerte y enterró la cabeza en su pecho mientras las lágrimas brotaban. Algo más tarde, Harry asomó la cabeza por la puerta; parecía desaliñado y cansado. Reconoció a Danny con un guiño y observó cómo consolaba a su hija.

—Gracias, hijo —dijo suavemente antes de abandonar la habitación.

VEINTITRÉS

Por segunda vez desde que Danny había regresado a casa, se encontraba frente a una tumba en el Cementerio de la Ciudad de Londres. Esta vez brillaba el sol, pero el ambiente nunca había sido más sombrío. Harry estaba de pie con el brazo alrededor de May mientras ella lloraba. Danny se encontraba al otro lado con Rob y Tina junto a él. Cuando el servicio terminó, los asistentes se fueron marchando poco a poco. Las conversaciones eran breves e incómodas—aparte de las condolencias, ¿qué más había que decir? May abrazó a Danny antes de alejarse con Bob. Danny empezó a marcharse, pero luego se volvió hacia Harry.

—Se lo merecía. Yo habría hecho lo mismo.

No se dijo nada más. Los dos hombres compartieron una mirada y un asentimiento que lo decía todo.

VEINTICUATRO

En la terminal de carga del aeropuerto Domodédovo de Moscú, una limusina negra estaba aparcada junto a un coche fúnebre sobre la extensa superficie negra del asfalto. Un enorme avión de carga rodaba lentamente hacia su bahía, guiado hasta detenerse junto a ellos por las paletas de un empleado aeroportuario con chaleco fluorescente. Yuri Volkov permanecía perfectamente inmóvil en el frío aire moscovita, esperando pacientemente junto a la limusina sin mostrar emoción alguna. Una luz naranja de emergencia giraba en la parte trasera del avión, y la enorme puerta de carga trasera se abrió lentamente hacia abajo sobre enormes brazos hidráulicos. Chocó contra el suelo formando una rampa para la descarga. Dimitri apareció en lo alto. Estrechó la mano del piloto antes de descender la rampa hacia Yuri. Se abrazaron brevemente. Yuri le besó en la mejilla.

—Lo siento, primo —dijo Dimitri con una mezcla de remordimiento y un poco de temor.

—No es culpa tuya, primo. Mi hermano era un necio. Se lo buscó él solo.

Dimitri hizo un pequeño gesto de alivio antes de colocarse junto a Yuri mientras esperaban. Observaron cómo cuatro trabajadores del aeropuerto desaparecían en el interior cavernoso del avión, reapareciendo momentos después con el ataúd de Viktor equilibrado

sobre un carrito de palés. Lo colocaron junto al coche fúnebre, donde los empleados de la funeraria lo recogieron y lo deslizaron en la parte trasera. Yuri y Dimitri subieron a la parte trasera de la limusina y los dos coches se dirigieron hacia la puerta de salida.

—¿Cuándo es el funeral?

—Mañana —dijo Yuri fríamente.

—¿Tan pronto?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Papá está tan destrozado que apenas puedo consolarlo. Ya es bastante malo que no podamos tener un ataúd abierto para que la gente pueda verle y presentar sus respetos. Pero que un padre no pueda ver a su hijo una última vez... —dijo Yuri, su voz mostrando los primeros indicios de ira.

—¿Seguro que papá no podría verlo antes de que lo entierren?

—¿Cómo, si no tiene puta cara, imbécil? —gruñó Yuri, con los ojos ardiendo de furia.

—Sí, por supuesto, lo siento, Yuri. ¿Qué vas a hacer con lo de Londres? —dijo Dimitri, intentando cambiar rápidamente de tema.

—Ahora lloramos. Mañana enterramos a Viktor. Papá está organizando un velatorio para mañana por la noche: un homenaje a la memoria de Viktor. Cuando terminemos, hablaremos de Londres.

Yuri apartó la mirada, dejando muy claro que la conversación había terminado. Condujeron en silencio el resto del camino, finalmente girando y esperando a que su seguridad armada abriera las puertas de la finca familiar Volkov. Los coches avanzaron por el largo camino de grava hacia la mansión del siglo XVIII. El edificio era enorme, con columnas a ambos lados de la puerta. Más de treinta ventanas se extendían a lo largo de sus tres plantas de fachada. En el centro, justo debajo del vértice del tejado, se encontraba el escudo familiar de los Volkov, con siglos de antigüedad. Se dirigieron a la entrada mientras las altas puertas frontales se abrían. Llenando el espacio había una enorme montaña humana, su impecable traje negro visiblemente tenso mientras se flexionaba. Se apartó para dejarles entrar, su ojo ciego brillando bajo tres cicatrices en forma de garra que se extendían por su cabello rubio rapado.

—¿Cómo está papá, Adrik? —dijo Yuri, girándose para ver a los empleados de la funeraria entrando con el ataúd.

—No está bien, Yuri. Está gritando pidiendo venganza y se ha bebido otra botella de vodka. Casi me dispara con esa maldita escopeta antigua suya.

—Vale, vale, iré a hablar con él. Diles que pongan a Viktor en el salón —dijo Yuri, aún manteniendo sus emociones bajo control.

—¡Papá! —gritó Yuri mientras se dirigía al despacho de su padre.

—Yuri, ¿está aquí? ¿Ha vuelto Viktor a casa? —dijo Sebastian Volkov, con voz angustiada y ligeramente arrastrada.

—Sí, está aquí, papá.

Yuri entró y encontró a su padre sentado detrás de su escritorio, mirándole con ojos inyectados en sangre y llorosos, una botella vacía de vodka en una mano y una escopeta antigua en la otra.

—Vamos, papá, dame la escopeta antes de que hieras a alguien. Recuerda lo que le pasó al tío Vlad.

—Ese cabrón merecía que le dispararan, insultó a tu madre —escupió el anciano, finalmente soltando el arma.

—Vale, vale. Déjame traerte un café y algo de comer. Necesitas mantener tus fuerzas.

—Lo que necesito es venganza. Quiero que el hombre que hizo esto sufra. Quiero que su familia sufra. Quiero que desee estar muerto. Luego quiero su cabeza en mi escritorio para poder escupirle en el ojo.

—Lo estará, papá, te lo juro. En cuanto le demos a Viktor su despedida, lo estará —dijo Yuri, poniendo su brazo alrededor del hombro de su padre y llevándole hacia la cocina para que se le pasara la borrachera.

—Eres un buen chico, Yuri. Si hubieras estado allí, esto nunca habría ocurrido —dijo el anciano, con lágrimas brotando de sus ojos.

Después de darle café y comida, Yuri le llevó a su habitación y le acostó. Regresó al salón donde Dimitri y Adrik estaban de pie junto al ataúd de Viktor. Yuri fue al mueble bar y sirvió tres chupitos de vodka. Le pasó uno a Adrik y otro a Dimitri. Con un gesto de la cabeza, los tres levantaron sus vasos.

—Por Viktor —dijeron todos a modo de saludo, antes de beber de un trago.

Yuri avanzó, colocando su mano sobre la tapa del ataúd.

—Adrik, cuando termine el velatorio volverás conmigo. Quiero que Karl y Belek vengan también.

Cuando Yuri se giró, el hombre grande asintió y luego abandonó la habitación con Dimitri. Dejaron a Yuri solo con sus pensamientos y con su hermano.

VEINTICINCO

Danny subió las escaleras hasta la oficina de Paul en Islington. Habían despejado las cajas y Trisha Fields estaba sentada con una sonrisa de bienvenida en un mostrador de recepción recién colocado.

—Señor Pearson, encantada de verle de nuevo —dijo alegremente.

—Por favor, llámame Danny. ¿Está dentro?

—Sí, está. Pasa —se oyó un grito desde el despacho del fondo.

El despacho de Paul también se había transformado. Tenía un aspecto ordenado, profesional y listo para la acción.

—Justo la persona que quería ver. Siéntate —dijo Paul, deslizando una carpeta de archivo de vuelta a la estantería.

—Hola. Eso suena inquietante —respondió Danny, dejándose caer en una silla.

—En primer lugar, lamento lo de tu madre. ¿Estás aguantando bien? —dijo Paul, con genuina preocupación reflejada en su rostro.

—Estoy bien, Paul. Ahora, ¿para qué querías verme? —dijo Danny sonriendo pero cambiando de tema, evitando la conversación personal.

—Eh, vale, bien. Tengo cuatro semanas de trabajo con un equipo de seguridad como jefe de grupo. El cliente es la comisión parlamentaria del Reino Unido para el cambio climático. Asistirás a

seminarios en Minsk, Moscú y Kiev. Es un trabajo fácil, bien pagado y en buenos hoteles.

—Me parece perfecto. ¿Cuándo empieza? —preguntó Danny, animándose ante la idea de tener algo en lo que hincar el diente.

—Eh, veamos. Volarás el quince del mes que viene. He pensado en diez hombres para el equipo, pero me gustaría que revisaras sus expedientes y eligieras a los seis que quieres llevar.

Paul se dio la vuelta y sacó una carpeta diferente de la estantería, entregándosela a Danny.

—Gracias, Paul, te lo agradezco de verdad.

—No me des las gracias. Ya te lo dije, hombres con tu experiencia son difíciles de encontrar. Me estás haciendo un favor. Este es un cliente muy importante. Si esto sale bien, espero conseguir mucho más trabajo de ellos.

—En ese caso, leeré todo esto y te diré quién creo que es el más adecuado —dijo Danny, notando cierta aprensión en el lenguaje corporal de Paul. Intuía que había algo más en la mente de Paul.

—Suéltalo ya, Paul —dijo con una sonrisa.

—Nunca he podido ocultarte nada. Vale, ciertas personas importantes han estado dándome la lata. No están contentos con los coches bomba y los asesinatos de la mafia en Londres. Han mencionado el nombre de tu tío más de una vez, y cierta inspectora jefe de la Policía Metropolitana se ha interesado mucho por ti. Ha estado llamando a puertas intentando acceder a tus expedientes clasificados. Solo te preguntaré esto una vez: ¿estás involucrado en algo que debería preocuparme?

Los ojos de Paul taladraban a Danny mientras esperaba una respuesta.

—No te insultaré mintiendo. Ambos sabemos lo que pasó. Pero yo no estaba allí cuando murió mi tía ni cuando asesinaron a Viktor Volkov. Harry lo terminó y está llevando discretamente el duelo por la pérdida de su esposa —dijo Danny abiertamente, como sabía que podía hacerlo con Paul.

—Excelente. Entonces no hace falta decir más. No te preocupes por la inspectora jefe Nichola Swan. Si se le ocurre respirar en tu dirección, acabará dirigiendo el tráfico en un futuro previsible —dijo

Paul levantándose para estrechar la mano de Danny, señalando que la conversación había terminado.

—Envíame una copia de tu pasaporte y me encargaré de reservar todos los viajes y hoteles —dijo despidiéndole y volviendo a su escritorio.

Danny se marchó, despidiéndose de Trisha al salir.

VEINTISÉIS

El cortejo fúnebre seguía al coche fúnebre de Viktor mientras cruzaba el río Moscova. Pasó junto al antiguo estadio Luzhniki de los años cincuenta antes de girar a la derecha hacia el cementerio Novodevichy de Moscú. La fila de limusinas y coches se extendía tanto que tardaron más de cinco minutos en hacer pasar a todos por el arco del cementerio. Se agolparon alrededor de la antigua parcela familiar de los Volkov, que ocupaba una gran esquina del cementerio y estaba cubierta por una imponente lápida de mármol, coronada con fuertes y orgullosas tallas de la familia Volkov a través de las décadas. El actual patriarca de la familia, Sebastian Volkov, se mantenía en pie, tan fuerte como su frágil cuerpo le permitía. Sus ojos azul hielo ardían de ira y su rostro estaba tenso. Yuri se encontraba a su derecha, imitando la muestra de fortaleza de su padre mientras el ataúd de Viktor era depositado en la tierra. Sebastian dio un paso adelante con Yuri aún a su lado.

—Lo pagarán, hijo mío. Les espera dolor, sufrimiento y muerte. Esto lo juro —anunció en voz alta para que todos lo oyeran.

Cuando se apartó, Yuri se acercó y miró hacia la tumba.

—Descansa ahora, hermanito. Incluso en la muerte estoy limpiando tu desastre —murmuró Yuri antes de volver junto a su padre.

La multitud de familiares, mafiosos y asociados pasó lentamente ante Sebastian y Yuri, presentando sus respetos. Se dirigieron a sus coches y esperaron para seguir al patriarca de la familia de vuelta a la mansión de los Volkov para el velatorio.



El velatorio siguió la tradición familiar de comida, bebida e historias de conquistas pasadas; el poder y la brutalidad del dominio de la familia Volkov se extendía por toda Rusia. El anciano estaba en su elemento, rodeado de viejos amigos que, en su día, dirigieron una red de corrupción con mano de hierro. Yuri recorría entre los invitados como el nuevo jefe del negocio familiar. Lo trataban con un respeto reservado mientras lo saludaban. Esto le venía bien a Yuri; nunca había sido del tipo emocional. No necesitaba amigos, necesitaba y quería infundir miedo, respeto y obediencia. Habló en voz baja al oído de Adrik antes de dejarlo y dirigirse a la biblioteca vacía. Unos minutos después, Adrik entró con Dimitri, Belek y Karl. Se desplegaron y esperaron a que Yuri hablara.

—¿Has reservado un jet, Dimitri?

—Sí, Yuri, a las 10:00 del martes.

—Bien, vengaremos la muerte de mi hermano, pero no debemos dar nada por sentado. Viktor subestimó tontamente a Harry Knight y acabó muerto. No cometeremos el mismo error —dijo Yuri, mirando a los ojos a cada uno de ellos. Dimitri rompió nerviosamente el contacto visual, haciendo que Yuri se centrara en él durante más tiempo.

—Ahora id a comer, beber y disfrutar de la hospitalidad —dijo finalmente, apartando su atención de Dimitri.

VEINTISIETE

—Vaya, ahí va otra vez —dijo Rob, protegiéndose los ojos del sol mientras observaba cómo la pelota de golf salía volando hacia los árboles.

—Bonito corte, amigo. ¿Estás seguro de que estás usando el extremo correcto del palo? —dijo Scott, riéndose con Rob detrás de Danny.

—Sí, sí. Reíos todo lo que queráis, payasos —dijo Danny, compartiendo el buen humor.

Después de que Rob y Scott sacaran recto por la calle, Rob condujo el carrito de golf hacia el green mientras Scott caminaba hacia la maleza con Danny.

—Seguro que ya te has dado cuenta de que el golf no es lo mío, Scotty, pero gracias, tío, ha sido una gran idea. Justo lo que necesitábamos, colega.

—Ha sido un placer, amigo, aunque después de esa actuación no creo que me dejen volver a entrar en el club —dijo Scott, dejando caer una pelota de golf de su bolsillo en la hierba alta.

—¡Ah, qué suerte! He encontrado tu bola. Sé un buen chico e intenta que esta se acerque a esa cosa con bandera.

—No puedes seguir sacando bolas de tu bolsillo cada vez que pierdo una, Scott.

—Puedo hacerlo si queremos llegar al bar antes de que dejen de servir comidas —dijo Scott, alejándose hacia su propia bola.

—Bien visto. ¡CUIDADO! —gritó mientras sacaba la bola de la maleza.

Una hora después estaban sentados riendo y bromeando como en los viejos tiempos en el bar de la casa club. La camarera les trajo tres platos y sonrió educadamente ante los mejores intentos de Scott por ligar con ella.

—Has fracasado estrepitosamente, tío. Lo que me recuerda, ¿qué pasa contigo y Emma? ¿Alguna señal de reconciliación? —preguntó Danny, haciéndole un gesto al camarero para pedir otra ronda de bebidas.

—Creo que el punto de no retorno quedó atrás hace tiempo, amigo. Ha presentado la demanda de divorcio y tiene un abogado muy caro que, irónicamente, está siendo pagado con mi dinero. Está haciendo un trabajo magnífico destrozando mis finanzas y quitándome la casa —dijo Scott con un encogimiento de hombros y una ligera sonrisa.

—Pareces sorprendentemente tranquilo con eso —dijo Rob.

—Bueno, tiene derecho a algo, ¿no?

—Scott, ¿qué es lo que no nos estás contando? —preguntó Danny, intuyendo que Scott ocultaba algo.

—Digamos simplemente que su abogado no es tan bueno como el mío y acabo de firmar un contrato enorme con varios bancos para actualizar su software de seguridad —dijo Scott, levantando su copa con un «salud».

—Es típico de ti caer en la mierda y salir oliendo a rosas. Salud —dijo Danny, levantando su copa junto con Rob.

—Cada perro tiene su día, amigo mío. Tu día llegará.

Danny solo sonrió en respuesta. No estaba seguro de si alguna vez encontraría la verdadera felicidad o permitiría que alguien volviera a acercarse tanto a él.

VEINTIOCHO

El portero observaba al hombre trajeado mientras este pasaba junto a la fila de personas detrás de la entrada acordonada. Las cabezas se giraban a su paso. Un aire de confianza y poder emanaba de él.

Oh genial, ¿y ahora qué coño tenemos aquí? pensó el portero.

—Alto. Señor, tendrá que esperar en la cola como todos los demás —dijo, levantando la mano para detenerle. Estaba a punto de ponerse más firme cuando otros tres hombres se acercaron para unirse al primero, siendo el último de ellos el hombre más grande y aterrador que había visto jamás. Su ojo nublado y ciego miraba de forma escalofriante bajo tres profundas cicatrices que se extendían hacia atrás por su cabello.

—¿Hay algún problema, Yuri? —dijo Adrik inclinándose ligeramente al hablar. Su profundo y denso acento ruso retumbó en su pecho.

—Yuri... Volkov. Eh, disculpe, señor Volkov, no sabía que vendría. Por favor, pase.

El portero abrió rápidamente la puerta para Yuri. Se encogió detrás de ella mientras Adrik y los demás pasaban, con una fría y dura mirada de desprecio en sus rostros. Dimitri apareció y entró detrás de ellos. Habló al oído del portero al pasar.

—Que todo el mundo sepa que Yuri Volkov está aquí. Diles que hagan su trabajo y se mantengan fuera de su camino —dijo nervioso.

—¡DIMITRI, ven aquí! Necesito ver la oficina —dijo Yuri, con voz inexpresiva pero ligeramente alzada por la irritación.

—Perdón, ya voy, Yuri —dijo Dimitri apresurándose para guiar al grupo escaleras arriba.

Mientras subían, se encontraron con Ivan que bajaba.

—Yuri, Adrik, me alegro de veros —dijo Ivan, abrazando a cada uno por turno.

—Me alegro de verte también, Ivan. Tengo algunos asuntos que atender ahora. Cuando termine, necesito hablar contigo —dijo Yuri, más como una orden que como una petición.

—Por supuesto —dijo Ivan con un gesto de asentimiento.

En la oficina, Yuri se sentó tras el escritorio en el sillón de cuero de Viktor. Adrik se acomodó en el sofá, llenándolo por completo, mientras Karl y Belek ocupaban los dos sillones. El grupo, muy unido, quedó en silencio, con todas las miradas fijas en Dimitri. Se mantuvieron así durante un tiempo insoportablemente largo, haciendo que Dimitri temblara ligeramente.

—¿Os gustaría que hiciera subir algunas bebidas del bar? —dijo Dimitri intentando aligerar el ambiente.

—No —dijo Yuri secamente.

—Dame todo lo que tengas sobre el negocio de mi hermano: personas, lugares y dinero. Todo, primo. AHORA.

—Sí, Yuri.

Dimitri desapareció por la puerta tan rápido como pudo sin llegar a correr físicamente. Empezaba a pensar que Viktor no era tan malo después de todo.

—Karl, Belek, quiero que averigüéis todo sobre Harry Knight, su dinero, sus negocios y su familia. Pero con discreción, ¿da?

—Da —dijo Karl.

Belek simplemente se levantó y asintió. Los dos salieron rápidamente, hablando en ruso en voz alta mientras bajaban las escaleras.

—Adrik, ve a presentarte al personal, hazles saber quién está al mando, y deshazme de ese idiota del portero.

Adrik se levantó y se alisó la chaqueta del traje antes de bajar al club. Una vez solo, Yuri suspiró y se recostó en su asiento. Sacó su teléfono y marcó un número.

—Papá, estoy aquí. Sí, te mantendré informado. Cuando esté hecho te traeré su cabeza, lo prometo. Ahora por favor, descansa.

Yuri arrojó el teléfono sobre el escritorio y abrió los cajones, encontrando la pistola de Viktor y una botella de vodka en el superior. Giró el arma en su mano antes de coger la botella y tirarla a la papelera. Debajo de la botella había una pequeña bolsa de cocaína y un espejo cubierto de polvo que Viktor tenía para su uso personal. Yuri lo miró con disgusto antes de cerrar el cajón de golpe.

Viktor era un idiota.

VEINTINUEVE

Harry empujó las nuevas puertas para entrar en el Dog-n-Duck. Había pasado una semana desde su gran reinauguración, y le complació ver que el local estaba lleno de comensales de primera hora de la noche. Algunos de los clientes habituales que conocía desde hacía años le ofrecieron sus condolencias. Les dio las gracias cortésmente y se dirigió a la barra.

—¿Qué tal, Denis? ¿Buena clientela? —dijo Harry a su encargado de la barra.

—Sí, Harry, ha estado lleno desde que abrimos.

—Eso es lo que me gusta ver. ¿Dónde está Pete, en el despacho? —preguntó, dirigiéndose hacia la puerta privada.

—Sí, está ahí dentro.

Harry fue a la parte trasera y encontró a Pete revisando pedidos de bebidas, con el tobillo escayolado estirado y las muletas apoyadas en la esquina.

—Hola Pete, ¿cómo va esa pierna, hijo?

—Me pica horrores, Harry. Me quitan la escayola la semana que viene y ya no puedo esperar más, joder —dijo Pete, entregándole a Harry una hoja de cálculo.

—Echa un vistazo a esto. Los ingresos han aumentado un treinta y cinco por ciento desde la reforma. A los clientes les encanta el

nuevo aspecto y el nuevo menú del chef está teniendo muy buena acogida.

—Eso es estupendo. Quiero que sepas que aprecio todo el esfuerzo que tú y Denis habéis puesto, Pete. Sé que no he estado muy presente desde que Louise... —dijo Harry, dejando la frase inacabada mientras hablaba.

—No lo menciones; es lo menos que podíamos hacer.

Harry estaba a punto de decir algo cuando sonó su teléfono. Le hizo un gesto a Pete de un minuto y respondió a la llamada.

—Phil.

—Hola, Harry. Acabo de dejar las cosas del cash and carry en el club. ¿Todavía quiere que recoja a May del instituto? —dijo Phil, saliendo del club por las puertas traseras. El trozo de asfalto chamuscado y derretido donde había explotado la bomba del coche le hizo estremecerse.

—Sí, por favor, Phil. Llévala a casa y dile que estaré de vuelta alrededor de las seis.

—De acuerdo, jefe —dijo Phil colgando y conduciendo hacia Camden.

Cincuenta metros más atrás, Karl se incorporó al tráfico y le siguió a una distancia prudente. Tardaron cuarenta minutos en el lento tráfico de Londres, con sus continuas paradas y arranques, antes de que Phil finalmente se detuviera frente al instituto. Miró su reloj y se alejó calle abajo. Más atrás, aparcado al otro lado de la carretera, estaba Karl. Tomó fotos del coche y de Phil con su móvil, y luego se sentó a esperar pacientemente mientras Phil desaparecía de su vista. Unos minutos después regresó, con un café de Greggs en una mano y un donut en la otra. Karl continuó observándole mientras bebía y comía. Pasaron unos quince minutos antes de que un grupo de chicas saliera por las puertas del instituto. Charlaron y se abrazaron. Despidiéndose con la mano, May Knight se separó de las demás y se subió al coche. Karl anotó la hora y tomó más fotos antes de continuar siguiéndoles con cuidado. Cuando el coche finalmente entró por las puertas eléctricas de la casa de los Knight, Karl pasó tranquilamente de largo y se dirigió de vuelta hacia el sur de Londres y el club nocturno Silk & Lace.

TREINTA

Dimitri había convocado a Trevor Bailey y Lenard Timms al Silk & Lace. Entraron en el club llenos de actitud y falsa valentía. Bailey había recuperado su arrogancia tras quitarse la escayola de la muñeca. Sus rostros palidecieron cuando atravesaron las puertas del vestíbulo y vieron a Adrik dando una paliza a uno de los camellos. Dejó caer al tipo al suelo y se quedó mirándolos amenazadoramente, con sangre goteando de los nudillos de bronce de su puño. A cada lado de Adrik se colocaron Belek y Karl, fulminándolos con la mirada. Bailey y Timms se quedaron paralizados en el sitio, invadidos por el miedo. Escucharon pasos por encima de los gemidos del hombre en el suelo. Se hicieron más fuertes hasta que Yuri apareció caminando lentamente alrededor de sus hombres.

—Belek, saca a esta mierda de aquí —dijo Yuri, sin apartar los ojos de Bailey y Timms.

Belek le dio al hombre semiconsciente una patada en las costillas que le quebró los huesos antes de agarrarlo por el cuello de la chaqueta y arrastrarlo por la cocina hacia la puerta trasera.

—Sentaos —ordenó Yuri, mientras los tres se movían alrededor, obligando a Bailey y Timms a sentarse en uno de los reservados redondos.

—Habéis perdido mi mercancía y mi dinero.

—Sí, pero Viktor dijo que podríamos compensarlo —dijo Trevor, interrumpiendo a Yuri.

—¡YO NO SOY MI HERMANO! ¡Si me interrumpes otra vez será lo último que hagas! —gritó Yuri, golpeando la mesa con las palmas de las manos frente a ellos.

La aterradora figura de Adrik se acercó a su lado. Bailey se calló inmediatamente y ambos se encogieron en el reservado tanto como pudieron.

—¿Conocéis bien la ciudad? ¿SÍ?

Los dos asintieron ansiosamente hacia Yuri.

—Tengo un trabajo para vosotros. Hacedlo y saldaréis vuestra deuda. Ahora id con Belek y Karl, ellos os dirán qué hacer —dijo Yuri, dándose la vuelta y marchándose con Adrik. La reunión había terminado.

Belek les hizo un gesto para que se acercaran mientras Karl se reunía con ellos desde la cocina.

—Venir, venir, nos vamos —dijo.

Temblando con la certeza de que habían escapado por poco de una paliza —o algo peor—, Bailey y Timms se miraron y salieron del reservado. Un nudo creció en el estómago de Bailey mientras seguía a la amenazante pareja de rusos fuera del club.

¿En qué demonios me he metido ahora?

TREINTA Y UNO

Salieron de la casa de apuestas de Harry y subieron a la parte trasera del Range Rover.

—Déjanos a Bob y a mí en el club, por favor, Phil. Tengo que hacer la declaración del IVA. Si pudieras recoger a May del instituto y llevarla a casa, me harías un gran favor.

—Sin problema, jefe.

—Buen chico. Los gemelos Johnson están vigilando mi casa, así que deja a May y vete a casa. Te veré por la mañana.

—Vale, gracias.

Después de dejarlos, Phil miró su reloj. Con tiempo de sobra, condujo tranquilamente por el norte de Londres hacia el instituto de May. Cuando estaba a un par de kilómetros, un BMW rojo se le cruzó desde una calle lateral.

—Gilipollas —dijo en voz alta, dando un golpe al claxon. Había conducido tras él unos cientos de metros cuando el coche frenó en seco. Phil pisó el freno, logrando detenerse justo antes de embestirlo. Estaba a punto de suspirar aliviado cuando una furgoneta Transit blanca le golpeó por detrás.

—Joder, lo que faltaba —dijo, saliendo del coche.

Se acercó a la parte trasera y levantó la mirada del piloto roto hacia la Transit. Tardó un segundo en asimilar la imagen de dos

hombres con pasamontañas y ojos desorbitados que le devolvían la mirada.

Mierda, tengo que largarme de aquí.

Justo cuando se giraba para volver al coche, alguien le agarró los brazos por detrás. Sintió cómo las bridas se apretaban y se le clavaban en las muñecas. Intentó retorcerse para ver quién le sujetaba. Una bolsa de plástico transparente y gruesa fue colocada sobre su cabeza y asegurada alrededor de su cuello con otra brida. A través de su visión distorsionada por el pánico claustrofóbico, Phil vio a dos hombres con pasamontañas colocarse frente a él. Uno se giró y le dio un fuerte golpe en el estómago. Phil cayó de rodillas. Sin aire en los pulmones, la bolsa se infló. Su reflejo inmediato fue jadear para recuperar el aliento, pero la bolsa se pegó a su cara, haciendo que sus pulmones ardieran y el pánico le cegara. Los hombres habían vuelto a la Transit y retrocedieron rápidamente calle abajo. Frenando en seco, aceleraron por una calle lateral, dejando a Phil solo, retorciéndose en el suelo con los brazos atados a la espalda. Intentó desesperadamente romper la bolsa contra el áspero asfalto. Los vasos sanguíneos de sus ojos empezaron a romperse y su cabeza daba vueltas. Era consciente de que una mujer le agarraba y tiraba frenéticamente del plástico.

—¡Que alguien me ayude, por favor! No puedo romperla —gritó angustiada.

Todo se estaba oscureciendo. Su cuerpo convulsionaba entrando en shock.

—Déjame intentarlo —dijo una voz masculina—. Es demasiado gruesa. Necesito algo afilado. ¿Alguien tiene un cuchillo o unas tijeras? ¡Rápido, lo estamos perdiendo! —vociferó.

Los movimientos de Phil se ralentizaron hasta detenerse y sus ojos quedaron sin vida. El hombre consiguió hacer un pequeño agujero en el resistente plástico con las llaves de su coche. Para cuando logró romperlo lo suficiente como para intentar el boca a boca, ya era demasiado tarde.

TREINTA Y DOS

May salió de la facultad con sus amigas como cualquier otro día. Buscó a Phil en la calle, pero no pudo verlo. Cuando se acercó a la acera, la puerta lateral de una furgoneta Transit blanca se abrió de golpe y dos hombres corpulentos con pasamontañas saltaron fuera. Uno rodeó el cuello de May con su brazo, arrastrándola hacia atrás hasta el interior. El otro hombre iba armado con una palanca y derribó a dos de sus amigas con un potente golpe. Volvió a saltar dentro, cerrando la puerta corredera tras él. El motor rugió y la furgoneta aceleró calle abajo en una nube de humo diésel. Todos seguían conmocionados por lo sucedido. Algunos llamaban a la policía con sus móviles mientras otros ayudaban a las amigas de May que estaban en el suelo. Dos chicos, en los escalones de la facultad, grababan el secuestro con sus teléfonos; filmaron la furgoneta mientras desaparecía de su vista.



Belek retorció dolorosamente el brazo de May mientras Karl la sujetaba con fuerza.

—Sujétala quieta, Karl —dijo, subiéndole la manga del jersey por encima del codo y retorciéndola con fuerza sobre el brazo. Sacó una

jeringuilla del bolsillo y se la inyectó en la vena. Sus gritos ahogados se convirtieron en un suave murmullo mientras la subida de heroína la inundaba.

—Vale, vamos, vamos. Conduce hasta el prostíbulo —le dijo Belek a Trevor y Lenard en la cabina.

Trevor miró a Lenard nerviosamente. Vender bolsitas de droga a los juerguistas y perdedores de Londres era una cosa; el asesinato y secuestro de jóvenes de la calle era algo completamente distinto.

—¿Os gusta el truco de la bolsa de plástico, verdad? —dijo Karl a Bailey y Timms.

Asintieron por miedo, y luego se quedaron rígidos mirando hacia delante, esperando simplemente que Karl y Belek se olvidaran de que estaban allí.

—Una cosa es segura, no fue nada ecológico para él, ¿eh? —dijo Belek, riendo y dando una palmada en la espalda a Karl.

—Ya hemos llegado —dijo Bailey desde delante.

—Entonces ve a despejar el camino, idiota, para que podamos meterla —dijo Belek con desprecio en su voz.

Bailey no soltó ninguno de sus habituales comentarios arrogantes. Salió de la furgoneta y pulsó el timbre del interfono en la puerta.

—Sí.

—Soy Trevor, traigo la entrega para vosotros —dijo Bailey, mirando ansiosamente arriba y abajo de la calle.

—Traedla dentro, estamos listos —dijo una voz de mujer mientras sonaba el timbre de la cerradura. Bailey hizo una señal a Timms y un segundo después la puerta lateral de la furgoneta se abrió deslizándose. Belek y Karl metieron a May por la puerta, sosteniéndola cada uno de un lado. Desde la distancia parecía una joven a la que dos amigos ayudaban a llegar a casa después de unas copas de más. Una vez dentro, Belek se la echó al hombro y subió pesadamente las escaleras hasta el primer piso de la gran casa señorial georgiana de tres plantas. En el descansillo les recibió la madame de la casa, Magda Galewski.

—¿Dónde? —gruñó Belek.

—En el último piso, la puerta de la izquierda. Ana se ocupará de ella.

Belek reajustó a May sobre su hombro y marchó escaleras arriba, seguido por Karl. Trevor se quedó con Magda.

—No me gusta esto —dijo Magda, con su acento polaco sonando frío y duro.

—A mí tampoco me hace ninguna puta gracia. Si quieres discutirlo con Yuri, adelante —dijo, recuperando algo de su actitud. Magda simplemente le lanzó una mirada fulminante y volvió a su mostrador de recepción. Detrás de ella, tres de las chicas que trabajaban allí estaban sentadas en una colección de grandes sofás. En cualquier otro lugar, tres hombres llevando a una chica colocada al hombro habrían hecho saltar las alarmas, pero allí, entre el morbo, la sordidez y las perversiones, ni siquiera levantaba una ceja. Un par de minutos después, Belek y Karl bajaron las escaleras.

—Asegúrate de que la cuidan hasta que volvamos —dijo Belek sin esperar respuesta antes de bajar las escaleras.

—Tú, imbécil, puedes dejarnos y largarte. Te llamaremos cuando te necesitemos.

—¿Dónde queréis que os deje, en el club?

—No, déjanos en el apartamento de Viktor. Nos mantendremos alejados del club hasta que esto termine.

Trevor le dirigió una mirada a Magda antes de seguir a los otros dos fuera del edificio.

TREINTA Y TRES

Al caer la tarde, Danny estaba en casa de Scott hablando de los viejos tiempos.

—Vi a Arnie Swinton el otro día —dijo Scott, mientras recogía las cajas de pizza de Domino's.

—¡No! ¿El exterminador del colegio? Ese tío nos daba unas palizas tremendas. ¿Dónde le viste?

—Te encantará esto, colega, está trabajando en el mostrador de charcutería de Sainsbury's —dijo Scott sonriendo.

—¿Qué? Imposible —dijo Danny riéndose.

—Y espera, ahora está gordo, calvo y lleva unas gafas de culo de vaso. Me pasé casi diez minutos seleccionando productos del mostrador y luego cambiando de opinión. Creo que me habría pegado un puñetazo si su supervisor no hubiera estado a su lado.

Los dos estallaron en carcajadas cuando el móvil de Danny vibró.

—¿Diga?

—Danny, soy Harry. Perdona que te moleste, hijo, pero ¿no habrás tenido noticias de May o Phil hoy, verdad?

Danny captó inmediatamente la inquietud de Harry, lo que le provocó un escalofrío de mal presagio.

—No, ¿qué ha pasado? —preguntó Danny tan directamente que Harry dejó de intentar sonar despreocupado.

—Phil fue a recogerla del instituto y no consigo contactar con ninguno de los dos; sus teléfonos solo dan buzón de voz.

—¿Has tenido alguna noticia del sur del río desde lo de Viktor? —dijo Danny, con la mente ya trabajando a toda velocidad.

—No, nada. Mira, hijo, probablemente solo haya convencido a Phil para que la lleve a casa de alguna amiga y... ¿qué dices, Bob? La policía está aquí —dijo Harry, quedándose callado mientras hablaba con la policía en segundo plano.

—Harry, Harry, ¿qué está pasando? —dijo Danny impaciente, intentando escuchar las voces alejadas del teléfono.

—Tengo que colgar. Alguien ha secuestrado a May del instituto y Phil está muerto. Te llamaré más tarde —dijo Harry colgando.

—¿Qué pasa? —dijo Scott.

—¿Recuerdas aquella bolsa grande que te pedí que guardaras? Ya sabes, la que te di cuando vendí la casa después de que murieran Sarah y Timmy. ¿Todavía la tienes?

—Sí, está en el desván. ¿Qué está pasando? —dijo Scott, con la curiosidad despertada.

—Se han llevado a May y tengo un muy mal presentimiento —dijo Danny, dirigiéndose ya hacia las escaleras que llevaban a la trampilla del desván de Scott.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar, colega? —preguntó Scott, preocupado. Él también conocía a May desde que eran niños.

—Necesito que me lleves a un sitio, amigo —gritó Danny desde el descansillo.

—Eh, vale, de acuerdo. ¿Qué hay en la bolsa?

—Recuerdos, Scotty, recuerdos —dijo Danny desapareciendo por la escalera del desván. Apareció en la trampilla unos segundos después y dejó caer una gran bolsa verde en el descansillo con un golpe sordo.

TREINTA Y CUATRO

—Detente aquí, Scott —dijo Danny cuando estaban a cien metros del Silk & Lace.

—Bien, solo quiero que vigiles esa puerta. Si aparece cualquier movimiento o rusos de aspecto peligroso, avísame. Simplemente habla con normalidad por el micrófono de garganta y te escucharé, ¿vale? —dijo Danny, cubriendo su propio micrófono de garganta con su amplia sudadera negra con capucha.

—Recibido, compañero —dijo Scott, emocionado con la misión de espionaje.

—Sí, vale, Scott, tranquilízate, habla con normalidad. Solo voy a echar un vistazo, nada más.

—Afirmativo —dijo Scott sonriendo.

—Eres un capullo —se rio Danny al salir del coche.

Caminó con naturalidad frente al club con la capucha puesta y la cara oculta en la sombra. Al pasar, observó que había un nuevo portero en la entrada. Metiéndose bajo un arco dos edificios más abajo, caminó hasta la zona de servicio en la parte trasera del club. Había espacio para tres coches, pero solo uno estaba ocupado por un viejo Ford Escort. La parte trasera del club tenía una puerta metálica que estaba abierta y conducía a las cocinas. El área de servicio estaba intensamente iluminada por un foco montado en la escalera metálica negra de incendios que subía por la parte trasera

del club. Danny esperó en las sombras hasta que un trabajador de la cocina terminó su cigarrillo y entró. Notando la cámara de CCTV sobre la puerta, se impulsó sobre los cubos de basura y luego sobre el tejado plano del edificio contiguo. Se mantuvo en el lado más alejado hasta llegar a la parte trasera del edificio. Con una pequeña carrera saltó hacia la escalera de incendios. Balanceándose sobre la barandilla, estiró el brazo y golpeó con fuerza la parte superior del foco. El repentino impacto hizo que el filamento incandescente se fundiera y la oscuridad engullera la zona de servicio. Regresando a los escalones, mantuvo sus pasos ligeros y subió por la escalera de incendios hacia el piso superior. Se quedó momentáneamente inmóvil cuando una de las bailarinas de striptease salió a fumar. Ella miró hacia la oscuridad donde estaba el foco, su amplio abrigo se abrió mostrando la lencería que llevaba debajo.

—Oye, Benny, dile a Ivan que ese maldito foco se ha fundido otra vez —dijo, gritando a través de la puerta de la cocina. Apagó el cigarrillo con sus tacones de aguja y volvió a entrar. Danny siguió subiendo hasta llegar a la ventana de la oficina. Después de echar unas rápidas miradas para comprobar que estaba vacía, sacó su viejo cuchillo de comando de su funda y lo deslizó entre las ventanas correderas. Moviéndolo con cuidado, consiguió abrir el pestillo y subió la ventana.

—¿Todo sigue tranquilo en la entrada, Scott?

—Absolutamente, colega, ¿dónde estás...?

—Solo un sí o un no, por favor, Scott —dijo Danny, sonriendo ante las divagaciones de Scott.

—Oh, claro, sí, por supuesto.

Danny cruzó la oficina hasta la puerta y escuchó antes de abrirla. Dio un paso adelante y comprobó las escaleras: despejadas. Dejó la puerta ligeramente entreabierta para poder oír si venía alguien y fue hacia el escritorio. Al examinar la documentación que había encima, solo encontró facturas, pedidos de cervecería y horarios del personal. Revisó los cajones del escritorio encontrando la pistola en el superior. Junto a ella había una pequeña libreta. Hojeó las páginas de números de teléfono y datos de proveedores hasta que encontró un nombre de usuario y una contraseña para el sistema de CCTV.

Danny miró alrededor de la oficina hasta que localizó un DVR y una pantalla encima de un archivador.

—Scott, ¿podrías ver remotamente un sistema de CCTV?

—Con un poco de información, sí.

—¿Qué necesitas?

—Eh, la marca del DVR —eso es la unidad de grabación de vídeo para ti— y el nombre de usuario y contraseña vendrían bien —dijo Scott en voz baja.

—La unidad es una Trent2450DVR y tengo el nombre de usuario y la contraseña. No hace falta que susurres, Scott, nadie puede oírte.

—Oh, sí, claro. Pulsa *Enter* en el teclado y luego inicia sesión con los datos que tienes.

—Vale, lo tengo, ¿y ahora qué?

—Haz clic en *Usuarios* y luego en *Crear nuevo*.

—Sí.

—Usa algo como "registro de servicio" para el nombre de usuario, así probablemente no sospecharán si alguien lo revisa. Simplemente usa "password" como contraseña, luego te guiaré con la configuración.

Mientras seguía las instrucciones de Scott, Danny oyó la puerta al pie de las escaleras.

—¿Es todo, Scott? Tengo que irme ya, tío —dijo Danny, oyendo pasos y voces.

—Cambia el reenvío de puertos a 8080 y luego guarda y sal —dijo Scott apresuradamente.

Danny pulsó el botón de guardar y vio cómo un reloj de arena giraba en la pantalla. Podía oír cómo el ruido de las escaleras se hacía más fuerte.

Vamos, vamos.

La puerta de la oficina se abrió justo cuando la pantalla volvió a las imágenes de las cámaras. Ivan la miró. El parpadeo había captado su atención al entrar. Parecía como siempre, así que lo ignoró. Por suerte, la distracción mantuvo sus ojos alejados de la ventana corredera mientras se cerraba silenciosamente en sus últimos centímetros.

TREINTA Y CINCO

Cuando regresaron a casa de Scott, Danny llamó a Harry mientras Scott se ponía a trabajar en su ordenador.

—Harry, soy Danny.

—No, hijo, soy Bob. Harry sigue retenido con la policía.

—Entonces no hay noticias de May —dijo Danny, conociendo ya la respuesta.

—No, con el asesinato de Phil hay más policías aquí que en el Millwall en día de partido. Lo único que queremos es librarnos de ellos y encontrar a May a nuestra manera —dijo Bob con una grieta poco característica en su voz.

—Mantén la calma, Bob. Avísame si sabes algo. Estaré allí por la mañana.

—Vale, hijo, le diré a Harry que has llamado.

La llamada se cortó y Danny volvió con Scott.

—¿Cómo vas con las cámaras de seguridad, Scotty? —preguntó Danny mientras entraba en el despacho de Scott.

—Ya está listo, colega. ¿Qué estamos buscando?

—No estoy seguro, quizás algo, quizás nada. Quiero revisar los días desde que murió Viktor Volkov —dijo Danny mirando por encima del hombro de Scott las imágenes de las cámaras—. ¿Cómo puedo hacer eso?

—Acerca una silla, cavernícola, y te lo explico —dijo Scott, poniendo los ojos en blanco.

Unas horas después, Scott dejó una cerveza frente a él.

—¿Cómo va?

—Mmm, no hay mucho hasta ahora. Este tipo del traje y el musculitos han estado dirigiendo todo después de la muerte de Viktor. La policía y el DCI Swan han estado entrando y saliendo para interrogar al personal —dijo Danny, señalando las imágenes fijas de Dimitri e Ivan.

—El del traje no ha aparecido por allí desde hace tiempo.

—¿Por dónde vas ahora? —dijo Scott, bostezando.

—Eh, esto es del miércoles doce por la noche. Lo siento, Scott, es tarde. Me voy —dijo Danny dándose cuenta de la hora que era.

—No, no, tú sigue, colega. Yo me voy a la cama. Quédate en la habitación de invitados cuando termines.

—Gracias, Scott.

—No hay de qué —gritó Scott desde el pasillo mientras se alejaba.

Dando un trago a su cerveza, Danny escudriñó más horas de grabaciones. Estaba a punto de irse a dormir cuando la llegada de Yuri y su séquito reavivó su interés. La autoridad y el miedo que provocaba el hombre eran fáciles de percibir, incluso sin sonido en el vídeo. A partir de ahí las cosas se movieron bastante rápido. Vio salir a Belek y Karl. Después vio al formidable Adrik con Ivan hablando con el portero. La situación se caldeó y Adrik destrozó al hombre con una aterradora exhibición de técnicas de lucha que no esperarías de un hombre de su tamaño. Después, Adrik e Ivan lo arrastraron a la calle y lo arrojaron a la calzada, pateándolo hasta dejarlo inconsciente antes de volver al club riendo. Danny continuó observando las grabaciones, avanzando rápidamente y reproduciendo conforme la gente entraba y salía, hasta que vio a un nervioso Trevor Bailey y Lenard Timms entrando en el club.

Vaya. El pelirrojo y su colega, interesante.

Siguió mirando, frotándose los ojos mientras el cansancio se apoderaba de él. Estaba avanzando rápidamente cuando un vistazo a un visitante le llamó la atención. Rebobinó y reprodujo.

Mmm, ¿qué haces tú ahí?

Finalmente, Yuri se marchó con Adrik y Dimitri, dejando a Ivan al mando del local una vez más. Danny avanzó hasta que las grabaciones estuvieron actualizadas, pero no había señales de que hubieran regresado a Silk & Lace.

TREINTA Y SEIS

May abrió los ojos lentamente. Tenía la cabeza embotada y pesada y tardó un rato en enfocar la vista. La imagen de la habitación era demasiado confusa para asimilarla. Había una gran *X* de madera en la pared con grilletes en cada esquina. Una jaula de acero inoxidable de metro ochenta se encontraba al otro lado de la habitación. A medida que empezaba a recuperar la claridad mental, la visión de látigos, fustas y objetos sexuales en la pared de enfrente la sumió en el pánico. Se incorporó de golpe en la cama y se lanzó hacia la puerta, solo para ser arrastrada hacia atrás, cayendo al suelo. Tosiendo y jadeando, notó el collar de cuero alrededor de su cuello y la cadena que lo unía a un anillo metálico en la pared.

—¡Ayuda, por favor, que alguien me ayude! —gritó.

La puerta se abrió casi de inmediato y Ana entró en pánico, con el sujetador, las bragas y las medias visibles a través de la fina bata de seda. Se tambaleó sobre unos tacones ridículamente altos.

—No, no, por favor, cállate o vendrán —dijo, ayudando a May a volver a la cama, con los ojos abiertos y asustados mientras miraba por encima del hombro hacia la puerta—. Así está mejor. Por favor, guarda silencio. ¿Tienes sed? Te traeré algo de beber —dijo Ana, cogiendo una botella de agua que había junto a la cama. May bebió, consiguiendo calmarse un poco.

—¿Qué me está pasando? ¿Dónde estoy?

—Lo siento, no lo sé. Los hombres de Yuri te trajeron aquí y me dijeron que te cuidara.

—¿Quién eres? —preguntó May, palpando el candado en la parte trasera del collar.

—Ana.

—Ana, tienes que sacarme de aquí, por favor —suplicó May.

Todo el cuerpo de Ana temblaba mientras se mordía las uñas nerviosa.

—No puedo. Lo siento, me matarán. Lo siento mucho, por favor, lo siento —dijo, con lágrimas asomando a sus ojos, girando bruscamente la cabeza hacia la puerta al oír pasos en la escalera. La puerta se abrió de golpe y entró Adrik, con su ojo nublado y ciego y las profundas cicatrices ofreciendo una visión de pesadilla. Karl y Belek salieron de su sombra y se apartaron a un lado cuando Yuri entró en la habitación, frío y tranquilo. Se movió lentamente hacia ella, quitándose una pelusa de la manga de su traje impecablemente cortado mientras se acercaba.

—Señorita Knight, qué encantador conocerla —dijo en voz baja, con los ojos fríos como el hielo.

—Sácame de aquí, cabrón de mierda —escupió May entre dientes.

—Tú, márchate —dijo Yuri, lanzando una mirada a Ana.

Ella se marchó, manteniendo la cabeza agachada, demasiado asustada para mirar a ninguno de ellos.

Los hombres se acercaron a May. Belek sacó unas tijeras de podar del bolsillo.

—Solo necesito una pequeña cosa de ti —dijo Yuri, con el más ligero atisbo de sonrisa en los labios.

Ana, Magda y las chicas de recepción se miraron pensativas mientras los gritos resonaban desde el piso superior.

~

Scott dejó a Danny en St John's Wood a la mañana siguiente. Un coche de policía y un destartalado Mini azul estaban aparcados

frente a la casa de Harry. Contactó con Bob a través del intercomunicador en la verja y le abrió. Atravesó la gravilla pasando junto a otro coche de policía y saludó con la cabeza a tres de los chicos de Harry que charlaban con dos agentes. La puerta principal se abrió y Bob le recibió.

—¿Todo bien, hijo? Harry está en el salón con la pasma y esa inspectora jefe, Swan.

—¿Ninguna novedad entonces? —preguntó Danny observando las bolsas de cansancio bajo los ojos de Bob.

—No, nada, y estos payasos tampoco están ayudando —dijo Bob entre dientes.

Danny entró en el salón donde fue recibido por agentes de policía, hombre y mujer, y la inspectora jefe Swan, todos mirando en su dirección. Harry estaba sentado en medio de ellos con aspecto cansado y tenso.

—Señor Freeman, o debería decir señor Pearson, usted sigue apareciendo en los lugares más interesantes —dijo Swan, con un toque de sarcasmo en su voz.

—Inspectora Swan, podría decir lo mismo de usted —respondió Danny secamente.

Ella frunció el ceño ante su comentario antes de descartarlo y volviendo a dirigirse a Harry.

—Eso es todo por ahora, señor Knight. Dejaré a los dos agentes en el exterior por el momento. Si oye o recuerda algo, llámeme.

Harry simplemente asintió mientras los agentes se marchaban. Danny acompañó a Swan hasta la puerta.

—¿Tiene alguna idea sobre la desaparición de May, señor Pearson? —preguntó ella, pisando ya el camino de entrada.

—¿Quién era el pelirrojo que amenazaba a la mujer en la orilla del río la otra semana?

—¿Quiere hacer una declaración? —preguntó Swan, frunciendo nuevamente el ceño.

—No, solo quiero saber quién es y dónde puedo encontrarlo —dijo Danny, con expresión seria y voz sin rastro de humor.

—Sabe que no puedo decírselo —respondió ella, con la curiosidad despertada.

—Y usted sabe que no puedo contarle sobre las muertes de Louise Knight o Viktor Volkov. Pero ambos sabemos lo que pasó, ¿verdad?

—¿Qué es lo que quiere, señor Pearson? —preguntó Swan, su curiosidad tornándose en impaciencia.

—Llámeme Danny.

—¿Qué es lo que quiere, Danny?

—Quiero recuperar a mi prima y creo que nuevos personajes relacionados con Viktor Volkov son responsables de su secuestro. Necesito saber dónde está el Pelirrojo y no tengo tiempo para tonterías. Ayúdeme y yo le ayudaré a desmantelar la operación de Volkov.

Swan hizo una pausa intentando sopesar los riesgos, recompensas y consecuencias de confiar en Danny. Pareció una eternidad antes de que finalmente respondiera.

—Veintiocho Highbury Flats, Kingston, y llámeme Nichola —dijo, entregándole su tarjeta.

—Gracias —dijo Danny cogiendo la tarjeta, sus ojos fijándose en los de ella.

—Esto queda entre nosotros, solo nosotros. No me haga arrepentirme de habérselo dicho.

Danny asintió antes de añadir: —Tienen a uno de los suyos en nómina.

—¿Quién?

—Necesito estar seguro primero, entonces se lo diré.

Swan no contestó; simplemente se dio la vuelta y se marchó.

TREINTA Y SIETE

Danny se dio la vuelta y volvió a entrar.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Bob desde dentro.

—Solo estoy explorando posibilidades, Bob. No se me da bien quedarme sentado esperando a que pasen cosas.

—Lo sé, hijo. Esto nos está matando a todos —dijo Bob, mirando por encima del hombro a Harry.

—¿Cómo lo lleva?

—No muy bien. May es todo lo que tiene.

El zumbido del interfono de la verja les interrumpió.

—¿Sí? —contestó Bob, pulsando el botón del interfono.

—Tengo un paquete para el Sr. Knight.

—Vale, ahora voy.

Danny fue a ver a Harry mientras Bob se dirigía a la verja.

—Harry.

—Danny, ¿has sabido algo? —dijo Harry, con una desesperación esperanzada en su voz.

—No, lo siento, pero me gustaría pedir prestado un coche. Tengo algunas cosas que necesito comprobar.

Bob les interrumpió y le entregó a Harry el paquete acolchado. Lo abrió sin prestarle mucha atención y echó un vistazo distraído para ver lo que contenía.

—Oh, Jesús, no, no —dijo Harry desplomándose en el sofá, con las manos temblorosas.

Danny y Bob se acercaron para ver un dedo cortado dentro de la bolsa y una tarjeta roja con una estrella amarilla y una *V* en ella. Harry se puso de pie de repente, apretando y aflojando los puños.

—Llamad a todos, vamos a Silk & Lace. Voy a matar a todos esos cabrones y a recuperar a May —gritó con rabia. Danny tuvo que agarrarlo para que le escuchara.

—No está en el club. Harry, escúchame. Lo comprobé anoche, no está allí —dijo mirando fijamente a Harry, esperando a que la información calara en él.

—No está allí —dijo Harry desplomándose por segunda vez.

—No, escúchame. ¿Vale?

Danny miró a Harry y Bob que le devolvían la mirada en silencio.

—Haced entrar a los maderos que están fuera y que vuelva la inspectora Swan, ¿de acuerdo? Que salgan a buscar a May. Necesito pedir prestado un coche. Tengo que encontrar a uno de los mensajeros de Volkov.

—Yo y algunos de los chicos iremos contigo —dijo Harry, con la ira y frustración volviendo a su voz.

—No, te necesito aquí para que me digas si ocurre algo más.

Danny hizo una pausa, con el rostro como el granito y los ojos ardiendo.

—Me irá mejor haciendo esto solo. Confía en mí.

—Dale las llaves del Mercedes, Bob —dijo Harry. Había algo diferente en Danny, oscuro y peligroso, como cuando fueron a Silk & Lace. Bob cogió las llaves y siguió a Danny afuera.

—¿Qué hacías exactamente en el ejército? —le preguntó mientras Danny subía al coche.

—No estuve en el ejército, Bob. Era una de las personas a las que llamabais cuando el ejército necesitaba ayuda, eso es todo lo que puedo decir. Pero te prometo esto: encontraré a May y la traeré de vuelta a casa.



Al sur del río, Ivan conducía por una calle lateral cerca de Elephant and Castle. Pasó por delante de una serie de talleres de coches, unidades de almacenamiento y un fabricante de muebles bajo los arcos ferroviarios del transporte londinense. Se detuvo en la última unidad. Era sencilla y sin ningún rótulo, con una persiana metálica roja oxidada y cerrada, y una puerta metálica maciza. Salió y miró alrededor para asegurarse de que nadie le había seguido antes de golpear en las persianas. La puerta produjo un chirrido metálico al retirarse los cerrojos, y luego crujió cuando Adrik la abrió. Ivan pasó junto a él antes de volver a cerrarla. La unidad estaba débilmente iluminada y llena de cajas con televisores y nuevos artículos eléctricos. Yuri estaba sentado en el centro bebiendo té de un vaso de poliestireno.

—Ivan, ¿tú bebes esta porquería? Dios, cómo odio este maldito país —dijo, arrugando la nariz ante el vaso y tirándolo a la basura.

—No, no soporto su té británico. Quería verme, Yuri.

—Tengo información para usted, Ivan.

—¿Le ha encontrado?

—Da, tengo su nombre y la dirección donde vive —dijo Yuri sacando un sobre del bolsillo interior.

—Gracias, Yuri. ¿Está de acuerdo con que lo mate?

—Da, dolorosamente, espero. Hay un bonus añadido: es el sobrino de Harry Knight. Llévese a Karl cuando vaya. Nuestro informante nos dice que tiene experiencia militar previa. No quiero ningún error, ¿entiende? —dijo Yuri, tranquilo e indiferente como siempre.

—Entiendo.

—Bien. Karl está ocupado hoy. Hágalo mañana.

—Sí, Yuri.

Yuri se levantó y se alisó la chaqueta del traje antes de salir de la unidad. Adrik sonrió a Ivan, haciéndole un gesto para que se marchara. La reunión había terminado.

TREINTA Y OCHO

Danny aparcó bastante lejos de Highbury Flats. El Mercedes de cincuenta mil libras de Harry destacaría como un pulgar dolorido junto a los pisos de protección oficial. Se acercó al interfono de la puerta de entrada y pulsó los botones del veinticuatro.

—Hola —respondió una voz femenina.

—Hola, perdone la molestia. Tengo un paquete, pero la dirección no está clara. ¿Es la señora...? —dijo Danny, dejando una pausa intencionada.

—Señora Daniels.

—Señora Daniels, no, creo que es algo como Bailey —dijo.

—Ah, debe ser Amy o su hijo, Trevor, en el número veintiocho.

—Gracias, cielo, perdona la molestia —dijo Danny pulsando el número veintiocho. Esperó pacientemente hasta que finalmente la voz de una mujer salió por el altavoz.

—Sí.

—Hola, tengo un paquete para la señora Daniels.

—Te has equivocado de piso. Este es el veintiocho, señora Bailey. Quieres el número veinticuatro.

—Señora Bailey, ¿es usted la madre de Trevor?

—¿Quién pregunta? —dijo con sospecha.

—Perdón, soy Steve. Iba al colegio con Trev —dijo Danny.

—Ah, hola Steve. Lo siento, Trevor no está en este momento —dijo Amy, ahora más tranquila.

—No se preocupe, señora Bailey. De todos modos, no tengo tiempo para quedarme. Solo dígale que le mando saludos.

—Vale, adiós —dijo mientras el interfono se apagaba.

Steve es un nombre bastante común. Trevor debía conocer suficientes Steves o Stevens en el colegio como para no dar importancia al mensaje.

Danny pasó por delante de los pisos, localizando el número veintiocho en la esquina del segundo piso. Se fijó en el pub Red Lion que había enfrente y entró, dirigiéndose a la barra. El pub era viejo y cansado, con pintura deteriorada y una moqueta raída, y una notable falta de clientes. Pidió una pinta y una bolsa de patatas fritas, se sentó junto a la ventana y esperó. Saber esperar había sido una habilidad básica en el SAS. Más de una vez su equipo se había escondido en zanjas y refugios, sin poder moverse, orinando y defecando donde estaban tumbados para no revelar su posición. Simplemente esperando y observando un objetivo durante horas y horas. Esperar a Trevor con una pinta y una bolsa de patatas fritas era un lujo relativo.

Poco más de una hora después, Trevor pasó conduciendo con Lenard en el asiento del copiloto de un viejo Ford Focus RS tuneado y ruidoso. Aparcaron frente a los pisos. Danny los observó mientras salían riendo y bromeando. Lenard se alejó, presumiblemente hacia su propia casa. Trevor tecleó un código en la cerradura de la entrada y desapareció por la escalera. Unos segundos después apareció por la pasarela del segundo piso y entró en el piso. Danny apuró su bebida y salió. Movió el coche hasta un espacio delante del de Trevor y se bajó. Cogiendo el gato del maletero, rompió la luz del intermitente de Trevor. El coche inmediatamente activó la alarma, con las luces parpadeando y la bocina sonando en cortos pitidos. Caminando hacia la puerta de entrada, Danny pulsó el veintiocho. La voz de Trevor salió por el interfono después de unos segundos.

—¿Quién es? —dijo en un molesto intento de rapero americano.

—Ey, Trev, colega, la alarma de tu coche está como loca —dijo Danny con su mejor tono de imitación antes de alejarse.

—¿Quién es? ¿Hola? ¿Hola?

Trevor salió unos segundos después, asomándose por encima del muro para ver su ruidoso coche. Se apresuró por la pasarela y salió por la entrada. Pulsó el botón del mando a distancia para silenciar el coche y notó el cristal roto de su intermitente. Estaba agachado maldiciendo cuando vio unos pies detrás de él. Nunca llegó a incorporarse para ver a quién pertenecían; el golpe de Danny con el gato lo sumió en una oscura inconsciencia.



Trevor volvió en sí un tiempo después en medio de un pánico total. Estaba atado como un cerdo, con las manos y los pies unidos por bridas por detrás, su cabeza cubierta con un saco de arpillera atado alrededor de su cuello. Rebotaba en un espacio duro y pequeño que asumió era el maletero de un coche. El primer pensamiento que atravesó su palpitante cabeza fue que Yuri ya no lo necesitaba y lo iba a matar. Tirando de las ataduras en un intento inútil por liberarse, Trevor comenzó a temblar incontrolablemente de miedo y pavor. El viaje en coche se prolongó durante lo que parecía una eternidad. Finalmente se detuvo bruscamente, golpeando la cabeza de Trevor contra el respaldo del asiento. Gimió mientras el coche seguía en marcha, el dolor en la parte delantera de su cabeza ahora igualaba al de la parte trasera. Podía oír el sonido de una persiana metálica moviéndose antes de que el coche avanzara de nuevo y luego se detuviera. El motor se apagó y siguió el sonido de la persiana. El maletero se abrió y alguien levantó a Trevor, dejándolo caer al suelo en un rápido movimiento.

—Por favor, Yuri, no fui yo, fue Lenard. Él estaba desviando dinero. Por favor, tienes que creerme —dijo con voz ahogada, sollozando a través de la capucha. Una patada en el estómago lo silenció y jadeó intentando recuperar el aire.

—No se trata de eso, estúpido imbécil. Yuri quiere saber a quién le contaste sobre la ubicación de la chica.

—No he dicho nada, lo prometo. Nunca...

—Debes haber dicho algo sobre dónde está o quién es —Danny gritaba a solo centímetros por encima de la cabeza de Trevor.

—Yo... nunca le conté a nadie sobre Magda o el prostíbulo. Debe haber sido Ana, ella la estaba cuidando. Debe haber sido ella.

—No culpes a Ana, cobarde de mierda. La dirección, ¿a quién le contaste sobre la dirección?

—A nadie, lo juro —dijo Trevor, temblando profusamente.

Danny presionó con fuerza su dedo en la sien de Trevor, haciendo que se quedara inmóvil, demasiado asustado para respirar, una mancha húmeda extendiéndose por su entrepierna.

—Di la dirección. DILA. Luego me juras que no se lo contaste a nadie o te voy a volar los sesos.

—No, no por favor, por favor, veintitrés Orchard Crescent, Bermondsey, y no se lo dije a nadie.

—¡PUM! —gritó Danny en el oído de Trevor, provocando que se sacudiera violentamente.

Le quitó el saco de la cabeza y le dio un par de palmadas suaves en la mejilla.

—Gracias, Pelirrojo, has sido de gran ayuda —dijo, sonriendo a Trevor que lo miraba con incredulidad.

—Maldito cabrón...

Danny le metió un trapo en la boca antes de que pudiera decir más y enrolló cinta alrededor de su cabeza para mantenerlo en su lugar.

—Bien, escucha. Te quedas aquí quieto y callado y puede que no le cuente a Harry Knight que ayudaste a secuestrar a su hija. Asiente si lo entiendes —dijo Danny sujetándolo por la garganta. Asintió lentamente.

—Bien. Quédate tranquilo y volveré.

Danny levantó la puerta de la persiana y salió con el coche antes de cerrarla, dejando a Trevor solo en la oscuridad. Llamó a la puerta de la casa y esperó hasta que se abrió.

—¿Ya has terminado, viejo amigo? —le dijo Scott a Danny con naturalidad.

—Sí, gracias Scott. Tengo otro favor que pedirte —dijo Danny con una mirada que Scott conocía de antes como señal de que no debía

meterse con él.

—Intrigante, por supuesto. ¿De qué se trata?

—No entres al garaje antes de que regrese.

—Eh, sí, supongo. ¿Qué demonios has metido ahí? —preguntó Scott, mirando hacia la puerta del garaje.

—No es algo en lo que quieras involucrarte, colega. Prométeme que no entrarás.

—Vale, lo prometo.

Danny le dedicó una gran sonrisa a su amigo mientras volvía al coche.

—Te debo una, Scotty. Volveré tan pronto como pueda.

—Más te vale —dijo Scott, despidiéndolo con la mano antes de cerrar la puerta.

TREINTA Y NUEVE

Aparcado al otro lado de la calle entre las sombras, Danny observaba la gran mansión georgiana de tres plantas. Esperó una hora mientras varios hombres entraban y salían, escabulléndose nerviosamente en la noche. La media luna en sí estaba tranquila, con setos y árboles a ambos lados de la calle; estos también protegían el burdel de miradas indiscretas. Sin señales de Yuri o sus hombres, cruzó la calle y pulsó el timbre.

—¿Dígame? —sonó la voz de Magda por el altavoz.

—Eh, hola. Me dijeron que viniera aquí si quería, eh, compañía —dijo Danny actuando nerviosamente.

—¿Quién se lo dijo?

—Eh, un tipo pelirrojo flacucho, Trevor.

—Vale, pase, suba las escaleras —respondió la voz de Magda mientras la cerradura zumbaba al abrirse.

La decoración interior era moderna y de buen gusto, lo que sorprendió a Danny. Encontró a Magda sentada tras su escritorio en la parte superior. Detrás de ella, media docena de prostitutas en lencería y batas de seda estaban sentadas en sofás de terciopelo rojo.

—Buenas noches, guapo. ¿Es tu primera vez? —preguntó Magda con una sonrisa falsa. Le entregó una carpeta de piel como un menú de restaurante.

—Diles a las chicas lo que quieres, ¿vale? Pagas primero, de acuerdo, los precios están todos ahí. Ahora, ¿cuál es tu preferencia, blanca, negra, asiática?

—Trevor me habló de una chica llamada Ana. Dijo que ella me atendería —dijo Danny intentando sonar insistente sin parecer autoritario.

—Ana está ocupada, pero Caprice te atenderá —dijo Magda, llamando a una mujer rubia de piernas largas del sofá.

—No, no. Lo siento, quiero a Ana. Estoy dispuesto a pagar —dijo Danny, sacando un fajo de billetes de su bolsillo, cortesía de Trevor.

—Vale, vale. Caprice, ve a buscar a Ana —ordenó Magda mirando fijamente el dinero.

—Doscientos por Ana, pagas ahora. Es una chica muy especial.

—Seguro que sí —dijo Danny entregando el dinero mientras observaba a una mujer pálida y delgada bajando las escaleras. Ella sonrió falsamente y se acercó a él. Extendiendo la mano, lo condujo escaleras arriba. Lo llevó a una habitación decorada en tonos plateados y grises con una gran cama con dosel. Cerrando la puerta tras ella, se acercó a Danny y pasó sus manos por su pecho.

—¿Qué puedo hacer por ti, amante? —preguntó Ana en un inglés entrecortado con acento rumano.

Danny tomó suavemente sus manos y la sentó en la cama.

—Ana, solo quiero hablar contigo.

—Hablar está bien. Algunos solo quieren hablar primero.

—No, necesito preguntarte sobre la chica que los hombres de Yuri trajeron aquí —dijo Danny con calma pero preparado para taparle la boca si gritaba.

—¿Quién eres? Yo, yo no puedo decírtelo, me matarán —dijo temblando, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Shh, está bien, escúchame. Nadie lo sabrá nunca. ¿Está ella aquí? Sabes que van a matarla —Danny habló suavemente manteniendo sus ojos fijos en los de ella.

Ella se quedó temblando, sus ojos saltando de Danny a la puerta.

—Belek y Adrik vinieron y se la llevaron esta mañana. Por favor, no puedes decírselo a nadie —dijo, con lágrimas brotando en sus ojos.

—Ana, cuéntame todo lo que sepas y te ayudaré a salir de aquí.

—No puedo. Tienen mi pasaporte. Harán que mi familia sufra si me marcho.

—Mírame, puedes confiar en mí. Si me ayudas, yo te ayudaré. Te lo prometo —dijo Danny, viendo cómo volvía un destello de esperanza a sus ojos.

—¿Qué es ella, tu novia, tu mujer?

—No, familia, mi prima.

—¿Me prometes que me ayudarás? —preguntó Ana con mirada suplicante.

—Tienes que confiar en mí. Recuperaré a mi prima y me aseguraré de que los Volkov nunca más te molesten.

—Vale. No sé dónde se la llevaron. Adrik mencionó algo sobre la fábrica a Belek.

—La fábrica. Vale, ¿se te ocurre algo más? ¿Lugares, personas, cualquier cosa? —dijo Danny, intentando obtener algo útil.

—Hay una caja fuerte en el piso de Viktor. La televisión se abre hacia fuera y está detrás. Dentro hay un diario. Tiene todos sus negocios apuntados, horarios, lugares y dinero.

—La caja fuerte, ¿es de llave o de combinación?

—Tiene una pantalla digital con un teclado y una llave. Viktor tenía una. Supongo que Yuri la tiene ahora. Su primo Dimitri tiene la otra. Él siempre rellenaba el diario y se encargaba de todas las cuentas —dijo Ana, mirando ansiosamente el reloj de la mesilla.

—No te preocupes. Mierda, una combinación y una llave.

—Yo sé la combinación: 28-03-84. Era la fecha de nacimiento de Viktor. Le he visto introducirla cuando creía que estaba dormida.

—Buena chica. Solo dime dónde está el piso de Viktor y me pondré en marcha.

Ana le dio la dirección y Danny se dispuso a marcharse. Se giró en la puerta.

—Confía en mí, Ana, aguanta. Volveré a por ti, te lo prometo.

Había algo en su voz y su determinación que le dio esperanza. Al verle salir, consiguió esbozar la primera sonrisa sincera desde que entró en el país.

~

Ya en el coche Danny llamó a Paul.

—Hola, Danny, ¿qué pasa? —dijo Paul, contestando inmediatamente.

—Necesito ayuda, Paul —respondió Danny yendo directo al grano.

—Relacionada con Harry y el secuestro de May, supongo.

Danny no se sorprendió de que Paul se hubiera enterado del secuestro de May; sus contactos llegaban muy lejos.

—Lo siento, Paul. No puedo entrar en detalles ahora. Tengo unas capturas de CCTV para enviarte. Necesito saber quién es quién, específicamente cuál es Yuri Volkov y cuál es su primo, Dimitri Volkov.

—Puedo averiguarlo, pero habrá preguntas. ¿Qué tan sucio se va a poner esto? —preguntó Paul con preocupación en su voz.

—Le cortaron un dedo, Paul.

—Ya veo. ¿Cuánto tiempo crees?

—Todavía está intentando dejar claro su punto, hacer sufrir a Harry. Le doy dos días antes de que esté muerta —dijo Danny, calmado y profesional.

—Haré lo que pueda. Llámame si necesitas algo. A cualquier hora, día o noche.

—Gracias, Paul. Te envío las fotos ahora.

Después de colgar, Danny fue a casa. Necesitaba comida y cambiarse de ropa antes de ir a ver cómo estaba Trevor.

CUARENTA

Danny aparcó detrás del coche de Tina y avanzó por el camino de grava. Mientras giraba la llave, pudo ver el resplandor de la luz de la cocina a través de los paneles de vidrio emplomado de la puerta. Estaba a punto de anunciar su llegada cuando percibió un silencio inusual en la casa. Un escalofrío le recorrió la espalda. Algo iba mal. Solo había dado dos pasos hacia la cocina cuando un golpe en la nuca lo sumió en la oscuridad.



SENTÍA LA CABEZA pesada y los párpados se negaban a abrirse. En algún rincón de su mente registró a dos hombres hablando. No podía entender lo que decían. ¿Un idioma extranjero? Ruso. Forzando los ojos a abrirse, levantó la cabeza a pesar del dolor punzante en la coronilla.

—Ah, la bella durmiente ha despertado, ¿da? —dijo Ivan, sentado en la encimera de la cocina. Karl estaba de pie frente a él. Ambos sostenían cuchillos de caza; Danny observó las pistolas parcialmente visibles en las fundas de hombro bajo sus chaquetas abiertas. Recorrió con la mirada la estancia, pasando por las ollas grandes que aún burbujeaban en la cocina de gas, por la batidora de Tina, por la

mesa de la cocina, hasta que se posó en Tina y Rob. Ambos estaban amordazados y atados a sillas de cocina, con los ojos abiertos y asustados, mirándole fijamente, temblando desesperadamente mientras luchaban contra sus ataduras. Con la cabeza más despejada, Danny flexionó los músculos sutilmente, de forma apenas perceptible. Le habían pegado las piernas a la silla con cinta adhesiva y las muñecas a los brazos de la misma.

—Eh, grandullón, ¿te acuerdas de mí, da? —dijo Ivan, bajando de un salto de la encimera. Los ojos de Danny se clavaron firmemente en él, su rostro tenso y duro como la piedra.

Ivan clavó el cuchillo en la mesa de la cocina y lo dejó vibrando mientras se acercaba a Danny.

—Mírame todo lo que quieras. Tuviste suerte la primera vez que nos encontramos. Ahora no tienes tanta suerte, ¿eh? —dijo, apartándose a un lado para asestar un fuerte golpe en la cara de Danny. El golpe lo derribó hacia un lado, haciéndole tambalearse en la silla antes de desplomarse de nuevo. Lentamente, levantó la cabeza para mirar desafiante a Ivan.

—Ja, bien que miras. Sigue mirando —dijo Ivan, sacando el cuchillo de la mesa y caminando hacia Rob y Tina.

—Mato a tu hermano, luego te mato a ti. A la mujer nos la llevamos. Hay hombres que pagarán buen dinero por ella —dijo riendo, y miró lascivamente a Tina mientras ella intentaba apartarse de él.

Danny no respondió. Había sentido que la pata de la silla cedía un poco después del puñetazo. Estaba en la silla defectuosa.

—Despídete de tu hermano —dijo Ivan, inclinándose hacia Rob, quien luchaba por liberarse y entraba en pánico ante la visión del cuchillo de Ivan.

Tensándose con todas sus fuerzas, Danny profundizó su respiración y con todo el oxígeno en la sangre que pudo conseguir, empujó sus piernas hacia abajo en un movimiento explosivo. La silla se despegó del suelo y aterrizó inclinada sobre sus dos patas traseras. Su impulso y peso hicieron que la tambaleante silla se desintegrara en pedazos separados, dejándolo tumbado boca arriba.

Antes de que Ivan pudiera girarse, Danny apoyó ambos pies sobre él en la parte inferior de la mesa de la cocina. La empujó con todas sus fuerzas, lanzando la pesada mesa contra Ivan, derribándolo sobre la cocina. Danny se incorporó hasta quedar de rodillas justo a tiempo para bloquear el cuchillo de Karl con el brazo de la silla que aún tenía pegado a la muñeca. Llevó su otro brazo alrededor, golpeando a Karl en la cabeza con el brazo de la silla atado a la otra muñeca.

Por el rabillo del ojo vio a Ivan buscando su pistola. Dejando a Karl aturdido, saltó sobre Ivan, golpeándolo en la cara con la rodilla. La potencia del golpe aplastó la nariz apenas curada de Ivan y le fracturó la mandíbula. Cayó como una piedra, enviando la pistola deslizándose por el suelo. Danny se quitó los brazos de la silla de las muñecas y se lanzó para agarrar el arma. Antes de llegar, un brazo le rodeó el cuello, arrastrándolo hacia atrás. Un segundo después, un dolor abrasador recorrió su cuerpo cuando Karl le clavó un cuchillo en el costado. Logró poner una mano detrás sobre la muñeca de Karl, quedando ambos en punto muerto.

Danny no conseguía suficiente impulso para apartar la mano de Karl y este no podía retorcer el cuchillo más adentro. El otro brazo de Danny se agitaba salvajemente sobre la encimera de la cocina mientras Karl apretaba más su cuello, intentando asfixiarlo. Golpeó la batidora, poniéndola en marcha y haciéndola girar ruidosamente, mientras luchaba por respirar. Las estrellas comenzaron a bailar frente a sus ojos.

Luchando por mantener la concentración, Danny agarró la estridente batidora y destrozó el vaso contra la encimera. Cuando los últimos trozos de cristal salieron disparados de las cuchillas expuestas, la estrelló hacia atrás contra la cara de Karl. Gritando entre una lluvia de sangre, huesos y cartílago nasal, Karl soltó el cuchillo y la garganta de Danny en su pánico. Tragando una enorme bocanada de aire, Danny se giró para rematar a Karl. Solo había dado un paso cuando Ivan le agarró por detrás del cinturón mientras luchaba por levantarse del suelo. Tirando de Danny hacia atrás, Ivan lanzó un potente puñetazo a los riñones de Danny con el puño libre. El golpe le alcanzó justo debajo del cuchillo que aún sobresalía de su

costado. Danny se dobló sobre la encimera de la cocina con un dolor paralizante.

Centrándose en la gran olla sobre la cocina, la agarró y arrojó el guiso hirviendo sobre la cabeza de Ivan. Gritando, este soltó a Danny e intentó frenéticamente limpiarse la cara para liberarse de la cegadora agonía ardiente. Justo cuando Danny se recuperaba lo suficiente para ponerse de pie, Karl se lanzó contra él, gritando como un poseso. Impulsado por una nueva descarga de adrenalina y furia, Danny esquivó el puñetazo de Karl y le propinó un rodillazo en la entrepierna. Mientras se doblaba, Danny le agarró por la nuca, empujando su cara mutilada contra el fogón de gas encendido. Karl gritó y se sacudió intentando apartarse. Su pelo se convirtió en una bola de fuego mientras Danny lo mantenía abajo. Cuando el pelo se quemó por completo y los movimientos fueron cesando lentamente, las rodillas de Karl cedieron y se desplomó en el suelo.

Danny se giró para ver a Ivan mirándole con odio a través del único ojo que aún podía ver. Su cara era una masa de ampollas enrojecidas. Sus manos escaldadas y llenas de ampollas luchaban mientras recogía su pistola caída e intentaba tirar de la corredera; trataba desesperadamente de agarrar el metal y cargar una bala. Instintivamente, Danny se agachó cuando Ivan giró el arma y disparó. Al caer al suelo, sacó la pistola de Karl de debajo de su chaqueta. Mientras Ivan disparaba más balas sin control, Danny rodó sobre su costado y disparó cuatro tiros en rápida sucesión: dos en la cabeza de Ivan y dos en el centro del cuerpo. La habitación quedó en silencio.

Permaneció allí respirando pesadamente durante unos minutos antes de incorporarse con esfuerzo. Mientras se movía para liberar a Tina y Rob, tropezó ligeramente. Sus niveles de adrenalina estaban disminuyendo, y el dolor ocupaba su lugar. La dificultad para moverse le recordó que todavía tenía un cuchillo clavado en el costado. Una sensación ardiente, caliente y húmeda en su hombro le llevó a descubrir un surco profundo y sangrante; uno de los disparos de Ivan le había rozado cuando se había lanzado al suelo.

CUARENTA Y UNO

Liberó a Tina y a Rob y retrocedió tambaleándose mientras se abrazaban conmocionados por el alivio. Toda la escena de la carnicería había durado menos de dos minutos. Danny enderezó la mesa de la cocina y luego se desplomó en una silla junto a ella. Movió la mano para agarrar con dificultad la empuñadura del cuchillo clavado en su costado.

—Rob —dijo con firmeza para centrar la atención de su hermano —. Rob, escúchame —repitió Danny más alto hasta que lo miró.

—Mierda, Danny, perdona, ¿estás bien? —Rob soltó a Tina y se acercó a su hermano, mirando el cuchillo con inquietud.

—Necesito que me lo saques, Rob —dijo Danny, apartando la mano.

—No, quédate quieto. Tenemos que llamar a una ambulancia y a la policía. Tenemos que...

—¡ROB! Tienes que confiar en mí. Necesito largarme de aquí o May está muerta —dijo, agarrando la camiseta de Rob y mirándole directamente a los ojos.

—Tina, cariño, tráeme ese paño de cocina y el rollo de cinta americana con el que nos ataron, está ahí en la esquina.

Tina se recompuso e hizo lo que le pidió. Abrió la ventana de camino para dejar salir el acre hedor de la carne quemada.

—Saca el cuchillo, Rob, con un tirón firme... no demasiado rápido —dijo Danny, sosteniendo el paño alrededor de la herida.

Rob lo extrajo mientras Danny hacía presión en la herida con los dientes apretados. Levantando su camiseta y el brazo, hizo que Rob le envolviera el torso con la cinta americana, fijando firmemente el paño sobre la herida. Tras unas cuantas respiraciones profundas, el dolor se mitigó lo suficiente como para quitarse la camiseta y pegar otro paño sobre el surco sangrante de su hombro.

—¿Qué coño está pasando? —dijo Rob, mirando fijamente los cadáveres en el suelo.

—No hay tiempo para explicaciones. Solo tienes que confiar en mí —dijo Danny sacando su cartera. Cogió la foto de su mujer e hijo y luego se quitó la alianza y el reloj, colocándolos sobre la mesa. Rob y Tina le observaban desconcertados.

—¿Qué quieres que haga?

Danny se arrodilló con la mano en el costado, haciendo una mueca mientras sacaba la cartera de Karl y se la guardaba en el bolsillo. A continuación, extrajo una foto de su mujer e hijo de su propia cartera y la guardó antes de deslizar su cartera en los vaqueros de Karl. Agarró el brazo de Karl y le puso su reloj. Finalmente, colocó su alianza en el dedo de Karl. Respirando profundamente varias veces, se obligó a registrar ambos cuerpos, guardándose el dinero y los cargadores de las pistolas. Al encontrar el móvil de Ivan, limpió el estofado, la suciedad y la sangre. Cogió el pulgar de Ivan y lo puso sobre el teléfono para desbloquearlo. Al ver que se activaba, cambió la huella digital por la suya por si lo necesitaba más tarde. Al ver las caras de asombro de su hermano y de Tina, recogió las pistolas y los cuchillos y los puso sobre la mesa.

—Tengo que desaparecer. Es la única forma de salvar a May. Necesito que llaméis a la policía y les digáis que este tío nos ató a punta de pistola —dijo, señalando a Ivan.

—Me solté y peleamos. Se le cayó esta pistola en el forcejeo. Tú la cogiste, Rob. Él me mató y fue a por ti con el cuchillo, cogiste esta pistola y le disparaste en defensa propia —dijo Danny, dando la vuelta a Karl para comprobar que su cara era irreconocible. Rob le

miró con expresión ausente, el shock le dificultaba procesar las instrucciones de Danny.

—¿Lo has entendido, tío? —dijo Danny, tomando el rostro de Rob entre sus manos, obligándole a concentrarse.

—Sí, sí lo he entendido. Llamaré a la policía.

—Tina, ¿estás bien? ¿Lo has entendido? —dijo Danny, mirando más allá de Rob.

Tina le miró y asintió tímidamente. Él puso una de las pistolas en la mano de Rob para dejar huellas y uno de los cuchillos en la mano de Ivan.

—Bien, llamad a la policía —dijo Danny, poniéndose dolorosamente la camiseta y guardándose el dinero, el teléfono y los cargadores en los bolsillos. Se metió la pistola y el cuchillo en la parte trasera de los vaqueros y se dispuso a salir.

—Te llamaré, ¿vale?

—Danny —llamó Rob, deteniéndole en el pasillo.

—¿Qué?

—Ten cuidado.

—Como siempre —gritó Danny, cerrando la puerta principal tras de sí.

Rob abrazó con fuerza a Tina y la besó antes de coger el teléfono.

CUARENTA Y DOS

Era tarde cuando la inspectora jefe Nichola Swan aparcó su Mini. Encontró un sitio libre en la calle, cerca de su piso encima del abarrotado minimercado del señor Kapour. Entró y compró una botella de vino antes de abrir la puerta de la calle y subir las escaleras hacia los apartamentos. Hizo girar la llave en la cerradura de su puerta, la abrió y entró. Encendió la luz, tiró el abrigo sobre el respaldo de la silla y se quitó los tacones. Descorchó la botella y se sirvió una copa generosa antes de dirigirse descalza al salón.

—¿Has tenido una noche ajetreada?

Se quedó paralizada, preparándose para huir, mientras su mente intentaba averiguar quién era aquella figura en penumbra sentada en su sillón.

—Joder, me has asustado. Mierda. Sí, acabo de pasar las últimas tres horas investigando tu muerte. Ahora, ¿qué coño haces en mi salón? —dijo con cautela, manteniéndose cerca de la salida.

—¿Apareció el detective Cripp mientras estabas allí? —preguntó Danny, ignorando su pregunta.

—Eh, sí, fue el primero en llegar. ¿Por qué?

—¿Quién le llamó?

Ella hizo una pausa, pensando, mientras daba un largo trago al vino.

—No lo sé. Yo recibí la llamada de la central. ¿A qué viene esto?

—Estaba allí porque le entregó mi expediente a Yuri y se suponía que debía limpiar la escena o plantar pruebas falsas después de encontrarnos a todos muertos —dijo Danny inclinándose hacia la luz, con el rostro ensangrentado, cansado y pálido.

—¿Jonathan está en la nómina de Yuri? ¡Imposible!

—Le vi en las cámaras de seguridad de Silk & Lace. Estaba entregándole un expediente a Yuri Volkov y recibiendo un paquete a cambio.

Danny bajó la mirada hacia la mano que tenía en el costado. Nichola siguió sus ojos y vio la sangre que se filtraba entre sus dedos.

—Dios mío, ¿es una herida de bala? —preguntó, desapareciendo hacia la cocina.

—No, de cuchillo. La del hombro sí es de bala.

Reapareció un segundo después con un botiquín grande de primeros auxilios.

—Deberíamos llevarte a un hospital.

—Sabes que no puedo. En este momento creen que estoy muerto. Es la única oportunidad que tengo para recuperar a May con vida y mantener a salvo a todos los que me rodean.

Ella se arrodilló frente a él y con delicadeza le quitó la camiseta empapada de sangre, antes de retirar lentamente la cinta americana para examinar la herida.

—Has perdido mucha sangre. Necesitas que te cosan esto —dijo, volviendo a presionar sobre la herida con el paño de cocina empapado de sangre.

—¿Tienes un kit de costura?

—No, no puedo. Debería detenerte, no coserte...

Antes de que terminara la frase, él se balanceó en la silla y cayó hacia adelante en el suelo, inconsciente.



Abrió los ojos confundido. El resplandor anaranjado de una farola del exterior se colaba a través de las cortinas iluminando el salón. Su

ropa se secaba en un tendedero y Nichola Swan estaba acurrucada durmiendo en el sillón de enfrente. Levantó el edredón que le cubría, dándose cuenta de que estaba desnudo y completamente limpio. Se incorporó con cautela, con el edredón alrededor de la cintura, y se examinó el costado. Estaba sensible al tacto, pero no había sangre traspasando el nuevo vendaje blanco. El hombro le escocía un poco al moverse, pero por lo demás parecía estar bien; también estaba vendado. Salvo por un dolor sordo y sentirse un poco mareado, parecía estar en bastante buen estado.

—Estás despierto. ¿Cómo te encuentras? —dijo Nichola acercándose y arrodillándose frente a él. Deslizó sus manos por su torso, comprobando el vendaje sobre la herida de cuchillo. Él no pudo evitar notar lo atractiva que era. Sus suaves manos subieron para revisar el otro vendaje. Su larga melena oscura caía sobre sus hombros de la misma manera que su pijama de seda se deslizaba sobre su piel.

—Mucho mejor, gracias.

Ella le miró mientras pasaba una mano por las cicatrices de su torso.

—Cicatrices de metralla, cuchillos y balas. Tu expediente dice clasificado. ¿Qué eras, paracaidista, SEAL o fuerzas especiales? —preguntó, con sus ojos oscuros y profundos clavados en los suyos.

—Algo así —dijo con una sonrisa irónica antes de añadir—: Gracias por curarme y lavar mi ropa.

—Bueno, tenía que hacer algo para que no me desangraras todo el piso.

Permanecieron inmóviles, atrapados en un momento de indecisión. Finalmente, ella acercó su cabeza, y sus suaves labios encontraron los de él. Él respondió mientras se besaban apasionadamente, deslizando su mano bajo su pelo hasta su espalda, atrayéndola hacia sí.

—¿Estás seguro de que estás bien? —preguntó ella, apartándose.

—Me siento mejor a cada minuto.

Ella le devolvió la sonrisa, desabotonándose la parte superior del pijama y deslizando la sedosa tela por sus hombros.

CUARENTA Y TRES

Un golpe en la puerta metálica de la antigua fábrica textil puso en alerta a los dos hermanos serbios. Recogieron sus armas de la mesa, relajándose al ver a Dimitri en el monitor de vigilancia. Uno de ellos deslizó el cerrojo de acero y abrió la pesada puerta corredera.

—¿Está Yuri aquí? —preguntó mientras pasaba junto a ellos sin apenas mirarlos.

—Está abajo con las chicas.

Dimitri recorrió la fábrica abandonada. Había cerrado en los años sesenta, cuando la llegada masiva de ropa extranjera barata silenció las tres plantas de máquinas de coser. Ahora, tras varias décadas de abandono, el techo se había derrumbado, provocando que el centro del primer y segundo piso se pudriera y cediera. Esto había dejado un agujero desde el suelo de hormigón de la planta baja hasta el cielo abierto. Pasó junto a otros dos serbios en lo alto de la escalera, ambos armados con subfusiles AK. Se apartaron y le dejaron descender al sótano. Golpeó otra pesada puerta metálica al llegar abajo. La puerta chirrió al abrirse, revelando a dos hombres más, rusos esta vez.

Entrar en el sótano era como entrar en un edificio completamente distinto al de la fábrica de arriba. Estaba clínicamente limpio, con paredes encaladas y un brillante suelo

pintado de gris. El aire acondicionado mantenía una temperatura confortable de veintidós grados, y las diversas salas estaban intensamente iluminadas por paneles LED distribuidos uniformemente por los techos. Dimitri entró en una sala grande a la derecha y divisó a Yuri en el centro. Mujeres con monos blancos de papel trabajaban en mesas de catering de acero inoxidable que lo rodeaban. Formaban cadenas de producción que empezaban con paquetes de ladrillos de cocaína y heroína pura. Siguiendo la línea, las chicas cortaban y mezclaban el polvo puro con una mezcla blanca de tiza y rellenos antes de pesar unos gramos en pequeñas bolsas. Ninguna de ellas levantó la mirada ni se fijó en Dimitri o Yuri; su espíritu hacía tiempo que había sido aplastado, resignándose a su vida de cautiverio.

—¿Qué ha dicho Cripp? —exigió Yuri.

—Pearson se liberó y peleó con Ivan y Karl. Ivan lo mató. Pero el hermano de Pearson consiguió la pistola de Karl y mató a Ivan. Creen que también ha acabado con Karl. Había un rastro de sangre que salía de la casa.

—Bueno, ¿y dónde cojones está? —dijo Yuri, elevando la voz, con la paciencia agotándose.

—Nadie lo sabe. Quizá esté escondido en algún sitio. Quizá esté muerto. Había mucha sangre, podría haberse desangrado —dijo Dimitri con cautela.

—El puto Harry Knight y su puta familia —gritó Yuri, pillando a una mujer mirando en su dirección.

Con el temperamento dominándole, Yuri se volvió hacia ella.

—¿Te atreves a mirarme, zorra? —gritó, sacando su pistola con la velocidad de un rayo. Apretó el gatillo sin vacilar, enviando una bala directamente al centro de su frente. Una explosión instantánea de sangre y cerebro resplandeció de un rojo intenso sobre el polvo blanco en la mesa detrás de ella mientras la parte posterior de su cabeza se desintegraba. La sala estalló en gritos mientras las mujeres se encogían de miedo.

—¿Quién os ha dicho que podéis parar de trabajar? —gritó Yuri, agitando el arma mientras hablaba. Salió pasando junto a Dimitri

mientras las mujeres temblorosas volvían al trabajo con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Pasha. Pasha, ¿dónde cojones estás?

—Sí, señor —respondió Pasha apresurándose desde otra habitación.

—Limpia esa mierda y consigue un reemplazo de Magda.

Dimitri siguió a Yuri por el pasillo hasta una puerta cerrada con llave. La abrió y empujó la puerta. Los ojos de May lo miraron, abiertos y asustados, desde una cama con estructura metálica al fondo de la habitación. La cadena sujeta con un candado alrededor de su cintura a una argolla metálica en la pared sonó cuando ella se estremeció.

—Tu primo me ha costado muy caro —dijo Yuri fríamente, con sus emociones nuevamente bajo control.

—Bien. Cuando te encuentre te arrancará los huevos y te los hará comer, cabrón —le escupió ella, encontrando algo del espíritu de su padre.

—Eso sería difícil. Ivan le arrancó la cara y lo mató.

La noticia la destrozó. Físicamente pareció encogerse en la cama. Yuri cogió los alicates de la mesa cerca de la puerta y se movió lentamente hacia ella.

—Ve a vigilar el club, Dimitri, te llamaré cuando te necesite.

Dimitri salió de la habitación y volvió por el pasillo. Echó un vistazo a la sala de preparación para ver a Pasha envolviendo a la mujer muerta en plástico. Mientras subía las escaleras, el grito desgarrador de May resonó en las paredes a su alrededor. Adrik entraba mientras Dimitri salía. Asintieron al cruzarse, su rostro lleno de cicatrices y su ojo ciego y nublado brillando en la sombría fábrica. Un demonio de tu peor pesadilla.

CUARENTA Y CUATRO

Danny se despertó en la cama de Nichola con el sonido de su móvil. Miró el identificador de llamada antes de contestar.

—Bob.

—¿Estás bien, hijo? Hemos oído lo que pasó anoche. Pensé que estabas muerto hasta que hablé con Rob. Esos malditos cabrones rusos.

—Estoy bien, Bob. ¿Cómo lo está llevando Harry?

—Se está volviendo loco por no poder hacer nada.

—En realidad, hay algo que necesito que hagáis tú y Harry. Te llamo en media hora.

Danny colgó y miró a Nichola, que le estaba observando. Se inclinó y la besó.

—Hay un diario en una caja fuerte en el apartamento de Viktor. Contiene detalles de todas las actividades de los Volkov, dinero y todos sus negocios. Puedes quedarte con el diario después de que yo lo examine. Yuri mantiene a May en algún sitio que llaman la fábrica.

—Podría intentar conseguir una orden judicial.

—Qué va, no tienes pruebas ni causa probable. No te concederían una orden de registro. Tengo una idea mejor —dijo levantándose de la cama y caminando con rigidez hasta el salón para coger su ropa limpia. Ella le siguió, encendiendo el hervidor.

—Cualquier plan que no termine conmigo expulsada del cuerpo mientras desmantelamos la organización de Volkov y atrapamos al agente Jonathan Cripp me parece bien —dijo con sarcasmo mientras preparaba el café.

—Necesitaré que hagas una redada por drogas en Silk & Lace más tarde hoy, te avisaré cuándo. Pase lo que pase, asegúrate de que Dimitri Volkov quede bajo custodia. Cuando registréis sus pertenencias, tendrá la llave de la caja fuerte de Viktor. Consígueme esa llave y yo me encargo del resto. La devolveré antes de que su abogado pueda sacarlo.

—¿Y si no encontramos drogas?

—Las encontraréis, y revisad el cajón superior del escritorio de la oficina, hay una pistola cargada —dijo Danny dando un sorbo al café caliente—. Lo siento, tengo que irme, el tiempo apremia. Te llamaré más tarde —añadió, abriendo la puerta.

—Danny —le llamó ella, con pánico en la voz.

—Lo sé, lo de anoche, tú y yo. Seré una tumba.

—No, no. Ten cuidado —dijo rodeándole el cuello con los brazos y besándole.

Cuando ella se separó, Danny le acarició la mejilla con la mano.

—Te llamaré más tarde —dijo antes de desaparecer escaleras abajo.

Ya estaba marcando en su móvil antes de llegar al coche.

—Bob, necesito que tú y Harry hagáis algo por m... ¿Qué es todo ese alboroto? —preguntó al oír a Harry enloquecido de fondo.

—Los cabrones han enviado otro dedo y una nota de rescate —dijo Bob, esforzándose por contener su ira.

—¿Qué dice?

—Diez millones o la matarán.

—Sabes que eso es una gilipollez, Bob. Solo está jugando con Harry; no se trata de dinero, se trata de hacerle sufrir —dijo Danny, imaginando a May sola y asustada.

—Sí, lo sé.

—Pásame a Harry.

La línea quedó en silencio durante un minuto hasta que Harry se puso.

—Danny, ¿has oído lo que ese cabrón le ha hecho a mi niña?

—Harry, escúchame. Voy a recuperar a May, te lo juro. Estoy contra el tiempo y necesito que hagáis algo por mí.

—Si ayuda a recuperarla, lo que sea —dijo Harry recuperando algo de su habitual compostura.

—Vale, escucha con atención. Esto es lo que necesito que hagas.

CUARENTA Y CINCO

Trevor dio un respingo al oír la puerta metálica abrirse. Sus músculos sufrían calambres severos por haber estado atado fuertemente en la misma posición toda la noche. Tenía la boca más seca de lo que jamás hubiera imaginado posible y estaba congelado de frío por haber permanecido tumbado en el suelo de hormigón. Esperaba que apareciera Danny y lo soltara. Trevor pensó que si hubiera querido matarlo, ya lo habría hecho. Sintió cómo cortaban las bridas y se estiró dolorosamente. Notó unas manos deslizarse por la parte posterior de la capucha y quitarle la mordaza.

—Ya era hora, joder, capullo —dijo Trevor a través de la capucha.

Inmediatamente lo colocaron en posición sentada contra la pared y le arrancaron la capucha de la cabeza.

—Sorpresa, sorpresa, pedazo de imbécil.

Trevor parpadeó, intentando enfocar después de horas en la oscuridad. Cuando logró reconocer quién era, se quedó paralizado de terror. Harry Knight estaba en medio de otros cuatro hombres, con una escopeta de corredera balanceándose ligeramente a un lado. Trevor reconoció al infame Bob Angel a su derecha, con un mazo de mango largo apoyado sobre un hombro. Los otros hombres permanecían amenazantes, armados con un machete, un martillo y un mango de pico.

—No fui yo. Yo no secuestré a May. Fueron los tipos de Yuri, Karl y Belek. A mí solo me dijeron que condujera la furgoneta. No sabía que iban a llevársela —dijo Trevor, con la voz cada vez más temblorosa.

—Cállate y escucha. Mi sobrino, Danny, está muerto y tu jefe tiene a mi hija. Le ha cortado dos dedos y estoy bastante disgustado por ello.

Harry levantó la escopeta y accionó la corredera para cargar un cartucho.

—Tienes una oportunidad de salir de aquí sin que te desollemos vivo y te demos de comer a los leones del Zoo de Londres.

—Por favor, no. Haré cualqu—

—Te he dicho que te calles y escuches. Bob, rómpele las putas piernas —dijo Harry mientras Bob daba un paso adelante.

—No, no, lo siento. Estoy escuchando. Por favor, haré lo que sea —lloró Trevor, con lágrimas corriendo por su cara.

—¿Dónde está la fábrica? —ladró Bob, inclinándose amenazadoramente.

—¿Qué? Eh... no sé dónde está la fábrica —dijo Trevor, el asalto verbal lo estaba convirtiendo en un manojo de nervios tembloroso.

—¡DEJA DE JODER! ¿DÓNDE ESTÁ LA PUTA FÁBRICA? —bramó Bob a escasos centímetros de la cara de Trevor.

—No lo sé. Lo siento, solo algunos de los hombres de alto nivel de Volkov han estado allí. Está en algún lugar del centro de Londres, eso es todo lo que sé. Lo siento, por favor no me matéis.

—Vale, deja de gimotear y mírame. Quiero que hagas algo por mí —dijo Harry, con la escopeta firmemente sujeta a la altura de la cintura, apuntando a Trevor.

—Lo que sea, haré lo que sea. Puedes confiar en mí, te lo prometo —dijo Trevor, activándose su gen de autopreservación mientras se aferraba a la posibilidad de salir vivo de allí.

—Bien, perfecto. No es que no confíe en un respetable miembro de la comunidad como tú. Pero he tomado un pequeño seguro. Enséñaselo, Bob.

Bob dejó caer el mazo con un golpe seco sobre el suelo de hormigón, haciendo que Trevor diera un respingo del susto. Tocó su

teléfono y lo giró para mostrarle una foto a Trevor. Podía ver a su madre sentada aterrorizada en el sofá de casa. Los hombres de Harry estaban sentados tranquilamente a ambos lados de ella, uno con una escopeta y el otro con una pistola con silenciador.

—Mis asociados aquí van a llevarte a que te limpies. Luego Bob te va a decir lo que vas a hacer. ¿Me estás escuchando, chaval? —gritó Harry en la cara de Trevor.

—Sí, lo siento, sí, sí.

—Bien, haz esto y estamos en paz. Vuelves a tu mísera vida, ¿de acuerdo? Si la cagas, encontrarán trozos de ti y de tu madre por todo Londres. ¿Lo has entendido?

Trevor asintió lentamente mientras Harry retrocedía. Sus chicos lo agarraron por los hombros y lo arrastraron hasta un Range Rover aparcado fuera. Una vez que se marcharon, Harry llamó a la puerta de Scott. Danny abrió y les hizo un gesto para que entraran. Le siguieron hasta el despacho donde Scott tenía las imágenes de las cámaras de seguridad de Silk & Lace en la pantalla.

—Gracias por tu ayuda, Scott. No lo olvidaré —dijo Harry, mirando por encima de su hombro.

—Es un placer, señor Knight —dijo Scott, sonriendo.

—No me llames "señor Knight", Scott. Te conozco desde que tenías cinco años correteando con May y Danny en mi jardín. Llámame Harry.

—Vale, Harry, haré cualquier cosa que pueda para recuperar a May.

—Bien, ya basta de cortesías. Dimitri llegó hace unos diez minutos. Normalmente está allí tres o cuatro horas comprobando las ganancias de la noche y haciendo las cuentas. Necesitamos que Trevor esté allí a las once. Le daremos unos minutos antes de que yo avise a la policía —dijo Danny mirando su reloj mientras iba a la cocina para llamar a Nichola.

—Nos tenemos que ir. Gracias de nuevo, Scott. Si alguna vez necesitas algo, házmelo saber, ¿vale? —dijo dándole una palmada en el hombro mientras pasaban junto a Danny.

—Esperad un momento —dijo Danny, poniendo el teléfono contra su pecho—. En cuanto tenga noticias o si necesito algo te llamaré.

Harry asintió y se marchó. Danny volvió a su llamada.

—¿Estás lista, verdad? ¿Cripp no sabe nada de la redada?

—No, pedí un favor y conseguí que lo mandaran a Wimbledon por un robo en una casa que no lleva a ninguna parte —dijo Nichola.

—Bien. Te veré en la parte de atrás de la comisaría —dijo Danny mirando su reloj de nuevo.

—Mmm, lo estoy deseando —dijo ella seductoramente.

—Sí, vale. Si consigo sobrevivir a esto, habrá tiempo de sobra para eso después —dijo con una risita.

—Aguafiestas. Te veré luego.

Danny volvió con Scott y miró a Dimitri sentado en su oficina del piso de arriba.

—Tengo que irme, Scotty. Vigila a Dimitri por mí. Llámame si se va a marchar o si entra alguien sospechoso antes de que llegue la policía.

—Por supuesto, colega. Hablamos luego —dijo Scott, emocionado por estar involucrado.

Haciendo chirriar los neumáticos al salir del camino de grava, Danny se marchó en su Mercedes prestado.

CUARENTA Y SEIS

A Dimitri le palpitaba la cabeza mientras permanecía sentado en su escritorio. Se metió un par de aspirinas en la boca y las tragó con un vaso de agua. Estaba revisando los ingresos de la noche anterior, pero le resultaba difícil concentrarse. Todo este asunto con Yuri y Harry Knight le había provocado un dolor de cabeza monumental. Como Volkov que era, entendía que el honor familiar exigía que Yuri vengara la muerte de Viktor. Pero torturar a la hija de Knight y matar a su sobrino estaba atrayendo demasiada atención sobre su negocio. Habían desaparecido varios distribuidores y los clientes estaban nerviosos por el aumento de la actividad policial. Deseaba que Yuri simplemente matara al hombre y acabara con todo. En cambio, Yuri planeaba hacer sufrir a Knight un poco más antes de atraerlo a un intercambio de rescate. Entonces Yuri quería matar a su hija delante de Knight antes de matarlo a él y llevarse su cabeza a casa para satisfacer a su padre. El asunto con Pearson le preocupaba. La policía no eran tontos; pronto relacionarían a Ivan con ellos, y cuando encontraran a Karl —vivo o muerto— su historial en Rusia lo vincularía con Yuri. Un golpe en la puerta de la oficina le distrajo lo suficiente para apartar esa mala sensación.

—Adelante —gritó, frotándose la frente.

Trevor asomó la cabeza por la puerta y entró con aire tímido.

—¿Dónde demonios has estado? Te perdiste las entregas de anoche.

—Sí, lo siento, la policía estaba por toda la urbanización haciendo registros. Tuve que esconder la mercancía. Hasta ahora no he tenido ocasión de recogerla —dijo Trevor de la manera más convincente posible.

Metió la mano en su mochila, sacó un paquete y lo colocó sobre el escritorio. Dimitri retrocedió como si llevara la peste.

—¿Por qué cojones lo has traído aquí? Nunca se trae nada al club. NUNCA.

—Lo siento, ha sido una noche larga y no pude contactar con Ivan —se disculpó Trevor.

Dimitri cogió el paquete y comenzó a rodear el escritorio.

—Toma, cógelo y lárgate. Mandaré a alguien a recogerlo más tarde.

Se había acercado a pocos metros de Trevor cuando la puerta se abrió de golpe y la brigada antidroga irrumpió en la habitación.

—Quédese donde está. Mantenga los brazos donde pueda verlos.

Dimitri hizo lo que le ordenaron sin decir palabra. Sus ojos ardían furiosamente mirando a Trevor, que se encogió al saber que era hombre marcado. En cuanto les pusieron las esposas, la inspectora jefe Nichola Swan entró en la habitación.

—Dimitri Volkov y Trevor Bailey, quedan detenidos por posesión de drogas de clase A con intención de distribuirlas.

Miró más allá de Dimitri hacia el agente detrás del escritorio. Este asintió mientras sacaba la pistola del cajón.

—También le arresto por posesión ilegal de arma de fuego. Eso son cinco años de condena directamente, señor Volkov.

Sacó una bolsa de plástico transparente para pruebas y la sostuvo mientras un agente registraba los bolsillos de Dimitri colocando el contenido en la bolsa. Hizo lo mismo con Trevor mientras otros agentes embolsaban las drogas y el arma.

Dimitri seguía sin decir nada mientras lo sacaban de la habitación esposado. Miró fijamente a Trevor, moviendo la cabeza lentamente de un lado a otro. La inspectora jefe Swan iba detrás, deslizando el

llavero de Dimitri fuera de la bolsa de pruebas y metiéndolo en el bolsillo de su chaqueta.



UNA HORA DESPUÉS, Nichola se sentó en el asiento del copiloto junto a Danny. Le sonrió y sacó un manojo de llaves.

—Esto es todo lo que llevaba encima, así que espero que esté ahí.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Danny cogiéndolas.

—¿Y si hay alguien allí? —preguntó ella, poniendo su mano sobre la de él.

—Improvisaré sobre la marcha. No puedo dejar que los rusos sepan que sigo vivo. Si Yuri se entera, es capaz de matar a May al instante y luego ir a por Harry. ¿Cuánto tiempo tengo con las llaves?

—Dimitri ya ha llamado a su abogado, ese canalla de David Wilkins. Primero tiene que llegar, luego argumentará que las drogas eran de Trevor o que las encontraron en el club, o cualquier otra mentira para librarlo. No podemos demostrar que el arma sea suya y probablemente dirá que era de Viktor; como está muerto, ahí acaba todo. Calculo que puedo mantenerlas durante tres horas como máximo. Devuélveme las llaves en dos para ir sobre seguro.

Danny se inclinó y la besó. —Será mejor que me vaya ya —dijo con una sonrisa pícara.

CUARENTA Y SIETE

Danny se asomó desde detrás de una pared contigua. El apartamento de Viktor estaba doce pisos por encima de él, en lo alto de un nuevo edificio de apartamentos. Era imposible saber desde fuera si había alguien dentro. Se dirigió al vestíbulo de entrada y centró su atención en el llavero.

Dos o tres de estas podrían ser llaves de caja fuerte. Y hay un montón de llaves Yale que podrían abrir la puerta del apartamento.

Miró su reloj.

Ya han pasado veinte minutos, mejor me doy prisa.

La puerta de entrada tenía una pantalla de televisión y un teclado para que los visitantes llamaran a los apartamentos. Debajo del teclado había una almohadilla de plástico con la imagen de una llave. Cogió un llavero de plástico gris de la cadena y lo acercó a la almohadilla. La cerradura de la puerta emitió un zumbido, permitiéndole entrar. Con el tiempo corriendo en su contra, ignoró su instinto natural de tomar las escaleras y encontró un teclado similar en el ascensor. Acercó el llavero, iluminando los botones, lo que le permitió seleccionar el piso del ático. Al asomarse en el último piso, solo había dos áticos y nadie alrededor. Se acercó a la puerta del apartamento de Viktor y apoyó suavemente la oreja en ella. Ningún sonido, ni televisión, ni voces. Permaneció inmóvil durante varios

minutos. Respirando superficialmente, ignorando el ruido del pasillo, se concentró en los sonidos dentro del apartamento. Nada.

Rebuscando entre las llaves encontró una que giró, abriendo la cerradura con un clic. Se deslizó dentro y cerró la puerta tras él. Sin perder tiempo, recorrió silenciosamente las habitaciones, comprobando cada una por si alguien estaba durmiendo, vistiéndose o duchándose. Satisfecho, aceleró el paso y se dirigió hacia el televisor. Al apartarlo de la pared encontró la caja fuerte mirándole fijamente, lisa y gris, más grande de lo que esperaba. Examinó rápidamente las llaves, aliviado al encontrar una que encajaba en la cerradura. Al girarla produjo un satisfactorio ruido metálico.

Cuando tecleó el código en el panel, este emitió un pitido, permitiéndole tirar de la puerta cuadrada de sesenta centímetros. La caja era profunda, contenía varios archivos y el diario. Apilados detrás de los documentos, llenándola de arriba abajo, había una pared de fajos de dinero. Danny sacó uno y lo pasó entre sus dedos. Todo en billetes usados de cincuenta libras agrupados en fajos de veinticinco mil libras. Lo dejó a un lado y cogió el diario. Había planeado tomar fotos con su móvil antes de devolverlo para cubrir sus huellas, pero había mucha más información en el diario de la que esperaba. Los archivos contenían documentos e información sobre negocios, propiedades y transacciones. Echando un vistazo alrededor, Danny recorrió el apartamento, abriendo armarios y roperos hasta que encontró una gran bolsa deportiva. Puso los archivos y el diario en el fondo y luego se detuvo mirando el dinero.

Que le den, me deben una cocina nueva.

Metió el dinero hasta que apenas pudo cerrar la cremallera. Los últimos tres fajos tuvo que guardarlos en los bolsillos de su chaqueta. Con la caja fuerte y el televisor de nuevo en su posición, Danny miró su reloj y se dispuso a marcharse. Su mano tocó el pomo de la puerta del apartamento y se congeló. Podía oír voces acercándose desde el ascensor.

Mierda.

Retrocediendo, salió del salón mientras la llave repiqueteaba en la cerradura, deslizándose hacia el dormitorio principal cuando la puerta del apartamento se cerró. Dejó la puerta del dormitorio

entreabierta, lo justo para ver quién entraba en el salón a través del reflejo del espejo del pasillo. Su cuerpo se tensó cuando Yuri y Adrik aparecieron en su campo de visión. Colocó la bolsa deportiva en el suelo, manteniendo sus ojos fijos en Yuri y Adrik mientras abría suavemente la puerta. Tensando las piernas se preparó para salir, el orden de ataque ya desarrollándose en su cabeza.

Tres, dos, uno, espera.

Tres hombres más aparecieron en su campo de visión, frustrando a Danny. Exhaló, cerrando la puerta nuevamente hasta dejar solo una rendija. Dos hombres armados con el elemento sorpresa tenían muchas posibilidades de éxito, pero cinco hombres armados era un suicidio, por muchas ganas que tuviera de atrapar a Yuri Volkov. Miró su reloj.

Se me acaba el tiempo. Necesito devolverle las llaves a Nichola.

Mirando a través de la rendija, apareció el rostro reflejado del Detective Constable Jonathan Cripp. Con su oreja pegada a la puerta, escuchó cómo las voces se hacían más fuertes.

—¿Para qué coño te pagamos, eh? —dijo Adrik, incómodamente cerca de la cara de Jonathan.

—La DCI Swan organizó la redada. Alguien me mantuvo al margen. No me informaron —dijo Cripp tartamudeando nerviosamente.

—Eso no es suficiente y ¿dónde está Karl? Todavía no le has encontrado —dijo Adrik, manteniendo la presión mientras los otros dos hombres se colocaban detrás de Cripp.

—Bueno, si no fuerais por ahí secuestrando gente y destruyendo medio Londres, no tendría al superintendente encima, ¿no?

Cripp se arrepintió inmediatamente de su arrebato. Yuri le puso una pistola en la frente antes de que pudiera parpadear.

—No me hagas cuestionar tu utilidad, Cripp.

La habitación quedó en silencio mientras Cripp se ponía más blanco que el papel.

—No, por supuesto que no, Yuri. Lo siento. Es que no dejo de chocar con la DCI Swan. Es como un perro con un hueso cuando se trata de vosotros y Knight.

Yuri bajó la pistola y se alejó. Dando la espalda a Cripp, miró por la ventana hacia el Támesis y los rascacielos de la ciudad.

—Entonces tendrás que deshacerte de ella —dijo.

Danny miró su reloj mientras escuchaba a Cripp protestar débilmente en segundo plano. Se había acabado el tiempo. Tenía que irse. Se movió silenciosamente hacia atrás y abrió una de las puertas de cristal, lo justo para deslizarse hacia la terraza del dormitorio.



En el salón, Yuri inclinó la cabeza hacia el dormitorio. Una suave brisa le rozó la mejilla y el ruido de la ciudad, aunque difícil de distinguir, se había vuelto ligeramente más fuerte.



En la terraza, Danny buscaba una forma de bajar. Esperaba encontrar una escalera de incendios o una manera de cruzar hacia el otro apartamento ático, pero no había nada. Avanzando por la terraza con la espalda contra la pared del salón, llegó hasta el final y giró la cabeza para mirar por la ventana. Podía ver a los hombres que seguían intimidando a Cripp. Detrás de ellos vio a Yuri, con la mirada fija en la puerta del dormitorio.

¡Mierda!



Yuri apuntó con su pistola hacia el dormitorio, y la conversación detrás de él se detuvo abruptamente. Adrik instintivamente levantó su arma y siguió a su jefe. Moviéndose de lado hacia la puerta, Yuri miró a través del cañón de la pistola por la rendija. Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta, indicando a Adrik que entrara en la habitación. Irrumpiendo, Adrik se movió hacia un lado mientras Yuri

cubría el otro. Adrik apareció un segundo después desde el cuarto de baño y negó con la cabeza. Yuri bajó su pistola, deteniéndose momentáneamente antes de levantarla de nuevo y dirigirse hacia la puerta de la terraza.



DANNY LES HABÍA VISTO ENTRAR en el dormitorio cuando agachó la cabeza para ocultarse. Colgado por la punta de los dedos de una viga debajo del balcón, Danny miró hacia abajo fijando sus ojos en la barandilla del apartamento inferior. Su corazón latía con fuerza mientras oía abrirse la puerta encima de él. Una ambulancia que se acercaba ahogó el sonido de los pasos de Yuri arriba. Aprovechando el momento, Danny se soltó, lanzando su brazo hacia delante para engancharse en la barandilla del apartamento de abajo. Mientras caía por el aire, el peso de la mochila en su espalda le desequilibró. Golpeó la barandilla con el codo en vez de engancharse, el impacto le lanzó de nuevo al vacío mientras caía hacia el suelo. Una mezcla de pánico ciego e instinto de supervivencia se activó. Extendió el brazo y agarró la barandilla del siguiente balcón. Aferrándose con todas sus fuerzas se mantuvo firme, con el hombro casi saliéndose de su sitio. Cuando asimiló que no estaba muerto, balanceó el otro brazo hacia arriba y se izó por encima. Cayendo hecho un ovillo sobre su espalda, se quedó allí respirando pesadamente.



DOS PISOS MÁS ARRIBA, Yuri se acercó a la barandilla. Miró hacia la ambulancia que aullaba y la observó desaparecer ruidosamente al doblar la esquina. Echó un vistazo a la caída de doce pisos, luego se giró lentamente y volvió al apartamento.

CUARENTA Y OCHO

Con su ritmo cardíaco y respiración volviendo a la normalidad, Danny se incorporó, mientras la herida del cuchillo y su hombro se quejaban amargamente al hacerlo. Tras comprobar que el apartamento estaba vacío, sacó la pistola y golpeó con fuerza la puerta de cristal con la culata, haciéndola añicos en miles de pequeños fragmentos. Atravesó el hueco desprendiendo algunos billetes de cincuenta del fajo que llevaba en el bolsillo, arrojándolos sobre el sofá al pasar. Después de asegurarse de que el pasillo estaba despejado, cruzó y abandonó el edificio por las escaleras. Ya en el coche, comprobó su teléfono y vio que tenía dos llamadas perdidas de Nichola. Activó el manos libres y pulsó el botón de rellamada mientras se dirigía a toda velocidad hacia la comisaría.

—Soy yo, estoy de vuelta —dijo cuando ella respondió.

—¿Has conseguido las fotos del diario? —preguntó ella en voz baja.

—No, había demasiado que fotografiar. He tenido que llevármelo todo.

—Vale, bien, pero vuelve aquí cuanto antes. No puedo entretenerlos mucho más. Wilkins nos está haciendo pedazos y exigiendo su liberación inmediata —dijo Nichola antes de colgar.

Quince minutos de conducción errática después, Danny aparcó a la vuelta de la esquina de la comisaría y envió un mensaje a Nichola.

Ella apareció un minuto después, apresurándose por la esquina. Él le entregó las llaves a través de la ventanilla.

—Ya era hora, tortuga —dijo ella, cogiéndolas y girándose para volver rápidamente.

—¡Nichola! —gritó Danny, deteniéndola en seco.

—¿Qué? Date prisa.

—Cuando termines hoy, no vayas a casa.

Ella lo miró extrañada, su expresión y tono hicieron que lo tomara en serio.

—¿Por qué?

—Yuri ha ordenado a Cripp que se deshaga de ti —dijo, sacando la pistola de Karl y ofreciéndosela—. Toma esto y mantente escondida un tiempo. Pronto acabará todo.

—No, estoy en esto hasta el final, pero gracias por la advertencia —dijo, negando con la cabeza mientras regresaba al coche. Se inclinó por la ventanilla y le dio un beso intenso en los labios.

—Vale, pero ten cuidado. Te llamaré en cuanto pueda.

—Sigo queriendo ese diario —dijo ella con una sonrisa.

—No te preocupes, lo tendrás.

Ella se dio la vuelta y corrió de regreso a la comisaría. Él la observó alejarse y luego se marchó, marcando un número en el teléfono mientras conducía.

—Paul, soy Danny. Necesito tu ayuda, tío.

—Danny, me preguntaba cuándo resucitarían los muertos —dijo Paul en tono sarcástico.

—Una distracción necesaria, tío. La vida de May depende de ello.

—¿Qué necesitas? —dijo Paul, poniéndose serio.

—Estaré allí en veinte minutos.

Danny colgó y pisó a fondo el acelerador.

CUARENTA Y NUEVE

Al llegar a lo alto de las escaleras, Danny buscó a Trisha en recepción. No estaba a la vista, así que se dirigió hacia la oficina de Paul.

—La he enviado a casa. Sé bueno y baja a echar la llave a la puerta. Preferiría que no nos molestaran —gritó Paul antes de que Danny llegara a su puerta.

—Vale —respondió Danny, que ya estaba a mitad de camino por las escaleras.

A su regreso, encontró a Paul sentado tras su escritorio esperándole, con una taza de café caliente para cada uno encima.

—Vaya, parece que te ha arrollado un autobús —dijo Paul estirándose para estrecharle la mano a Danny.

—Sí, bueno, ojalá hubiera sido así, habría dolido menos —dijo Danny con una sonrisa.

Arrojó la bolsa deportiva sobre la silla y la abrió. Metió las manos y sacó fajos de billetes hasta que pudo alcanzar los archivos y el diario. Apartó el dinero a un lado y dejó los documentos sobre el escritorio con un golpe sordo.

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —preguntó Paul arqueando una ceja.

—Llegaré a eso en un minuto. Primero, ¿quién es tu mejor hombre?

—Aparte de ti, Matthew West. Navy Seal, duro como pocos.

—El siguiente mejor.

—Curtis Fenn, ex regimiento de paracaidistas. ¿Para qué los necesitas? —preguntó Paul, no muy seguro de querer oír la respuesta.

—Solo necesito que vigilen a alguien, discretamente. Si ella está en problemas, necesito que intervengan. Tendrán que ir armados, estamos tratando con criminales serios —dijo Danny sentándose y esperando mientras Paul se recostaba pensando por un segundo.

—Vale, pero ese tipo de protección te costará.

—Bien, tómalo de todo esto. Pero los necesito en ello como si fuera ayer —dijo Danny, agitando fajos de billetes hacia Paul.

—Les llamaré ahora. ¿A quién tienen que cuidar?

—A la DCI Nichola Swan. Mira, te apuntaré su dirección.

Paul volvió a arquear una ceja y luego cogió el teléfono. Quince minutos y dos llamadas después, volvió a colgar.

—Está hecho; ya van de camino a la comisaría. La seguirán adonde vaya desde allí, ¿de acuerdo?

—Bien, gracias Paul —dijo Danny, relajándose un poco mientras cogía el diario.

—En algún lugar de todo esto está la dirección de algo que Yuri Volkov llama la fábrica. Tiene a May allí retenida.

Paul cogió un archivo y lo abrió, mirando a Danny. —Supongo que será mejor que nos pongamos a trabajar entonces —dijo, sonriendo.

Trabajaron mientras el cielo se oscurecía fuera. Danny revisó los archivos, extendiéndolos sobre las mesas. Tenían registros completos de entregas de contenedores marítimos y documentos de la autoridad portuaria para envíos de mercancías selladas. Café de Colombia, leche en polvo de Rusia, frutos secos y otros productos... la lista continuaba. Danny supuso que era la entrada de Volkov para las drogas en el Reino Unido. Paul trabajaba metódicamente en el diario, tomando notas a medida que avanzaba. Se referían a todos los negocios ilegales de Volkov, usando simples cambios de nombres para los productos: café y té a granel para cocaína y heroína, ganado para mujeres traficadas, con el país de origen al lado.

Danny se levantó para hacer más café y se tambaleó, apoyándose en el escritorio para sostenerse. La herida en su costado le provocaba un dolor desgarrador por todo el cuerpo. Respiró profundamente varias veces hasta que pasó y se puso de pie nuevamente. Su cabeza daba vueltas, el mareo lo hizo caer de rodilla. El brazo de Paul lo rodeó antes de que cayera, ayudándolo a llegar al sofá en la esquina de la oficina. Le levantó la camiseta para ver una masa de hematomas y la herida de cuchillo vendada, una mancha roja que cubría el centro del vendaje blanco.

—Primero, tenemos que limpiar esto, luego necesitas descansar —dijo Paul, cogiendo el botiquín de primeros auxilios de la cocina.

—No puedo. Tengo que recuperar a May.

—Si no descansas ahora, no recuperarás a nadie —dijo Paul, empujándolo de vuelta al sofá.

Danny se rindió al agotamiento mientras Paul cortaba el vendaje viejo y limpiaba la herida de cuchillo.

—Hmm, tu costura está mejor de lo que recordaba —dijo Paul, estudiando los puntos de hilo negro.

—No es mía, colega —dijo Danny con una sonrisa pícara.

—Ah, déjame adivinar, la DCI Nichola Swan.

Danny no respondió, pero su continua sonrisa lo decía todo.

—Necesitas que te revisen eso, viejo amigo. Parece infectado —dijo Paul, limpiando la herida supurante antes de vendarla de nuevo.

—Lo haré, en cuanto esto termine.

—Vale, vale, descansa un poco. Yo seguiré trabajando con el diario.

Danny recostó la cabeza con la intención de levantarse después de una breve siesta. Cerró los ojos y cayó en un profundo sueño en segundos. Una hora después, Paul había fotografiado y escaneado una serie de documentos y páginas del diario en su ordenador. Los adjuntó en un correo electrónico y cogió el teléfono.

—Howard, soy Paul. El tema de nuestra conversación de ayer ha aparecido.

—¿En serio? Te debo otros diez. ¿Cómo está? —dijo con su perfecto acento inglés.

—Un poco magullado. Está durmiendo en este momento —dijo Paul, terminando el correo mientras hablaba.

—¿La ha encontrado ya?

—No, y por eso te llamo. Te estoy enviando un correo ahora. Contiene una docena de notas de entrega y fotografías de un diario perteneciente a los Volkov. Necesito que los revises y me encuentres uno que coincida con un lugar llamado la fábrica.

—¿Es ahí donde él está...? —dijo Howard, elevando el tono de su voz.

—Danny cree que es ahí donde la tiene retenida.

Hubo silencio en la línea.

—¿Sigues pensando que deberíamos dejarle continuar?

—Resuelve tu problema con los rusos, y no conozco a nadie mejor para recuperar a May —dijo Paul, tranquilo e inexpresivo.

—Hmm, vale, adelante. ¿Necesitas algo más? —dijo Howard dando su bendición.

—Sí, te estoy enviando una lista ahora. Lo necesito urgentemente antes de que despierte. Porque una vez que esté despierto no habrá quien lo detenga.

—Considéralo hecho. ¿Eso es todo? —preguntó Howard, leyendo los correos de Paul mientras hablaba.

—Una última cosa. Tus sospechas sobre el agente Cripp eran acertadas. Tengo aquí una lista de sobornos y manipulación de pruebas. También tengo a dos hombres vigilando a la DCI Swan. Volkov ha ordenado a Cripp que se deshaga de ella. Me gustaría tu aprobación para usar cualquier fuerza necesaria para mantenerla a salvo.

Howard volvió a quedarse en silencio mientras lo asimilaba.

—De acuerdo, siempre que no haya pérdida de vidas civiles. Haré que detengan a Cripp.

—Gracias, Howard —dijo Paul, dejando a un lado la información sobre Cripp.

—No, gracias a ti, Paul. Te veré en el club mañana. Trae toda la información contigo. Continuaremos desde ahí.

La línea se cortó dejando a Paul en la oficina semiooscura observando a su amigo dormir en el sofá.

CINCUENTA

Una vieja y destartalada furgoneta Ford Transit estaba aparcada en el lado opuesto de la calle, un poco apartada del minimercado. Tenía las puertas traseras hacia la farola, dejando la cabina envuelta en sombras. Curtis Fenn y Matthew West permanecían inmóviles en la oscuridad, entrenados y concentrados mientras vigilaban el piso de Nichola y la carretera de acceso. El teléfono de West vibró en su bolsillo. Tocó su auricular sin sacarlo. No quería que el brillo iluminara la cabina.

—Sí.

—Soy Paul. ¿Todo tranquilo?

—Sí, un BMW viejo con cuatro tíos dentro apareció hace unos cuarenta minutos. Estuvo allí cinco minutos y luego se marchó.

—¿Qué aspecto tenían?

—Matones, pandilleros callejeros; definitivamente no son profesionales.

—Vale, seguid atentos. El hombre de Whitehall os ha dado su bendición. Lo que sea necesario siempre que no resulten heridos civiles.

—De acuerdo, jefe. Supongo que volverán cuando cierre el minimercado. ¿Quién es el cliente? —preguntó West con curiosidad.

—Es uno de los buenos, Matt. Me salvó de que me cortaran la cabeza en Afganistán.

—Suficiente para mí, jefe —dijo West, terminando la llamada.

Permanecieron allí silenciosos e inmóviles en la oscuridad, finalmente viendo al Sr. Kapour apagar las luces y cerrar la tienda. Los minutos pasaron lentamente en la calle tranquila. El BMW regresó justo antes de la 1:00 de la madrugada.

—Ya era hora. Estaba a punto de morir de aburrimiento —dijo Fenn, sin apartar nunca los ojos del BMW.

Tres hombres salieron, cruzaron la calle y se pararon frente a la puerta que conducía a los pisos. Dejaron al conductor en el coche con el motor aún en marcha.

—En cuanto entren, te doy diez segundos para neutralizar al conductor y reunirte conmigo en la puerta —dijo West, comprobando el silenciador de su pistola.

—Entendido. En cualquier momento —dijo Fenn, abriendo la puerta una rendija, preparado. Nadie le vio mientras se deslizaba fuera, con la luz interior desactivada cuando robaron la furgoneta horas antes. Se acercó a la parte trasera del BMW rápido y agachado, ocultándose tras los coches aparcados que bordeaban la calle.



Los ojos de Nichola se abrieron de golpe, estaba completamente despierta antes de levantar la cabeza de la almohada. Solo había estado dormida un rato, con la advertencia de Danny sobre la amenaza de muerte de Yuri pesando en su mente. Había escuchado un sonido. No lo había oído conscientemente, pero sabía que la había despertado. Sentándose al borde de la cama, escuchó, intentando filtrar los sonidos normales del piso y acallar los latidos de su corazón. Allí estaba, el débil golpe y traqueteo de la cadena de la puerta de abajo siendo forzada. Cogiendo su táser reglamentario y la porra, Nichola se dirigió de puntillas al salón y se detuvo. Otro sonido, el crujido del escalón suelto cerca de la parte superior de la escalera. Intentó estabilizar sus manos temblorosas mientras se

movía por la cocina hacia la puerta de entrada. Oyó el crujido del escalón otra vez y de nuevo dos segundos después.

Tres personas. Mierda, son tres.

Su mente trabajaba a toda velocidad. La frágil cerradura Yale de su puerta principal no los detendría por mucho tiempo. Con los dientes apretados repasó sus opciones. Si los sorprendía en lo alto de las escaleras, quizás podría disparar el táser a uno y empujarlo sobre los otros mientras subían. Se dirigió al pasillo y oyó gente moviéndose fuera; intentaban ser silenciosos pero no lo conseguían del todo. Nichola respiraba pesadamente mientras se preparaba mentalmente para el ataque. Con su mano temblorosa apoyada en la cerradura, escuchó nuevos sonidos... débilmente resonando a través de la puerta: tintineos metálicos y golpes sordos. ¿Era eso... gente cayendo? Más movimiento ahora... Gruñidos bajos y pasos en las escaleras. Retrocedió confundida y aterrorizada. Se acurrucó en la esquina opuesta con su táser levantado en sus manos temblorosas. Luego nada. Ni un sonido, ni asesinos irrumpiendo por la puerta. Nada más que silencio. Los sonidos del piso volvieron a su tranquilo tic-tac.

Pasaron segundos. Pasaron minutos. Después de quince minutos completos, Nichola se acercó tentativamente a la puerta. La abrió lentamente para ver un rellano vacío. Avanzando sigilosamente, se asomó por la barandilla y miró hacia las escaleras. Un inquietante resplandor anaranjado de la farola exterior se colaba por la puerta principal abierta. Bajó lentamente las escaleras, sin querer exponerse encendiendo la luz. Esquivó sangre en la alfombra de la escalera; parecía alquitrán negro bajo el resplandor anaranjado. De pie en la planta baja, Nichola miró por la puerta abierta. La calle estaba desierta. Un viejo BMW estaba aparcado al otro lado, con la puerta del conductor abierta, una estela de humo vaporoso saliendo del tubo de escape mientras el motor seguía en marcha.

Como si algo la sacudiera a la acción, cerró de golpe la puerta principal y subió corriendo las escaleras hasta el piso. Corriendo al dormitorio, comenzó a vestirse y hacer una maleta lo más rápido posible, ansiosa por largarse de allí cuanto antes. En el segundo en que la puerta principal se cerró, la destartalada Ford Transit arrancó

y condujo lentamente, encendiendo los faros solo cuando Fenn giró a la izquierda, alejándose de la vista del piso de Nichola.

CINCUENTA Y UNO

Las imágenes de Ivan y Karl atacándole en la cocina de su madre despertaron a Danny de golpe, bañado en sudor frío. Respiró profundamente, alejando los fantasmas.

—Buenos días —dijo Paul, dirigiéndose a la pequeña cocina de la oficina.

—Joder, ¿qué hora es?

—Tranquilízate un momento, necesitas comer algo o no servirás de nada a nadie —dijo Paul entre tintineos fuera de vista.

—La fábrica. ¿Encontraste la dirección de la fábrica? —preguntó Danny, levantándose inestablemente del sofá. De repente se dio cuenta de que apenas había comido nada en dos días.

—Sí, la tengo, siéntate —dijo Paul, volviendo a la oficina con una gran taza de café y un plato repleto de pizza recién calentada en el microondas.

—Es todo lo que tengo, me temo. Pedí comida anoche pero pensé que era mejor dejarte dormir.

Paul se los entregó a Danny, quien devoró el plato a una velocidad récord. Sintiéndose renovado, se acercó al escritorio de Paul, bebiendo grandes sorbos de café caliente mientras caminaba.

—¿Qué tienes, Paul?

—Una antigua fábrica textil. Ha estado vacía desde finales de los sesenta. Una empresa fantasma de Croacia, propiedad de la familia

Volkov, la compró hace dos años.

—¿Qué es todo esto? —dijo Danny cogiendo unos planos del escritorio.

—Los planos originales del arquitecto, cortesía de la oficina de urbanismo de la Ciudad de Westminster.

—¿Qué? ¿Cómo demonios has conseguido todo esto en plena noche? —dijo Danny examinando los planos de cada planta.

—Digamos que tengo ciertos conocidos que comparten el interés de ver a los Volkov fuera de Londres. Desafortunadamente, por razones políticas no pueden verse implicados en su expulsión, lo que me lleva a algo que tengo aquí que puede interesarte —dijo Paul, señalando una gran bolsa de lona caqui apoyada en la esquina. Danny se levantó lentamente, con el dolor de su costado peor que la noche anterior. Gotas de sudor perlaban su frente.

—Deberías estar en el hospital —dijo Paul notando su dolor.

—Si sobrevivo a esto, será mi primera parada —dijo Danny en un pobre intento de humor.

Abrió la bolsa y una gran sonrisa se extendió por su rostro a pesar de su malestar.

—Creo que las probabilidades de esa cita médica acaban de aumentar un poco —dijo mientras sacaba un arma automática con silenciador y un chaleco antibalas. Hurgando más profundo, extrajo más equipamiento. Lo dispuso todo: granadas aturdidoras, munición, pistolas y cuchillos.

—Gracias, Paul. Te debo una.

—No, creo que con esto estamos en paz. Ahora ve y rescata a May.



Uno de los hombres de Harry entregó a Bob el sobre acolchado en la puerta. Temiendo su contenido, lo llevó al salón. Harry estaba sentado en un sillón, desaliñado y con los ojos enrojecidos, aún con la ropa de ayer. Sujetando un vaso de whisky en una mano y la botella vacía en la otra, miró a Bob y al sobre.

—Ábrelo ya, Bob.

Arrancando la parte superior, Bob hizo lo que Harry le pidió. Miró dentro para ver uno de los dedos meñiques de May y una nota. Sacó la nota y se la leyó a Harry.

—Trae el dinero al hangar número siete, Aeródromo de North Weald a las 14:00. Solo tú y Angel. Venid solos o le cortaré la cabeza a tu hija y te la enviaré por correo —Bob habló con calma, conteniendo días de ira y frustración lo mejor que pudo.

Harry le miró como un hombre destrozado. Sus ojos se centraron en el sobre mientras hablaba.

—¿La ha vuelto a lastimar? —dijo, con los ojos humedeciéndose. Bob asintió sombríamente.

—¿Está reunido el resto del dinero?

—Sí, Jimmy nos prestó los últimos 700.000 libras con el Dog como garantía.

—¿Has sabido algo de Danny? —preguntó Harry con un destello de esperanza.

—Aún no, pero todavía hay tiempo —dijo Bob, mirando su teléfono como si la mención fuera a hacerlo sonar.

—Si no sabemos de él en las próximas horas, tendremos que irnos.

—¿Quieres que reúna a los chicos, jefe?

—No, ese cabrón estará pendiente de eso. Si aparecemos en grupo matará a May antes de que nos acerquemos a un kilómetro de él —dijo Harry, su ira despertando algo de lucha en su interior una vez más—. Pero eso no nos impedirá ir bien armados. Consíguenos potencia de fuego seria, Bob. A la primera oportunidad, voy a borrar a ese ruso de la faz de la tierra. Me voy a duchar. Llama a Danny antes de que nos vayamos por si ha encontrado a May.

—Vale, jefe —dijo Bob, ya revisando su teléfono para conseguir las armas.

—Bob, sabes que no tienes que venir conmigo —dijo Harry con una mirada que decía que lo decía en serio.

—¿Y dejarte solo? Ni siquiera encontrarías el aeródromo —dijo Bob, esbozando una sonrisa burlona.

Harry le devolvió la sonrisa. No había nadie con quien prefiriese estar que con Bob. Se sentía mejor enfrentándose a esto de frente que continuar con el interminable dolor de los últimos días.

CINCUENTA Y DOS

Danny aparcó en una calle lateral frente a la vieja fábrica. Sacó del bolsillo la arrugada fotografía de su mujer e hijo y la sostuvo sobre el volante. Se quedó mirándola un rato antes de levantar la vista y concentrarse en la tarea que tenía por delante.

El edificio parecía abandonado y en ruinas. Habría dicho que Paul se había equivocado si no fuera por las relucientes cámaras de seguridad que cubrían la gran puerta corredera oxidada. A primera vista parecía corroída y en desuso, pero observando con más atención, se notaba que habían engrasado las ruedas y que el raíl brillaba por su uso frecuente.

No puedo entrar por ahí. Necesito encontrar otra forma. Sin que me detecten, en silencio.

Si le oían llegar, matarían a May o la usarían contra él. Al mirar hacia arriba, pudo ver a través de una de las ventanas del piso superior. La luz del sol entraba a raudales por una gran sección derrumbada del tejado.

Por ahí entraré.

Sus ojos volvieron a la fotografía. Sintió una punzada de culpabilidad al pensar en Nichola y en los locos últimos días. Era la primera vez desde la muerte de su familia que no pensaba en ellos cada segundo del día. Volvió a meter la foto en el bolsillo, su rostro

se endureció y sus ojos se centraron, el interruptor emocional apagándose en su cabeza mientras se preparaba para la batalla.

Detrás de la fábrica había un edificio de oficinas, convertido a partir de una construcción similar y adosado a su pared trasera. Su entrada estaba en el extremo opuesto de la fábrica, doblando la esquina en Canning Road. Danny se dirigió hacia la recepción, con gotas de sudor en la frente por llevar una gran chaqueta de lona que ocultaba su arsenal de armas y equipo. Sabía que quizás no ganaría, pero no iba a caer sin luchar.

De pie frente al edificio de oficinas, esperó hasta que entró un grupo de personas. Mientras estaban ocupados hablando con la joven de recepción, entró y se escabulló, dirigiéndose hacia las escaleras. La mayoría de la gente usaba el ascensor, así que la escalera estaba vacía. Subiendo de tres en tres hasta la última planta, echó un vistazo alrededor y subió el último tramo hasta una puerta cerrada que conducía a la azotea. Intentó abrirla con el hombro, pero resistió. Miró hacia la escalera vacía mientras abría la cremallera de su chaqueta. Sacando su Glock con silenciador, disparó tres veces, destrozando la madera alrededor de la cerradura. La puerta se abrió con un simple empujón.

Al llegar al borde de la azotea miró hacia abajo. Solo había un salto de dos metros hasta el tejado de la fábrica. En el centro podía ver la sección hundida con un agujero. Girándose, Danny volvió a bajar hasta la cuarta planta. Esperó en la escalera, observando a través de las puertas cortafuegos, hasta que todos los trabajadores salieron del pasillo y entraron en el ascensor. Cuando estuvo despejado, abrió la puerta roja de emergencia de la manguera contra incendios. La desenganchó del carrete, la cortó con su cuchillo comando y volvió a subir a la azotea. Quitándose la chaqueta, lanzó la manguera al tejado de la fábrica, se cruzó la Uzi con silenciador a la espalda y saltó. Aterrizó pesadamente debido al peso del equipo, agravando el dolor de su costado. Al ponerse de pie tuvo que estabilizarse cuando sintió que su cabeza daba vueltas. La sensación pasó en un instante, pero le indicó que la infección en su costado estaba empeorando. Aguantando el dolor, se movió hacia el

agujero del centro, gateando los últimos metros para asomarse al desierto segundo piso.

El techo crujió un poco cerca de la abertura, pero parecía lo bastante sólido como para soportar su peso. Atando el extremo de la manguera alrededor de una viga expuesta, se deslizó hasta el segundo piso. Los escombros del derrumbe del techo habían abierto un agujero que llegaba hasta la planta baja. Enrollándose la manguera alrededor de la pierna, se bajó boca abajo a través del agujero, lo justo para comprobar que la primera planta estaba vacía. Empezaba a pensar que realmente se había equivocado de lugar mientras se deslizaba hasta la primera planta. Al aterrizar con los pies en el borde del agujero, desprendió algunos escombros sueltos que cayeron hasta la planta baja, provocando un fuerte estruendo al aterrizar. Danny se apartó con la manguera del agujero justo cuando empezaron a oírse gritos y voces desde abajo. Pisando con cuidado, retrocedió buscando otra forma de bajar.

—Nah, no es nada. Solo más porquerías que caen del techo —se oyó una voz desde la planta baja.

—Vale, déjalo. Yuri estará aquí pronto para llevarse a la chica.

Danny se detuvo y giró la cabeza al oír mencionar a May. Recordando los planos del edificio, se dirigió a una escalera en la esquina más alejada. Esta llevaba hasta un pequeño sótano, que tenía que ser donde mantenían a May. Mirando por encima de la barandilla, podía ver el sótano abajo. No vio a nadie en las escaleras así que bajó, un tramo cada vez. Se agachó para mirar por debajo del arco de la puerta hacia la planta baja. Tres guardias armados estaban de espaldas a él. Hablaban y fumaban, relajados y sin percatarse de su presencia. Con el cuchillo en una mano y el dedo en el gatillo de la Uzi en la otra, bajó las escaleras sigilosamente, un paso suave tras otro. Observó a dos hombres más armados junto a la puerta corredera en el lado opuesto mientras pasaba ante ellos, descendiendo silenciosamente hacia el sótano.

CINCUENTA Y TRES

Al pie de las escaleras, el sótano se abría a una sala de diez por diez metros que Danny había visto en los planos. Se le cayó el alma a los pies al ver la habitación vacía. Esa sensación fue rápidamente apartada por la visión de una puerta metálica corredera que no aparecía en los planos. Se acercó a ella, sorprendido al verla deslizarse ante sus ojos. Mirándole con la misma sorpresa estaba Pasha. Hizo ademán de levantar su arma y abrir la boca al mismo tiempo. Danny reaccionó deprisa, tapándole la boca a Pasha y apuñalándole entre las costillas hasta el corazón. Agarrándose débilmente a los brazos de Danny, Pasha le miró con ojos aterrados, sus piernas empezando ya a fallarle. Danny le sujetó mientras caía, su mano aún firmemente sobre su boca. Pasha convulsionó y se estremeció antes de morir segundos después de tocar el suelo. Danny levantó la mirada, agradecido de que nadie se hubiera dado cuenta, y sorprendido por el amplio sótano brillantemente iluminado que se extendía frente a él. Varias habitaciones salían del gran pasillo en todas direcciones. Agarrando a Pasha por debajo de los brazos, lo arrastró hasta el hueco bajo las escaleras y lo dejó fuera de la vista. Entrando en el sótano que no aparecía en los planos, deslizó la puerta metálica cerrándola tras él. Su mano temblaba ligeramente al soltar la manilla, y sentía frío a pesar de estar sudando profusamente.

Contrólate, Danny.

Avanzó, pegado a la pared, y echó un vistazo rápido a través del cristal de la primera puerta. Había mujeres trabajando en líneas de producción, cortando y embolsando drogas mientras dos hombres armados las vigilaban. Danny pasó a la siguiente habitación. Esta estaba vacía y organizada como un dormitorio de prisión para las trabajadoras. No se detuvo en eso, simplemente pasó por delante de almacenes y una cocina hasta la última puerta. Retirando el gran cerrojo, la abrió. En la penumbra pudo ver a alguien en una cama en la esquina. Había dado un par de pasos dentro de la habitación cuando sintió que alguien se le acercaba desde un lado. Tenía la pistola levantada y el dedo apretando ya el gatillo cuando sus ojos se encontraron con los de Ana.

—Eres tú. Te esperé, pero no viniste —dijo ella, bajando la silla que sostenía por encima de su cabeza.

—Bueno, ya estoy aquí —respondió Danny, acercándose a la figura en la cama.

—May, soy Danny —dijo, apartándole el pelo para que pudiera verlo. Sus pupilas estaban grandes y dilatadas. Murmuró para sí misma antes de que un destello de reconocimiento iluminara su rostro.

—Danny, dijeron que estabas muerto. ¿Estoy muerta? —balbuceó.

—La mantienen drogada para que esté callada, por el dolor de sus manos, ya sabes —dijo Ana, señalando sus dedos vendados—. Me traen aquí para cuidarla.

—Ayúdame con ella, Ana, y os sacaré a las dos de aquí.

—Danny, ¿vamos a casa? —dijo May, luchando por enfocar la vista.

—Sí, May, vamos a casa.

Se dirigió a la puerta y comprobó el pasillo. Seguía despejado. Con el brazo alrededor de May, Ana le siguió. Danny sacó una de sus pistolas de la funda, metió una bala en la recámara y quitó el seguro. Se la entregó a Ana, que la aceptó sin dudarlo.

—Si alguien viene a por nosotros, dispara al pecho. No pienses, solo dispara, ¿vale?

Ana tenía una mirada decidida en su rostro mientras asentía y le seguía. Pasaron agachados bajo la puerta con ventana que daba a la línea de producción y llegaron a la puerta metálica de salida. La deslizó un par de metros, solo para ver a Yuri y Adrik con dos guardias bajando los últimos escalones. Danny apenas logró empujar a todos detrás de la puerta, cerrándola mientras una lluvia de balas pasaba silbando por el hueco que se cerraba e impactaba en la parte posterior de la puerta. Abolladuras como medias pelotas de ping-pong salpicaban a su alrededor. Afortunadamente, el metal era lo suficientemente grueso para impedir que las atravesaran. El tiroteo cesó y, por encima del pitido en sus oídos, Danny podía oír a Yuri fuera de sí al otro lado.

—Matadle, matadlos a todos. Adrik, ven conmigo, vamos a encontrar a Knight y a matarle.

—¡Echaos atrás ahora! —gritó Danny a May y Ana cuando un guardia salió corriendo de la sala de producción detrás de ellos, con su arma moviéndose salvajemente. Ya alineado, Danny disparó dos veces a través del pequeño espacio entre las cabezas de May y Ana. El desplazamiento del aire movió su pelo cuando las balas pasaron. En su trayectoria, alcanzaron la cabeza del guardia justo en el centro, arrancando la parte posterior en una nube de neblina roja. Danny ya se estaba moviendo antes de que tocara el suelo. Giró la cabeza para echar un vistazo rápido a la habitación. Al ver al otro guardia apuntándole con el cañón de un AK-47, se apartó igual de rápido. La habitación estalló en un ensordecedor fuego automático. Podía oír los escalofriantes gritos de las trabajadoras abatidas en el fuego. Respirando lentamente se mantuvo calmado y esperó, sintiendo las vibraciones en su espalda mientras las balas se enterraban en la mampostería al otro lado. Oyó un chasquido cuando el cargador se vació y los disparos cesaron. Dejándose caer de lado, disparó tres veces a través de la puerta al centro del cuerpo del guardia, lanzándolo hacia atrás mientras intentaba frenéticamente cargar un nuevo cargador en su AK-47.

—Rápido, entrad aquí antes de que atraviesen la puerta —le dijo a Ana.

Podía sentir el teléfono vibrando en su bolsillo mientras Ana y May entraban en la habitación detrás de él. Danny se alegró de ver a May más alerta mientras empezaba a salir de su aturdimiento por las drogas. Protegiéndose en el umbral, Danny se arrodilló y cubrió la puerta metálica mientras elaboraba un plan para sacarlas de allí.

CINCUENTA Y CUATRO

—¿Alguna respuesta de Danny? —dijo Bob a Harry mientras colocaba el teléfono de nuevo en su base.

—No, quizá los rusos le han pillado, no lo sé. Se nos ha acabado el tiempo, así que supongo que vamos —respondió Harry, comprobando su pistola antes de guardarla en la funda de hombro.

Se puso la chaqueta del traje y se ajustó la corbata frente al espejo.

No voy a dejar que ese cabrón ruso piense que me ha doblegado.

Cogió una escopeta de corredera de la mesa de café y pasó junto a Bob hacia la puerta principal.

—Nos vamos ya, Bob. Tengo que ir a un sitio primero.

Bob levantó la mirada pero no le cuestionó. Había estado junto a Harry en las buenas y en las malas. Muchos enemigos les habían desafiado a lo largo de las décadas, desde el IRA hasta las bandas jamaicanas de los Yardies o los gemelos Kray. Y ahora los rusos. Bob había asumido que quizá no volverían de esta. Miró el fusil de asalto M16 que llevaba en la mano, respiró hondo y se dio la vuelta lentamente, siguiendo a Harry hasta el coche.

CINCUENTA Y CINCO

La puerta metálica se desplazó unos centímetros. Danny soltó una rápida ráfaga de fuego automático. Entre el ensordecedor fuego de respuesta, oyó a los guardias escabullirse escaleras arriba.

Tengo que controlar esto, y rápido.

Se puso en pie para comprobar el estado de May, pero inmediatamente volvió a caer de rodillas. La cabeza le daba vueltas de nuevo y el dolor en el costado era insoportable. Respirando profundamente, logró llegar hasta una mesa. May estaba mucho más lúcida ahora y tenía una expresión de preocupación en el rostro; la destrucción y el derramamiento de sangre en la habitación detrás de ella subrayaban la necesidad de actuar de Danny. Al mirar hacia abajo, vio cocaína esparcida por toda la mesa, procedente de bolsas acribilladas. Danny se agachó y esnifó un montón. Un subidón instantáneo recorrió su cuerpo, aclarando su mente y enmascarando el dolor de su costado.

—Esperad aquí hasta que vuelva. Si baja alguien que no sea yo por esas escaleras, disparad, ¿de acuerdo?

Ana asintió, pero May parecía aterrorizada.

—No nos dejes, Danny, por favor —dijo temblando.

Danny la agarró por los brazos y la miró directamente a los ojos.

—Confías en mí, ¿verdad? Volveré enseguida —dijo. Sin soltarla, asintió con la cabeza. Finalmente, ella asintió también y él la soltó.

Cargó su Uzi, se lo dio a Ana y recuperó la pistola Glock. Quitó los silenciadores de ambas armas, comprobó una y se la colocó en la funda. Después, se quitó el cinturón de equipo; necesitaba moverse rápido. Sacó una granada aturdidora y se dirigió a la puerta metálica. Deslizándose por el hueco, Danny se acercó a las escaleras. No se aproximó demasiado; sabía que estarían esperando en la escalera encima de él. Quitó el seguro, lanzó la granada aturdidora escaleras arriba y se protegió tras la pared, cerrando los ojos y tapándose los oídos con los dedos. La explosión de luz y sonido en el espacio confinado fue devastadora, cegadora y desorientadora para los guardias de arriba. Danny ya estaba en movimiento cuando la luz se apagó, con un arma en cada mano mientras subía corriendo las escaleras. Abatió a dos guardias cegados mientras corría hacia la planta baja.

Una ráfaga de disparos desde algún lugar más atrás salpicó la pared por encima de su cabeza, duchándolo con trozos de yeso. Danny continuó subiendo con fuerza, disparando a otro de los hombres de Volkov que tropezaba desorientado. Vació ambos cargadores hacia la parte delantera de la fábrica para mantenerlos agachados. En lugar de avanzar hacia ellos, subió a toda velocidad las escaleras hasta el primer piso, recargando las Glocks mientras subía. Ignorando el dolor de su costado e impulsado por la adrenalina y la cocaína, enfundó una de las armas y corrió a toda velocidad por el piso. Agarrando la manguera que colgaba del techo, saltó por el agujero del suelo. La manguera se tensó antes de que tocara el suelo, balanceándolo en un arco por la planta baja. Danny apuntó a los dos guardias de la puerta, que seguían apuntando hacia las escaleras. Derribó a uno con dos disparos en el pecho, y luego disparó al otro cuando este se dio la vuelta sorprendido.

Su balanceo se detuvo bruscamente cuando se estrelló contra un montón de palés viejos. Permaneció allí tendido, respirando pesadamente, con ambas armas fijas frente a él durante lo que pareció una eternidad. Nadie se movió; ningún disparo llegó en su dirección. Finalmente se incorporó con esfuerzo y cojeó hacia las escaleras. Recordando el teléfono vibrando en su bolsillo, lo sacó y echó un vistazo. La casa de Harry aparecía en el registro de

llamadas perdidas. Devolvió la llamada, ansioso por decirle a Harry que había recuperado a May sana y salva.

—Diga —respondió la voz áspera de Ron.

—Ron, soy Danny. ¿Puedo hablar con Harry?

—No, se ha ido con Bob a reunirse con ese cabrón ruso para el intercambio.

—Mierda, mierda. Tengo a May. Está a salvo. ¿Adónde han ido, Ron? Tenemos que detenerlos. Yuri va a matarlos a los dos —dijo Danny, con la mente acelerada.

—Joder, no lo sé. Bob no quiso decírnoslo. Dijo que no quería que ninguno de nosotros los siguiera.

—Vale, vale, joder, tengo que irme —dijo Danny, intentando pensar.

—Danny, espera. Les oí mencionar algo sobre un aeródromo a las dos en punto.

—Vale, gracias.

Danny colgó y regresó con May y Ana. Cuando volvieron a subir a la planta baja, pudo oír el sonido de sirenas acercándose en la distancia. Se volvió hacia May y Ana.

—Estarás bien ahora, May, la policía llegará en un minuto. Tengo que ir a ayudar a tu padre.

May asintió, pero Ana parecía asustada. Esta vez fue el turno de May de consolarla mientras Danny se marchaba. Corrió escaleras arriba saltando tres o cuatro peldaños a la vez, hasta llegar al piso superior.

Mientras los agentes armados irrumpían en el edificio a través de la gran puerta metálica, las piernas de Danny desaparecían por el tejado. Encontró su chaqueta y se la puso, ocultando sus armas nuevamente. Unos minutos más tarde, caminaba tranquilamente fuera de la recepción y salía a la calle por detrás de un mar de policías y luces parpadeantes. Mientras se dirigía al coche, echó un vistazo a la fábrica. Pudo ver a May y a Ana con mantas térmicas alrededor, siendo conducidas a una ambulancia. Las perdió de vista cuando pasaron detrás de un grupo de policías armados. Cuando volvieron a entrar en su campo de visión, sonrió al ver a la inspectora jefe Nichola Swan subir a la ambulancia junto a ellas.

CINCUENTA Y SEIS

Bob se recostó en el banco. El sol brillaba a través del camino arbolado que atravesaba el cementerio. Los árboles estaban llenos de pájaros jóvenes llamando a sus madres, todo ese ruido y aleteo llenando el cementerio con un contraste de vida. Observó a Harry en la distancia mientras colocaba flores en el jarrón sobre la tumba de su esposa. Contempló la posibilidad de que él, May y Harry pudieran acabar todos aquí antes de que terminara el día.

Habría sido agradable tener una esposa e hijos, alguien que le recordara con cariño, que llorara su pérdida, que llevara su apellido.

Observó a Harry moviéndose entre las filas de lápidas. Hizo su segunda visita a la tumba de su hermana Maureen. Se arrodilló y quitó cuidadosamente algunas flores muertas y hojas antes de reemplazarlas con el segundo ramo que había traído consigo. Bob podía ver a Harry hablando con Maureen; no se detuvo a pensar en lo que podría estar diciéndole. Finalmente, Harry regresó hacia Bob y se sentó a su lado.

—¿Estás listo para esto, Bob?

—Tan listo como puedo estar.

—Pues será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Harry poniéndose de pie.

Bob siguió a Harry fuera del cementerio donde los dos amigos caminaron uno al lado del otro en silencio, dirigiéndose hacia el coche. Entraron, aún sumidos en sus propios pensamientos, antes de alejarse conduciendo hacia un destino desconocido.

CINCUENTA Y SIETE

Al alejarse de la fábrica, los niveles de adrenalina de Danny descendieron y su frustración y dolor aumentaron. Tras aparcar a una distancia segura, se quedó sentado en el coche, agarrando el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

Piensa, piensa, ¿cómo averiguo adónde van?

Solo se le ocurrió una idea. No tenía otra opción más que seguirla. Agarró el teléfono y llamó a Scott.

—Daniel, colega. ¿Dónde demonios te habías metido?

—No hay tiempo para explicaciones, Scott. El tiempo es oro, así que necesito que me escuches.

—Soy todo oídos, viejo amigo, dispara —dijo Scott, intrigado.

—¿Sigues teniendo acceso a las cámaras de seguridad de Silk & Lace? —dijo mientras se levantaba la camisa para ver una mancha amarillo-rojiza empapando los vendajes sobre su herida de cuchillo.

—Por supuesto, es mejor que la tele.

—¿Está Dimitri allí ahora?

—Desde luego que sí, recibió una llamada hace unos veinte minutos. Le ha puesto nerviosísimo; ha estado empaquetando cosas y triturando documentos. Parece que está cubriendo sus huellas o a punto de darse a la fuga —dijo Scott, activando la cámara principal de la oficina para echar un vistazo más de cerca.

—Gracias, Scott, eres un maldito crack —dijo, colgando y arrancando el coche antes de que Scott tuviera tiempo de responder.

Yuri debe haber llamado a Dimitri después de verme en la fábrica.

Hizo una rápida comprobación en busca de vehículos policiales y luego pisó el acelerador, forzando la velocidad tanto como se atrevió en las calles estrechas y concurridas de la capital. Solo estaba a unos pocos kilómetros de Silk & Lace, pero aun así tardó unos frustrantes diez minutos en llegar. Sin plazas de aparcamiento cerca del club, Danny dejó el coche en una línea amarilla doble y cruzó hacia la puerta de entrada. El club estaba cerrado y la puerta con llave. Danny golpeó el cristal continuamente hasta que un portero de aspecto enfadado, con músculos abultados y sin cuello, apareció en el vestíbulo.

—¿Qué querer? —gritó a través del cristal con un fuerte acento ruso.

—Me envía Yuri, necesito entrar. Tengo un mensaje para Dimitri —dijo Danny, haciendo lo posible por parecer molesto e impaciente.

—Usted esperar aquí, yo llamar a él.

—Mira, si no me dejas entrar, Yuri se va a poner como una puta fiera. Así que deja de tocarme los cojones y abre la jodida puerta.

El portero miró fijamente a Danny, con los engranajes de su cerebro girando, buscando la decisión correcta. Finalmente se dirigió a la puerta y tiró de los cerrojos deslizantes en la parte superior e inferior. En el segundo en que abrió la puerta, Danny le propinó un gancho de derecha en el lateral de la cara. Aparte de dar medio paso atrás, el tipo apenas se movió. El brazo de Danny se sacudió contra su barbilla como si acabara de golpear una pared de ladrillos.

La mano del portero agarró la chaqueta de Danny y lo arrastró al vestíbulo con tal fuerza que se estrelló contra la pared de enfrente. Le habría disparado, pero su chaqueta seguía cerrada con la cremallera, y el portero se le acercaba rápidamente. Danny se arrodilló y le golpeó con todas sus fuerzas en los testículos. En lugar de derribarlo, esto solo pareció enfurecer más al adicto a los esteroides. Le sujetó el cuello con ambas manos y lo levantó del suelo. Danny intentó golpearle en el costado sin éxito. La cabeza le

daba vueltas y sentía como si los ojos se le fueran a salir de las órbitas. Descargó puñetazos en la cara del portero, todavía sin conseguir que le soltara.

Mientras perdía la conciencia, Danny sintió que su pierna golpeaba contra algo duro. Estirándose hacia abajo, agarró la parte superior de un extintor y lo sacó de su soporte. Lo estrelló contra el lado de la cabeza del portero con todas sus fuerzas. El golpe le giró la cabeza bruscamente hacia un lado, haciéndole por fin soltar su agarre. Tosiendo y aspirando aire a bocanadas, Danny blandió el extintor contra el portero que aún seguía de pie. El golpe le alcanzó con fuerza en la sien opuesta. Esta vez todo su cuerpo se tambaleó hacia un lado con el impacto. Con la agresividad desatada, Danny clavó la base del extintor metálico en el centro de la cara aturdida del portero. El golpe le hizo caer hacia atrás a cámara lenta, como un árbol talado en el suelo del bosque. Danny le golpeó unas cuantas veces más, solo para asegurarse de que no se levantaría en un buen rato. Incorporándose, arrojó el extintor al suelo y se quitó la chaqueta. Sacando la Glock de su funda, empujó la puerta interior del vestíbulo y entró.

CINCUENTA Y OCHO

La luz era tenue dentro del club cerrado. Todo estaba en silencio salvo por el zumbido del aire acondicionado y las neveras detrás de la barra. Avanzó por la parte delantera, con el escenario al otro lado. Su atención estaba puesta en la puerta privada que conducía a la oficina. Percibió que alguien salía de detrás del escenario. Un destello en su visión periférica le dio apenas el tiempo suficiente para girarse y lanzarse por encima de la barra. Mientras caía de espaldas, uno de los hombres de Yuri roció la zona con fuego automático. Cesó durante un par de segundos antes de desgarrar la parte trasera de la barra, cubriendo a Danny con una cascada de licor y cristales. En el segundo en que cesó la ráfaga, Danny se incorporó. Soltó dos breves ráfagas de fuego en la dirección en la que había visto al hombre por primera vez. Este tipo era bueno: se había movido a una posición defensiva entre los reservados. Danny apenas logró agachar la cabeza antes de que otra andanada de balas al rojo vivo pasara zumbando junto a él. Estaban tan cerca de su cabeza que podía sentir el calor de los proyectiles al pasar.



Paralizado en su sitio, Dimitri miraba fijamente el monitor de CCTV en la oficina. Como si le hubiera alcanzado un rayo, dejó caer los papeles que tenía en las manos y se dirigió al teléfono.

—Yuri, está aquí abajo, disparando por todas partes —dijo Dimitri en un nervioso torrente de palabras.

—Deja de lloriquear, Dimitri. ¿Quién está ahí? —dijo Yuri, con clara irritación en su voz.

—El jodido sobrino, Danny Pearson, ese que dijiste que tus hombres habían atrapado en el sótano de la fábrica.

—¿Me estás faltando al respeto, primo? Viktor y yo hemos asumido todos los riesgos durante años mientras tú te sentabas de culo haciéndote muy rico a costa nuestra. Eres un Volkov, Dimitri. Compórtate como tal y ocúpate de ello.

Yuri colgó el teléfono sin esperar respuesta, dejando a Dimitri corriendo hacia el escritorio. Presionó un pequeño pestillo debajo de este, liberando un compartimento secreto. Dimitri sacó una pistola y un cargador que la policía no había encontrado. Con nerviosismo deslizó el cargador mientras los disparos seguían resonando abajo.



El arma de Danny hizo clic al quedarse sin balas mientras se abría paso hacia la puerta de la cocina. La tiró y sacó la otra de su funda.

—Mikhail, entra por la cocina. Lo tenemos atrapado —gritó el tipo que le tenía acorralado desde el escenario.

Mierda, si no me muevo, estoy muerto.

Agarrando una botella grande de whisky, Danny rompió el cuello e introdujo un trapo de cocina. Encontrando un mechero junto a un bote de bengalas para cócteles, encendió el trapo. Disparando un par de veces obligó al hombre a agachar la cabeza. Al mismo tiempo, se levantó con el brazo ya extendido, apuntando al tipo escondido detrás de los reservados. Lanzó la botella, viéndola volar a cámara lenta. Cayó, rompiéndose en el suelo a los pies del tirador. El whisky vaporizado lo envolvió en una bola de fuego. Sus gritos

atravesaron el club mientras daba unos pasos tambaleantes antes de desplomarse sobre las cortinas del escenario.

Para entonces Danny ya había saltado la barra y estaba atravesando las puertas principales de la cocina. Esperaba sorprender a Mikhail mientras este se dirigía a la puerta del bar. El plan no funcionó. Mikhail abrió fuego con su AK-47 cuando Danny entró, obligándole a lanzarse detrás de una mesa de trabajo de acero inoxidable. Con su brazo armado extendido por el hueco bajo la pesada unidad de acero, Danny le disparó a Mikhail en el pie. Una retahíla de obscenidades rusas salió gritando de Mikhail mientras caía hacia atrás, fuera de la vista, en un pequeño hueco cerca de la puerta del bar. Aprovechando la ventaja, Danny volvió al club. El humo aumentaba y el fuego se había extendido por las cortinas del escenario. Apoyando la espalda en la pared a un lado de la puerta privada, usó el talón para abrirla de un golpe. Una lluvia de balas atravesó el umbral abierto, deteniéndose solo cuando la pesada puerta cortafuegos se cerró.

Esto realmente está empezando a cabrearme.

Sujetándose el costado, Danny apretó los dientes y corrió a través del humo, saltando por encima de la barra. Sin perder impulso, corrió hacia la puerta de la cocina. Disparando una línea de tiros a través de ella desde la cintura hasta la altura de la cabeza, la pateó con fuerza, enviando el cuerpo caído de Mikhail volando. Pisó su espalda mientras avanzaba, escuchando un sonido gorjeante y sibilante que salía de los agujeros de bala en su pecho. Al divisar algo mientras se dirigía a la puerta trasera, lo agarró y siguió su camino. Se alegró de ver que el patio estaba vacío y se detuvo un minuto, con la mano apoyada en el Ferrari rojo de Viktor. Comenzó a temblar incontrolablemente antes de vomitar. La infección era mucho peor. Si no llegaba pronto a un hospital, podría matarle. Sacudiendo la cabeza, dejó que su ira aumentara hasta ocupar el lugar del dolor. Inclinando la cabeza, miró fijamente hacia la ventana de la oficina, con el rostro endurecido, los ojos ardientes y los dientes apretados.

CINCUENTA Y NUEVE

—¿Le has dado, Pyotr? —gritó Dimitri a su hombre que cubría las escaleras.

—No lo sé. Creo que sí, se ha quedado todo en silencio.

—Pues ve y compruébalo, joder, imbécil —le gritó Dimitri, con la cara enrojecida.

—Vale, vale —dijo Pyotr mientras bajaba las escaleras.

—Y averigua de dónde viene ese humo.

Dimitri retrocedió hacia el despacho. Llevaba la pistola en su temblorosa mano, cubriendo la puerta mientras se movía. Se detuvo cuando chocó contra la esquina del escritorio, estremeciéndose un poco por la brisa que entraba por la ventana abierta. De repente le vino un pensamiento a la cabeza: él no había abierto la ventana. El cañón del arma de Danny se apoyó en la parte posterior de su cuello.

—¿Dónde se va a encontrar Yuri con Harry? —preguntó Danny, estirando el brazo para quitarle la pistola de la mano a Dimitri.

—Que te jodan, capullo —dijo Dimitri, con las palabras de Yuri, «*Eres un Volkov, compórtate como tal*», resonando en sus oídos.

—Pon las manos planas sobre el escritorio —dijo Danny, presionando el arma con más fuerza en la nuca de Dimitri.

Dimitri hizo lo que le ordenaron con una mueca de desafío en su rostro.

—Bien, vamos a intentarlo otra vez. ¿Dónde se va a encontrar Yuri con Harry?

—Que te jodan, no me das mie...

Sus palabras fueron interrumpidas por el fuerte golpe de metal contra madera. Unos segundos después, su cerebro procesó lo que sus ojos estaban viendo. Se llevó la mano al cuerpo, acunándola mientras miraba fijamente la reluciente cuchilla de carnicero clavada en el escritorio con tres de sus dedos reposando al otro lado.

—Esto es por May. Última oportunidad. Vuélveme a tocar las narices y empezaré a cortar trozos más grandes. ¿Dónde se va a encontrar Yuri con Harry?

Danny se colocó frente a él, empujando su pistola bajo su barbilla. Miró fijamente la cara conmocionada de Dimitri, con ojos fríos y vengativos.

—Yuri se va a encontrar con ellos en el hangar siete, en el aeródromo de North Weald.

—¿Cuándo?

—A las dos de la tarde —dijo Dimitri, con la cara blanca como el papel mientras la sangre fluía por su brazo y goteaba desde el codo.

—Dimitri, ¿dónde estás? Tenemos que salir de aquí. YA. El fuego de abajo está fuera de control —dijo Pyotr volviendo a subir las escaleras corriendo.

Abrió de golpe la puerta de la oficina, deteniéndose en seco al ver a Danny. Se escondió tras el marco de la puerta, mirando a través de la mira de su AK-47, intentando conseguir un tiro limpio más allá de Dimitri. Danny se movió detrás de Dimitri. Agarrando la cuchilla de carnicero, la lanzó con suavidad hacia su objetivo. Giró punta sobre mango, cortando un brillante camino a través del aire. Terminó con un golpe escalofriante al clavarse en el centro de la frente de Pyotr. Se quedó bizco mirándola con incredulidad. Mientras se desplomaba lentamente hacia delante, quedó apoyado contra el marco de la puerta. Aunque estaba muerto, su sistema nervioso, aún temblando, mantuvo su dedo en el gatillo. Con el arma en modo completamente automático, vació su cargador en segundos. Las balas atravesaron la habitación y rebotaron en todas direcciones.

Cuando todo terminó, Danny tuvo que revisarse a sí mismo, asombrado de no haber recibido ningún impacto. Dimitri, sin embargo, cayó de rodillas frente a él. Las balas le habían alcanzado en el pecho y la garganta. Sus ojos miraron a Danny, abiertos de par en par con miedo. Incapaz de hablar, cayó al suelo, formándose un charco espeso y pegajoso de sangre que se extendía frente a él.

Danny se acercó a la ventana para ver una caravana de coches de policía, camiones de bomberos y ambulancias llegando por el frente. Corrió hacia la ventana trasera, satisfecho al ver que no había nadie en el patio, solo el Ferrari rojo aparcado abajo. Pensando rápidamente, registró los bolsillos de Dimitri y encontró las llaves del coche. Dirigiéndose a la ventana, bajó por la escalera de incendios saltando un tramo cada vez. Sin perder tiempo, arrancó el Ferrari y salió por el arco, justo detrás de los vehículos de emergencia. Se alejó conduciendo mientras observaba a la policía y los bomberos arrastrando mangueras hacia el club por el retrovisor.

SESENTA

Al girar el Mercedes negro hacia el pequeño aeródromo privado, Adrik atravesó la barrera levantada y pasó junto al guardia de seguridad. El guardia les echó una mirada rutinaria por encima de su periódico, siguiéndoles con la vista para ver adónde se dirigían. Una vez satisfecha su curiosidad, volvió a alzar el periódico y se recostó en su asiento de la garita de seguridad. Adrik continuó más allá de un edificio de oficinas vacío construido durante la Segunda Guerra Mundial que ahora solo se utilizaba para algún curso de formación ocasional. Siguió avanzando junto a filas de pequeñas aeronaves aparcadas hacia los hangares más grandes. Se detuvieron detrás de un pequeño jet ejecutivo junto a la puerta semiabierta del hangar siete.



Sergei Poltz les había estado observando desde el momento en que entraron en el aeródromo. El exsoldado de las Fuerzas Especiales parecía relajado con las manos detrás de la espalda. Las había metido bajo su chaqueta, agarrando las culatas de dos Glock 17, enfundadas espalda contra espalda justo por encima de su cinturón. Detrás de él estaban los reluctantes Trevor Bailey y Lenard Timms.

Adrik les había localizado después del arresto de Dimitri. Les dijo que tenían una oportunidad para redimirse o mataría a sus familias lentamente mientras ellos observaban, para luego matarlos a ellos. Sonriendo, Adrik se acercó y abrazó a su viejo colega.

—Sergei, me alegro de verte, hermano —dijo Adrik, mientras su rostro se transformaba en una mueca aterradora al acercarse a Trevor y Lenard. Los habría matado, pero Danny Pearson le estaba causando un grave problema de personal, así que los necesitaba.

Al salir del coche, Yuri no les prestó atención. Cogió una gran bolsa de lona del maletero y pasó junto al hangar hacia el jet ejecutivo cercano. Golpeó en el lateral y esperó un segundo a que se abriera la puerta. Esta se desplegó convirtiéndose en una escalera y el piloto le hizo un gesto para que entrara.

—¿Estás bien, Yuri? Estaba a punto de salir para la recogida en Ámsterdam cuando llamaste.

—Nada de lo que debas preocuparte. Ábrelo —dijo Yuri, ignorando la pregunta.

El piloto pulsó los botones de llamada en una secuencia determinada y un lujoso asiento de pasajero de cuero se elevó al sonido de servomotores y se deslizó hacia atrás. Dejó al descubierto un profundo escondite. Yuri utilizaba varios aviones como este para introducir drogas en pequeños aeródromos. Abrió la cremallera de la bolsa de lona e hizo una rápida comprobación de los billetes usados de cincuenta libras que llenaban su interior. Volvió a cerrarla, la guardó en el hueco y lo cerró de nuevo.

—Prepara el avión, Eli, tengo que ocuparme de algo dentro de media hora. Luego Adrik, Sergei y yo necesitaremos ir al aeródromo en Ucrania. Tengo transporte esperando allí para llevarnos a Rusia.

—Vale, sin problema. Ya estoy repostado y listo para partir.

—Bien —dijo Yuri saliendo del avión.

Se giró en el último escalón y miró a Eli.

—Pase lo que pase, oigas lo que oigas, estate listo para partir, ¿entiendes, Eli?

Eli asintió antes de desaparecer en la cabina para hacer sus comprobaciones prevuelo.

~

Adrik estaba diciéndoles a Trevor y Lenard lo que debían hacer cuando entró Yuri.

—¿Está todo preparado? —dijo Yuri a Adrik.

—Sí, voy a prepararme ahora —dijo Adrik dirigiéndose al coche.

—¿Vosotros dos inútiles sabéis lo que tenéis que hacer? —preguntó Yuri mirando fríamente a Trevor y Lenard.

Asintieron nerviosamente mientras Trevor repetía sus instrucciones a Yuri.

—Solo quedarnos atrás con nuestras armas a la vista. Si la situación se complica, salir disparando.

—Bien, ahora largaos allí junto a esa aeronave. Adrik los cubrirá desde los edificios de oficinas con el rifle de francotirador, y Sergei y yo nos ocuparemos de ellos desde aquí.

Con Trevor y Lenard fuera del alcance de sus oídos, Yuri habló en voz baja a Sergei.

—Cuando esto termine, mata a esos dos idiotas.

Sergei no respondió, el mensaje se entendió; una orden era una orden y la cumpliría sin pensarlo dos veces. Observaron a través de la puerta abierta del hangar cómo Adrik conducía el Mercedes negro por la pista. Desapareció de su vista por detrás del viejo edificio de oficinas donde aparcó el coche. Unos minutos más tarde, apenas pudieron distinguir su mano abriendo una ventana a través de las persianas verticales del primer piso. El timbre del teléfono de Yuri hizo que Trevor diera un respingo, la tensión casi le provocó un infarto.

—¿Sí? Bien.

Yuri volvió a guardar el teléfono en su bolsillo.

—Adrik está listo. Ahora esperamos. Estarán aquí pronto.

SESENTA Y UNO

—Joder con el tráfico, mira todo esto —dijo Harry sentado en el asiento del copiloto mientras Bob conducía.

—El West Ham juega hoy en casa, el partido empieza en una hora. No te preocupes, jefe, saldremos de esto pronto.

—Lou siempre se quejaba del tráfico cuando jugaba el West Ham, decía que no podía aparcar cerca del salón de belleza.

Harry giró la cabeza alejándola de Bob para secarse una lágrima del ojo.

—Te juro por Dios, Bob, que si May está muerta, voy a matar a todos esos cabrones aunque sea lo último que haga.

—Si llega a eso, estaré justo a tu lado —dijo Bob con gravedad.



Un kilómetro detrás de ellos, Danny golpeó el volante con la palma de la mano.

¡Vamos! Maldito tráfico.

Viendo un hueco, redujo una marcha y aceleró por un carril de autobuses mientras aficionados al fútbol enfadados le tocaban el claxon. Un radar le fotografió cuando se incorporó de nuevo al

tráfico adelantando el atasco. Comprobó el navegador. Veinticinco minutos hasta el destino.

A velocidad legal, cuando llegue a la M11 recuperaré algo de tiempo.

Cinco minutos más de lentitud exasperante después, Danny finalmente alcanzó la autovía que conducía a la autopista. Machacando las marchas y llevando las revoluciones al límite, el Ferrari salió disparado por el carril rápido. Conduciendo como un lunático, Danny zigzagueaba entre el tráfico a velocidades aterradoras.



—Mira a ese idiota —dijo Harry cuando un Ferrari rojo cruzó cuatro carriles delante de él. Rugió desde el carril exterior y adelantó a dos camiones por el arcén. Reapareció delante de ellos, volviendo peligrosamente al carril exterior. Con un rugido del escape, aceleró como si ellos estuvieran parados.

—Dios sabe a qué velocidad va. Nosotros vamos a ciento treinta.

—Hablando de velocidad, ¿llegaremos a tiempo, Bob?

—Sí, ya no falta mucho.

SESENTA Y DOS

Tomando la salida de la autopista en Harlow, Danny siguió las indicaciones hacia el aeródromo de North Weald. Mientras volaba por el camino rural, gotas de sudor corrían por su frente y su visión se volvía borrosa. Bajó la ventanilla, esperando que la ráfaga de aire fresco le despejara la cabeza. Después de varias respiraciones profundas, su vista se agudizó y la garita de seguridad del aeródromo apareció ante él. Al entrar, Danny se fijó en el guardia de seguridad con sobrepeso que estaba sentado, aburrido, dentro de su caseta de madera. Se detuvo y se asomó por la ventanilla abierta.

—¿Qué tal, colega? Se supone que tengo que reunirme con unos tipos en el hangar siete. ¿No los habrás visto, por casualidad?

El guardia le miró con desinterés por encima de su periódico.

—No lo sé, *colega*. No recuerdo haber visto a nadie —dijo el guardia, reclinándose en su silla y levantando el periódico para bloquear a Danny de su vista.

Metiendo la mano en el bolsillo, Danny desprendió un par de billetes de cien de su fajo de dinero.

—¿Estás completamente seguro de eso?

El periódico bajó lo justo para que sus ojos quedaran a la vista; se abrieron de par en par al ver el dinero y el periódico descendió aún más.

—Ahora que lo mencionas, sí que vi a unos tipos pasar hacia el siete. Tres tíos que dejaron aquí hace dos horas, un tipo de aspecto duro, cabeza rapada, estilo militar, ya sabes. Los otros dos parecían muertos de miedo. Siguen por allí ahora. Un poco más tarde llegaron dos tipos en un Mercedes y condujeron hasta el hangar. Diez minutos después, el tipo grande con el ojo ciego y las cicatrices vuelve conduciendo y aparca junto al edificio de oficinas de allí.

El guardia señaló hacia un viejo edificio. Danny siguió su dedo y vio el Mercedes aparcado.

—Lo curioso es que entró con una funda negra alargada y nunca salió.

Danny volvió a meter la mano en el bolsillo y añadió un par de billetes de cincuenta al montón antes de entregárselos al guardia.

—Gracias, colega. Tal vez quieras desaparecer un rato, ¿vale?

No necesitó mucha persuasión, simplemente dobló su periódico y salió de la caseta murmurando para sí mismo.

—Maldito salario mínimo, no me pagan lo suficiente para lidiar con esta mierda.

Danny entró en el aeródromo tomando deliberadamente un giro a la izquierda, en dirección opuesta al hangar. Dio un rodeo por detrás de algunas avionetas, hasta aparcar fuera de la vista en el lado opuesto del edificio respecto al Mercedes. Caminando con cautela a lo largo de la parte trasera, pronto encontró una puerta con la cerradura forzada. Acercarse con sigilo había sido una habilidad practicada en el SAS; era algo en lo que Danny había sido muy bueno. Pero con la intoxicación sanguínea instalándose por la infección, sentía como si estuviera subiendo las escaleras estrepitosamente con botas de clavos.

El sudor brotaba de su frente mientras se deslizaba junto a la puerta de una de las salas de entrenamiento. Moviéndose lo justo para ver a través del cristal, divisó a Adrik sentado e inclinado sobre un escritorio, con su ojo bueno pegado a la mira de un rifle de francotirador de alta velocidad. Las patas del arma estaban apoyadas en el escritorio y el cañón sobresalía a través de las persianas verticales. Se apartó, contento de que el factor sorpresa aún estuviera a su favor. Comprobó su pistola.

Solo quedan dos balas, mierda.

De todos modos no podía usarlas; Yuri sabría que estaba allí y mataría a Harry y Bob al instante. En su lugar, enfundó la pistola y desenvainó su cuchillo comando dentado. Tomando unas cuantas respiraciones profundas para calmarse, se volvió hacia la puerta justo cuando esta se abrió inesperadamente de golpe. Una mano grande le agarró la muñeca mientras la otra le apretaba la garganta. Antes de que Danny pudiera darle una patada en los testículos o un cabezazo, Adrik lo levantó completamente del suelo y lo arrojó como un muñeco de trapo a través de la habitación. Se estrelló contra las mesas y sillas alineadas, soltando el cuchillo en el proceso. Concentrando su ira y adrenalina, ignoró el dolor y se puso en pie de un salto. Adoptando una postura de combate, se preparó para el ataque de Adrik. Este se abalanzó sobre él rápidamente, desatando combinaciones de golpes, patadas y bloqueos. Ambos hombres adoptaron el estilo de combate cuerpo a cuerpo Krav Maga, ampliamente utilizado por las Fuerzas Especiales de todo el mundo.

Danny lo conocía bien. Bloqueó puñetazos y patadas, contraatacando con las mismas técnicas en un brutal punto muerto. El ataque de Adrik era implacable, empujando lentamente a Danny hacia la pared. Al darse cuenta de que lo estaban acorralando, Danny saltó hacia atrás y usó la pared para impulsarse hacia delante. Se abalanzó por el lado ciego de Adrik con un poderoso golpe volador a la cabeza. Adrik se desplomó lateralmente entre las sillas, tropezando y chocando ruidosamente contra una ventana, arrancando la persiana que cayó sobre él. Danny se lanzó para rematar mientras Adrik estaba desequilibrado. Su concentración se rompió a mitad de paso al ver el coche de Harry pasar por la ventana expuesta. Cuando volvió la mirada, Adrik lo agarró con ambas manos por un hombro. En un rápido movimiento, le clavó la rodilla en el costado con todo su peso y potencia.

El golpe fue como ser atropellado por un tren. Danny se desplomó, sintiendo cómo la herida del cuchillo se abría de nuevo. Agarrando el pelo de la parte posterior de la cabeza de Danny, Adrik le levantó la cara y le dio un cabezazo. El golpe lo envió deslizándose

por el escritorio que tenía detrás, desapareciendo hacia el suelo por el otro lado.

SESENTA Y TRES

—¿Dónde está el maldito hangar, Bob? —preguntó Harry, con la paciencia y los nervios al límite.

—Tranquilo, jefe, lo veo allí. Esos cabrones rusos están delante.

Yuri estaba a un lado del hangar abierto. A medida que se acercaban, Sergei apareció en el otro lado. Les hizo un gesto con su AK-47 para que entrasen con el coche.

—Allá vamos —dijo Bob.

—Ya era hora, joder. Acabemos con esto.



Apartando la mesa de un empujón, Adrik sonrió a Danny, que estaba tirado en el suelo, mientras su rostro lleno de cicatrices se cernía sobre él como un personaje de una película de terror. Intentando aclarar su visión doble por el cabezazo, Danny tensó cada músculo mientras se preparaba para el ataque inminente. Adrik se acercó para patearle la cara. Cuando su bota descendía, Danny la atrapó entre sus manos. Desde su posición tumbada, usó su talón y pisó con fuerza el lateral de la rodilla de Adrik. El cartílago cedió y este cayó con un grito de agonía. Danny se incorporó, resbalando la mano sobre la mesa por la sangre de su herida abierta.



Bob aparcó dentro del hangar junto a dos avionetas ligeras. Sergei, Trevor y Lenard estaban distribuidos por el hangar, con las armas firmemente apuntadas hacia ellos. Yuri se mantuvo atrás, inexpresivo, esperando a que salieran. Harry fue el primero, con su figura baja y corpulenta tensa mientras miraba a Yuri desafiante. Bob salió por el otro lado, lento, seguro, manteniendo la actitud de que las personas que les rodeaban no eran nada.

—¿Dónde está mi hija, hijo de puta?

—Todo a su tiempo. ¿Tienes mi dinero? —dijo Yuri con un toque de suficiencia por controlar la situación.

—Ve al maletero, Bob.

Se dirigió al maletero y abrió el cierre.

—Eh, eh, eh, tranquilo, grandullón —dijo Sergei, empujando a Bob hacia atrás con la boca de su arma.

Abrió el maletero y sacó la escopeta, negando con la cabeza. La arrojó a través del suelo del hangar hasta que quedó debajo de una de las avionetas. Volviendo a meter la mano, Sergei sacó una bolsa grande y caminó hacia Yuri. La dejó caer y se colocó a su lado, sin dejar de apuntar con su AK-47 a Harry y Bob mientras Yuri abría la cremallera de la bolsa. Sacó un fajo de billetes y los hojeó. Lo volvió a meter y cerró la cremallera.

—Ya tienes tu dinero. ¿Dónde está May? —dijo Harry con desprecio.



Saltando sobre su pierna buena, Adrik cojeó tan rápido como pudo hacia el rifle de francotirador. Danny fue a por su pistola, pero descubrió que no estaba en la funda. Buscó frenéticamente a su alrededor, localizando en su lugar su cuchillo de comando. Apartando sillas de una patada a medida que avanzaba, se deslizó bajo una mesa y recuperó el cuchillo. Al darse la vuelta, se abrió paso entre los obstáculos para alcanzar a Adrik antes de que llegara al rifle. Los

dos se encontraron justo cuando Adrik giraba el rifle para disparar. Danny agarró el cañón. Manteniéndolo a un lado, se acercó y clavó el cuchillo en el ojo ciego de Adrik, perforando el cerebro hasta la empuñadura. Permanecieron inmóviles durante unos segundos hasta que los músculos del cuerpo de Adrik cedieron y se desplomó en el suelo.

Respirando pesadamente, Danny dejó el rifle sobre la mesa y se dejó caer en una silla. Se presionó el costado. La sangre seguía filtrándose entre sus dedos y bajando por sus vaqueros. Luchando contra el mareo e intentando calmar el temblor de sus manos, Danny se tranquilizó y recogió el rifle de francotirador, apuntando a través de la ventana abierta.



Sin revelar nada, Yuri sacó su móvil y se lo puso en la oreja. Su rostro se arrugó mientras miraba hacia el edificio de oficinas esperando una respuesta.

—Adrik, el señor Knight quiere ver a su hija. Acaba con su miseria.

Yuri colgó sin esperar la respuesta de Adrik. Miró fijamente a Harry, con una pequeña sonrisa extendiéndose por su rostro. Un segundo después, la cabeza de Sergei explotó, una fuente de sangre bañando la nariz del avión que tenía detrás. El rostro de Yuri se congeló en una sorpresa conmocionada. Trevor y Lenard solo se miraron el uno al otro con pánico. Bob no perdió ni un segundo. Se agachó bajo el avión y agarró la escopeta. Disparó dos cartuchos al pecho de Lenard, derribándolo al instante. Harry sacó sus pistolas, pero antes de que pudiera apuntar a Yuri, Trevor, enloquecido por la muerte de Lenard, abrió fuego con su ametralladora. Su puntería estaba completamente desviada, lo que permitió a Harry ponerse a cubierto con Bob detrás de un avión.

—¿Qué coño está pasando? ¿Adónde ha ido Yuri? —gritó Harry sobre el ensordecedor ruido de los disparos y las balas rebotando.

—Creo que salió por la puerta del hangar —gritó Bob.

—Tenemos que deshacernos de este cabrón o lo perderemos. Es el único que sabe dónde está May.



Después de colgar el teléfono de Adrik, Danny ralentizó su respiración y se concentró en eliminar a Sergei. Tras derribarlo, observó cómo estallaba el caos. Vio a Harry y Bob ponerse a cubierto y a Yuri escabullirse del hangar, corriendo hacia el jet ejecutivo. Siguiéndolo a través de la mira, intentó ponerlo en la retícula mientras avanzaba. Sus manos comenzaron a temblar mientras su enfoque se volvía borroso. Disparó una bala y vio cómo fallaba la cabeza de Yuri, impactando en el hangar detrás de él.

Mierda.

Intentó seguirlo de nuevo, pero había desaparecido de la vista detrás del jet. Abandonando el rifle, Danny salió de la habitación, medio corriendo y medio cayéndose por las escaleras antes de salir tambaleándose por la puerta.

SESENTA Y CUATRO

Disparando a discreción con la escopeta de bombeo, Bob mantuvo la cabeza de Trevor agachada tras un banco de trabajo de acero. Harry metió la mano detrás del asiento del conductor y sacó el rifle de asalto M16. Se puso de pie y cruzó la mirada con Trevor, quien le apuntaba directamente con la ametralladora por encima del techo del coche. Harry se quedó paralizado, esperando que lo acribillaran en cualquier momento. En lugar de eso, el Ferrari rojo entró rugiendo en el hangar y se estrelló contra el banco, aplastando a Trevor entre este y la pared. Salía humo de los neumáticos mientras Danny daba marcha atrás para separar su deforme parte frontal del banco. Bajando la ventanilla, gritó en dirección a Harry.

—May está sana y salva. Ahora largaos de aquí cojones antes de que aparezca la policía.

Harry y Bob se miraron atónitos mientras Danny desaparecía por la puerta del hangar, retrocediendo en una chirriante nube de humo blanco. Frenó en seco antes de salir serpenteando al meter primera mientras los neumáticos luchaban por agarrarse al suelo.

No necesitaron que se lo dijeran dos veces. Bob se puso al volante mientras Harry agarraba la bolsa de dinero junto al cadáver decapitado de Sergei. Los neumáticos chirriaron sobre el brillante suelo de hormigón antes de encontrar agarre, y Bob se dirigió hacia

la salida del aeródromo. Harry miró hacia la pista. A lo lejos podía ver a Danny, con el Ferrari persiguiendo a todo gas al avión mientras este rodaba hacia la pista.



LLEVANDO el motor al límite en cada marcha, Danny luchaba con el volante para mantener el coche recto. El potente motor rugía hasta convertirse en un aullido tras él mientras seguía al jet hacia la pista. Aunque el motor estaba bien, el choque en el hangar había dañado la dirección y el coche se desviaba erráticamente de un lado a otro. Un ruido horrible procedía de la parte delantera y un fuerte olor a goma quemada indicaba que algo estaba rozando con fuerza contra un neumático. Continuando a máxima potencia, Danny se puso a la altura del avión justo cuando este aceleraba para despegar. Durante unos segundos pensó que lograría adelantarlo, obligándolo a detenerse. Alcanzó los 160 y se colocó a la altura de la cabina, cruzando la mirada con Yuri que estaba sentado en el asiento del copiloto. Cuando comenzaba a adelantarlo, el neumático delantero reventó, haciéndole dar vueltas fuera de la pista. Por suerte, la blanda extensión de césped permitió que el coche girara y girara entre nubes de tierra y barro. Vislumbró la sonrisa de Yuri mientras el avión alcanzaba la velocidad de despegue y se elevaba en la distancia.

—Joder, joder, joder —gritó Danny, golpeando el salpicadero en un arrebato de frustración. Empujó la puerta y cayó sobre la hierba. El asiento detrás de él brillaba resbaladizo y húmedo con sangre. Era vagamente consciente de las sirenas en la distancia mientras intentaba ponerse de pie. Sus piernas no le sostenían y cayó de rodillas antes de pasar a ponerse a cuatro patas y vomitar violentamente. Cuando se detuvo, el mundo giraba a su alrededor y se desplomó. Con la vista borrosa mientras perdía el conocimiento, apenas pudo distinguir las luces azules intermitentes que se acercaban bailando antes de desmayarse.

SESENTA Y CINCO

Cuando despertó, una luz intensa le hirió los ojos. Danny intentó incorporarse instintivamente, arrepintiéndose de inmediato cuando el dolor le atravesó el costado. A medida que su visión se aclaraba, se encontró mirando a un agente de policía sentado en una silla junto a la puerta. Intentó levantar el brazo izquierdo, pero descubrió que estaba sujeto por unas relucientes esposas que lo encadenaban a la barandilla de la cama. El agente se levantó sin mirarlo y asomó la cabeza por la puerta.

—Señora, ya está despierto.

Segundos después, la inspectora jefe Nichola Swan entró en la habitación.

—¿Podrías dejarnos un minuto a solas, George?

—Eh, sí, señora. Estaré en el pasillo.

Esperó a que cerrara la puerta antes de hablar.

—Me alegro de verte de vuelta con nosotros —dijo, con un tono cariñoso y una expresión de tristeza en su rostro.

—Me han dicho que tengo la molesta costumbre de hacer eso. ¿Estás bien? —preguntó él, buscando respuestas en su mirada.

Ella se acercó a la cama y puso su mano sobre la de él. Una lágrima asomó a sus ojos.

—No lo sé. Quiero ayudarte, pero no está en mis manos. Has destruido medio Londres. Todavía están intentando decidir qué

cargos presentarte primero.

—Eh, no pasa nada. Recuperé a May, eso es lo único que importa. Ella está a salvo, tú estás a salvo, todo está bien. Aceptaré lo que venga —dijo Danny, apretándole la mano.

—Si la gente supiera lo nuestro y cómo te ayudé, perdería mi trabajo y mi carrera se acabaría —dijo ella, retirando su mano de la de él.

—Tranquila, lo entiendo. Por lo que respecta a los demás, lo nuestro nunca existió.

—Gracias. Lo siento, Danny —dijo Nichola secándose los ojos.

—¿Está bien la chica que estaba con May en la fábrica? Se llama Ana.

—Sí, la están atendiendo. Creo que la enviarán de vuelta con su familia en Rumanía.

—Bien. Necesito que me hagas un último favor. Por los viejos tiempos. ¿Me prestas tu móvil? —dijo, haciendo sonar las esposas contra la barandilla al mover los brazos. Nichola asintió, mirando hacia la puerta antes de entregárselo.

—Date prisa. No quiero que George vuelva y te vea —dijo, comprobando la puerta de nuevo. Danny marcó un número que respondió inmediatamente.

—Paul, soy Danny. No tengo mucho tiempo para hablar, tío. Voy a enviarte a alguien. ¿Podrías darle cuatro de los artículos de la bolsa negra por mí?

Paul simplemente dijo que sí y colgó. Si Danny no tenía tiempo para hablar, Paul no lo iba a desperdiciar. Tras escribir la dirección de Paul en el móvil de Nichola, se lo devolvió.

—Si vas a esta dirección, Paul te dará algo para que se lo entregues a Ana. Dile que vuelva a casa y cuide de su familia.

Nichola asintió mientras George abría la puerta.

—Adiós, Danny —dijo con una triste sonrisa y luego se marchó.

Se recostó y fijó la mirada en el techo. La medicación y el agotamiento debieron hacerle efecto de nuevo. Sus ojos se cerraron y cayó en un sueño sin sueños.

SESENTA Y SEIS

Danny se despertó a la misma hora un día después. Mientras se frotaba los ojos para quitarse la neblina del sueño, se dio cuenta de que las esposas habían desaparecido. Al mirar hacia arriba, notó que George también se había marchado. En su lugar estaba sentado un hombre con un inmaculado traje de raya diplomática, con su cabello rubio ondulado perfectamente cortado en degradado. Sus ojos azul hielo se centraban en sus pantalones mientras quitaba una pelusa. Danny reconoció el tipo —gobierno, servicios secretos o inteligencia; todos tenían el mismo aspecto. Emanaba de ellos una prepotencia característica, generalmente porque las cartas estaban marcadas a su favor. El rostro de Danny se endureció y su mirada se intensificó mientras esperaba a que comenzara la conversación. Sabía que querría algo —siempre querían algo.

—Pensé que ibas a dormir eternamente, Daniel —dijo por fin.

Su voz era jovial y su acento procedía directamente de Oxford o Cambridge.

—Bueno, he estado un poco ocupado últimamente —respondió Danny con frialdad.

—Sí, lo has estado, un chico muy ocupado, sin duda.

—¿Qué tal si dejamos las tonterías y me dice quién es usted y qué quiere? —dijo Danny, perdiendo la paciencia rápidamente.

—De acuerdo. Puede llamarme Howard y estoy aquí para hacerle una oferta.

—¿Howard qué? —continuó Danny agresivamente.

—Elija el que prefiera, Smith, Jones... Ahora, si ha terminado, continuaré.

Howard esperó unos segundos y cuando no hubo comentario, prosiguió.

—En este momento se enfrenta a una lista récord de cargos: múltiples asesinatos, incendio provocado, posesión de armas de fuego, robo de vehículos y una multa por exceso de velocidad. Probablemente le esperen unos ciento cincuenta años de prisión —dijo Howard, haciendo una pausa para causar efecto. Al no obtener reacción, continuó.

—Hemos estado siguiendo su carrera durante bastante tiempo. Me gustó especialmente su rescate no autorizado del señor Greenwood de manos de combatientes de Al Qaeda en Afganistán. Pero me desvío del tema. Su eliminación de la familia Volkov de Londres ha, ¿cómo lo diría?, complacido a personas muy importantes. Tanto es así que me han dado luz verde para ofrecerle un trato.

Danny no estaba seguro de que le gustara el rumbo que tomaba la conversación. La revelación de que este hombre había evitado que le sometieran a consejo de guerra por rescatar a Paul contra las órdenes directas le indicaba que tenía poder para hacer que las cosas sucedieran. Pero, ¿a qué precio?

—Puedo hacer que todo esto desaparezca. Puede volver a casa, continuar con su vida cotidiana. Incluso puede quedarse con el dinero que consiguió de la caja fuerte de Volkov.

—Déjese de tonterías, Howard, ¿qué quiere a cambio? —dijo Danny, cansado e impaciente con los juegos.

—Un hombre con sus habilidades particulares es difícil de encontrar. De vez en cuando podríamos pedirle que haga algo para nosotros. Por supuesto, se le pagará muy bien por sus servicios y discreción —dijo Howard, sin abandonar jamás su actitud amistosa.

—¿Y si digo que no?

—Es completamente su elección, amigo. Siga con su vida o acostúmbrese a la comida de la cárcel.

La habitación permaneció en silencio durante varios minutos mientras Danny reflexionaba. Sabía que no tenía elección, pero no quería que este tipo pensara que era fácil de convencer.

—De acuerdo, pero yo estoy al mando, hago las cosas a mi manera.

—Por supuesto, no lo tendría de otra forma —dijo Howard sonriendo.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta, hablando por encima del hombro mientras salía.

—Recupérese pronto, señor Pearson.

SESENTA Y SIETE

Antes de que Danny tuviera tiempo de reflexionar sobre la visita de Howard, la puerta se abrió de golpe y May entró en tromba a la habitación, su rostro radiante y sonriente iluminando el lugar y levantándole el ánimo.

—Hola, Enana, ¿cómo estás? —dijo Danny, sonriendo ante la energía positiva que ella desprendía.

Ella corrió hacia él y le rodeó con sus manos vendadas, apretándole con fuerza. Se apartó de un salto cuando él se estremeció y gruñó de dolor.

—¡Ay Dios, perdona! ¿Estás bien?

—Sí, sí, solo estoy un poco sensible, nada más. No es nada grave —dijo Danny con una risita.

Era tan bueno verla feliz y a salvo.

—Bien. Quería venir antes pero la policía no me dejaba entrar. ¿Estás en problemas? —preguntó mientras Harry entraba en la habitación detrás de ella.

—Aparentemente no. ¿Y tú? —dijo mirando a Harry por encima del hombro de May.

—Pensaba que sí, pero ahora creo que no. Bob y yo pasamos dos días enteros siendo interrogados por los maderos. Nos tiraron de todo, desde pruebas forenses del lugar hasta residuos de pólvora en las manos. Nos ceñimos a esa chorrada de "sin comentarios" con

nuestro abogado, pero la cosa no pintaba bien. Entonces aparece un pijo trajeado, todo sonrisas y apretones de manos. Nos da las gracias por nuestra colaboración y dice que somos libres de irnos. Sin más preguntas.

—Genial, entonces todo bien. ¿Cómo tienes las manos, May? —dijo Danny, cambiando de tema.

—Ya no me duelen tanto. Simplemente estoy feliz de estar viva, y tengo repuestos —dijo poniendo una mueca mientras hacía un cómico gesto de doble pulgar hacia arriba.

Danny se rio y se estremeció de dolor al mismo tiempo.

Harry se movió alrededor de la cama acercándose a Danny y le habló en voz baja al oído.

—En serio, chaval, te lo debo todo por salvar a May. Lo que necesites, solo tienes que pedirlo. Dinero, trabajo, lo que sea.

—¿No conocerás a un buen instalador de cocinas? Le debo una nueva a Rob —dijo Danny sonriéndole.

Como si fuera una señal, Rob y Scott entraron empujándose por la puerta como un par de críos de colegio.

—¿Todavía en la cama, viejo? ¿No crees que estás exagerando un poco por un simple arañazo? —dijo Scott, con su pelo rubio y despeinado rebotando mientras se reía de su propio chiste.

—Cállate, payaso —dijo Danny con el ánimo completamente levantado.

—¿Está todo bien, tío? ¿Ha terminado todo esto? —preguntó Rob con gesto preocupado.

—Sí, Rob, todo ha terminado. En un día o dos me darán el alta y volveré a casa. ¿Cómo está Tina después de lo que pasó en la casa?

—Sigue un poco afectada. La cocina destrozada le sigue recordando a cuerpos de rusos muertos. Pero aparte de eso, está de maravilla.

—Vale, vale, capto la indirecta. En cuanto salga de aquí me ocuparé de la cocina —dijo Danny, feliz de dejar a un lado las preocupaciones y las preguntas.

—Si la charla seria ha terminado, tengo algo para ti —dijo Scott con aire de misterio mientras ponía dos bolsas de plástico sobre la cama.

Hurgueteando en ellas, sacó una bolsa de McDonald's con hamburguesas y patatas fritas, y luego metió la mano en la otra bolsa y sacó un paquete de seis cervezas que repartió entre todos.

—Scotty, eres un salvador, estoy muerto de hambre, tío —dijo Danny abriendo la lata y alzándola para brindar—. Por mamá y Lou —dijo, mirando a su hermano y luego a Harry.

Ellos alzaron sus latas y repitieron el brindis.

La tarde pasó rápido mientras charlaban y bromeaban. Finalmente entró una enfermera y, después de fruncir el ceño ante las latas vacías y los envoltorios de comida, les dijo que Danny necesitaba descansar y que deberían marcharse. May le besó para despedirse y Harry le estrechó la mano. Scott y Rob simplemente le saludaron con la mano y se rieron por lo bajo a espaldas de la enfermera, abandonando la habitación tal como habían entrado: como colegiales traviesos. No pudo evitar reírse, arrepintiéndose al instante cuando se estremeció de dolor.

SESENTA Y OCHO

Mirando hacia el sol que centelleaba a través del denso dosel de hojas, Danny caminaba por la avenida arbolada del Cementerio de la City de Londres. Sarah siempre había adorado esta época del año. Fue cuando se habían casado. Dobló en la tumba con su ornamentada cruz de piedra que tan bien conocía y avanzó por la larga fila de sepulturas. Al llegar a su destino, giró y se arrodilló. Sacó las flores marchitas del jarrón y las sustituyó por un ramo fresco de lirios tigre.

—Feliz aniversario, cariño. Esta vez estuve cerca de reunirme contigo —susurró.

Leyó la lápida como siempre hacía, el miedo a olvidar era peor que el dolor de recordar.

Sarah Ann Pearson. Amada Esposa y Madre. Te Amaré por Siempre.

Volviéndose hacia la tumba más pequeña junto a la de su esposa, puso la mano sobre la lápida.

—Hola, hijo. Te echo de menos, chico.

Leyó la lápida como había hecho con la de su esposa, asimilándola como siempre hacía.

Timothy Robert Pearson. Amado Hijo. Nunca te Olvidaré.

Con tristeza en el corazón se marchó, deteniéndose a la salida en la tumba de su madre y después en la de su tía. Al abandonar el

cementerio, caminó la corta distancia hasta la estación de metro y se dirigió a Islington. Observando el reluciente nuevo cartel de Greenwood Security sobre la puerta, subió las escaleras. La oficina de arriba estaba ahora organizada, ordenada y era la viva imagen de la eficiencia. Trisha se levantó de detrás de su escritorio y le recibió con una cálida sonrisa.

—Hola, Danny, tienes buen aspecto.

—Sí, estoy casi como nuevo —dijo, intentando no quedarse mirando su figura mientras ella caminaba delante de él hacia el despacho de Paul.

—Danny, genial, pasa. ¿Quieres un té, un café? —dijo levantándose y dirigiéndose a la cocina.

—Ve a sentarte. Lo hago yo —dijo Trisha, desapareciendo por la puerta.

—Se te ve mucho mejor. Siento no haber ido a verte al hospital. Tuve que visitar las sedes de los seminarios, evaluaciones de riesgos, puntos débiles de seguridad, ese tipo de cosas aburridas. Solo regresé de Minsk el martes.

—Eh, no te preocupes. He tenido muchas visitas. Hasta echaron a Scott por traerme una caja de cervezas —dijo riendo mientras cogía un café de Trisha.

—¿Sigues dispuesto para lo del seminario? Puedo buscar a otra persona si no estás en condiciones —dijo Paul, preocupado.

—Ni se te ocurra, estoy bien. Solo quiero ponerme a trabajar y dejar atrás las últimas semanas.

—Bien dicho, me alegra oírlo.

Pasaron un rato repasando los detalles del trabajo y charlando. Cuando Danny estaba listo para marcharse, Paul abrió un armario y cogió la bolsa de deporte de Danny. La arrojó al suelo junto a la silla de Danny y volvió a sentarse.

—Ya va siendo hora de que guardes eso en un lugar seguro, como un banco quizás.

—Eh, sí, supongo. Eso me lleva a otra pregunta que quería hacerte —dijo Danny, notando que Paul se reclinaba con una sonrisa de complicidad.

—Quieres saber quién es Howard y para quién trabaja.

Paul siempre había tenido esa molesta costumbre de saber lo que la gente quería antes de que lo dijera.

—Sí, así es —respondió.

—Howard es de los buenos, créeme. Está al cargo de una división muy especial de seguridad nacional. Sin títulos oficiales y muy fuera de los registros.

—Mmm, y ahora le debo un favor —dijo Danny frunciendo el ceño.

—Tal vez, pero ibas a por Yuri independientemente de Howard. Sin él no habrías tenido el equipo ni la ubicación de la fábrica y probablemente te habrías hecho matar. Si por algún milagro hubieras sobrevivido, estarías sentado en una celda, y fue Howard quien intercedió cuando me salvaste en Afganistán y logró que retiraran los cargos contra ti.

—Sí, lo sé. Pero no esperes que le lama el culo.

—¿Qué, y cambiar una costumbre de toda la vida? Qué va —dijo Paul, aligerando el ambiente.

—Vale, suficiente, tengo que irme. Le prometí a Rob que compraría una cocina nueva antes de volar. Rompí la última con la cabeza de un tipo —dijo Danny con una sonrisa.

SESENTA Y NUEVE

El vuelo a Minsk fue bien. Danny se sentó con el equipo de seguridad en clase turista, mientras los delegados volaban en primera clase. No le importaba. Los tipos con los que trabajaba eran todos ex militares y volvieron al humor de cuartel en un abrir y cerrar de ojos. Se sentía bastante bien. La infección había desaparecido por completo y, salvo alguna molestia ocasional, sus heridas estaban completamente curadas. Los minibuses les esperaban fuera del aeropuerto según lo acordado, y en menos de una hora llegaron al Victoria Olimp Hotel. Era la sede del seminario y donde se alojarían antes de volar a Moscú para la siguiente ronda de conversaciones.

Las habitaciones eran agradables y el trabajo era sencillo. La seguridad en el hotel era excesiva. Cada delegación tenía su propio equipo de seguridad, lo que suponía la mitad de los huéspedes del hotel. Los eventos del día habían terminado y todos los delegados estaban seguros en sus habitaciones o en el bar del hotel. Danny atravesó el vestíbulo de camino a su habitación. Evitó el ascensor y tomó las escaleras como de costumbre. Caminó por el pasillo de mullida moqueta hasta su habitación, pasando la tarjeta llave por la cerradura. Entró y cerró la puerta tras él. Estaba a punto de introducir la tarjeta en la ranura para encender las luces cuando los pelos de la nuca se le erizaron y un escalofrío le recorrió la espalda.

Algo no cuadraba. Se quedó allí en la oscuridad, inmóvil y en silencio, con la mano congelada sobre la ranura de la tarjeta. Forzó su respiración, lenta, escuchando, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Ahí estaba, la respiración del otro hombre, apenas perceptible, más intuida que escuchada. La suite era grande, dividida en dos con una sala de estar y un dormitorio con baño privado.

¿Dónde está? ¿Dónde me pondría yo? Justo dentro del dormitorio.

Sus ojos se adaptaron lo suficiente para ver la habitación en una penumbra silueteada de naranja por las farolas de la calle. Moviéndose en silencio, agarró el perchero con ambas manos y lo levantó, teniendo cuidado de no golpearlo contra la pared. Se detuvo a unos sesenta centímetros de la entrada al dormitorio. Sus sentidos ahora estaban en sintonía con los sonidos de la habitación, podía oírle respirar desde dentro. Reprimiendo sus nervios, esperó para atacar, calculando las dimensiones de la entrada al dormitorio. Sujetando el perchero como una maza, separó los pies y contó silenciosamente su movimiento, balanceándose de lado a lado como un bateador de béisbol.

Uno, dos, tres.

Sin contenerse, impulsó el perchero alrededor del marco de la puerta, mientras pasaba tras él. El extremo con gancho encontró su objetivo, derribando limpiamente a la figura sombría mientras se hacía pedazos. Danny oyó el inconfundible golpe sordo de una pistola al caer.

Saltó sobre la silueta que se movía en el suelo, con el perchero roto levantado sobre su cabeza como si fuera a clavar una estaca a un vampiro. Pero su atacante fue rápido. Rodó hacia un lado, dejando que Danny clavara la punta en la alfombra.

Una pierna volvió hacia él a la velocidad del rayo, la bota conectando fuertemente con el lateral de su cabeza, lanzándolo de lado contra la pared. Usándola para impulsarse, Danny metió los codos y levantó los puños. Su atacante ya estaba de pie, lanzando patadas y puñetazos contra él. Absorbiéndolos, Danny se acercó entre las patadas y adoptó el estilo de un boxeador tailandés,

golpeando con la rodilla el costado del hombre. Continuó impulsando su brazo doblado hacia arriba, haciendo contacto bajo la barbilla con el codo.

Danny siguió al hombre en la oscuridad mientras caía hacia atrás por el golpe. El hombre convirtió la caída en un giro hacia atrás sobre la cama y se dio la vuelta, quedando firmemente de pie al otro lado. Danny captó el destello de un cuchillo siendo desenfundado.

Con los pies separados, rodillas flexionadas, listo para moverse, desvió la mirada del hombre al suelo y viceversa. Lo hizo de nuevo, todavía intentando localizar el arma caída, pero el suelo estaba demasiado oscuro para verla. Como si intuyera lo que estaba haciendo, el atacante avanzó, brazos en alto, peso corporal distribuido, movimientos medidos y entrenados. Danny se movió hacia el extremo de la cama, manteniéndose ligero sobre sus pies, preparado. Tocó con el pie el perchero roto e instintivamente se agachó, agarrándolo con una mano. Con la otra mano cogió el camino de cama y lo enrolló alrededor de su antebrazo como protección. Apenas tuvo tiempo de ponerse en pie antes de que el hombre se le echara encima. Danny sintió el golpe del cuchillo en su antebrazo acolchado mientras atacaba por lo bajo con el perchero, conectando sólidamente con el lateral de la articulación de la rodilla del tipo. Mientras caía, Danny impulsó su rodilla hacia arriba, directo a la cara. La nariz se rompió y el hombre se desplomó de espaldas contra el suelo. Sin darle tiempo a recuperarse, Danny giró el extremo afilado del perchero y lo clavó bajo el esternón del hombre, directo al corazón. Danny observó cómo soltaba el cuchillo y agarraba con ambas manos el palo que sobresalía de su pecho. La figura en sombras se movía cada vez más despacio conforme perdía fuerzas, su corazón perforado sangrando internamente. Temblaba y convulsionaba, con los ojos muy abiertos bajo la luz anaranjada.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó Danny arrodillándose sobre su pecho y retorciendo el perchero.

—Arggh, que te jodan —dijo, con sangre burbujeando por su boca.

—¿Quién coño te ha enviado? —gritó Danny en su cara, girando el palo mientras el tipo chillaba.

—No, no, joder. Yuri. Yuri Volk... —dijo, muriendo antes de pronunciar la última palabra.

Danny se sentó pesadamente en la cama, respirando profundamente. Unos momentos después caminó hacia el salón y puso la tarjeta en la ranura. Parpadeando ante la dura intrusión de la luz, volvió para registrar a su agresor. Como era de esperar, no llevaba identificación. Era obvio que se trataba de un profesional pagado para matarle. Después de comprobar rápidamente que el pasillo estaba vacío, hizo una llamada.

—Paul, necesito hablar con Howard. Urgentemente.

—Quédate junto a tu teléfono —dijo Paul colgando, el tono de voz de Danny le había impulsado a actuar inmediatamente.

En menos de quince minutos, sonó su teléfono sin mostrar ningún número.

—Señor Pearson, ¿a qué debo el placer? —dijo Howard, su tono educado y agradable como siempre.

—Tengo un sicario muerto tirado en el suelo de mi habitación de hotel, cortesía de Yuri Volkov.

—Vaya, vaya, no podemos permitir eso, ¿verdad? ¿Está usted herido?

—No, estoy bien —dijo Danny calmándose, con sus niveles de adrenalina disminuyendo.

—Bien, baje al bar y tómese una copa fuerte. Sea buen chico y espere un par de horas antes de regresar. Me pondré en contacto pronto.

El teléfono se cortó abruptamente, dejando a Danny solo en la silenciosa habitación. Se cambió la ropa manchada de sangre y bajó al bar del hotel. Unos cuantos whiskies después, vio cómo el reloj marcaba las 2:00 de la madrugada. Tomando las escaleras, Danny regresó a la habitación. Abrió la puerta con cautela antes de entrar. Estaba oscuro de nuevo. Insertó la tarjeta para encender la luz.

La habitación estaba impecablemente recompuesta, con un nuevo perchero en la esquina. Se dirigió al dormitorio. El cadáver había desaparecido y, aparte de una ligera humedad donde habían limpiado la alfombra, no quedaba ni rastro. Habían arreglado la

habitación y lavado su ropa, dejándola perfectamente doblada sobre la cama recién hecha.

Cansado y un poco aturdido por el whisky, Danny se desvistió y se metió en la cama. De su época en el SAS seguía una regla de oro: duerme cuando puedas. Su cabeza tocó la almohada y se quedó dormido en cuestión de minutos.

SETENTA

Danny despertó, su cerebro adormilado debatiéndose entre la habitación ordenada y el recuerdo de la lucha de la noche anterior. Si no fuera por los moratones recientes, incluso podría haberse convencido de que nunca ocurrió. Después de mirar su viejo reloj G-Shock, saltó de la cama.

Tengo que ponerme en marcha, el vuelo a Moscú es dentro de unas horas.

Duchado, vestido y después de desayunar, se tomó bastante café y embarcó en el vuelo a Moscú. Dejando a los delegados en clase business, Danny y sus colegas se sentaron en económica. No estaba de humor para la charla habitual, así que cerró los ojos y durmió durante la mayor parte del vuelo. Al llegar al Hotel Crowne Plaza, puso una excusa en recepción y consiguió que la recepcionista cambiara la habitación reservada por otra. Evitando el ascensor, Danny arrastró su maleta por cuatro tramos de escaleras y por el pasillo. Al entrar en su habitación, una figura sentada en la silla al otro lado activó sus instintos defensivos. Levantó la maleta tensando cada músculo para lanzarla con todas sus fuerzas en dirección al desconocido. Justo antes de soltarla se dio cuenta de quién era y dejó la maleta en el suelo suavemente, cerrando la puerta tras él.

—Cambiar la habitación en recepción... un buen detalle —dijo Howard, sentado con las piernas cruzadas y relajado en la silla.

—¿Quién era? —preguntó Danny sin rodeos.

—Vale, prescindiremos de las cortesías. Se llamaba Jaromir Klink, un sicario muy exitoso... o debería decir que fue un sicario muy exitoso. Llevábamos bastante tiempo tras él.

—¿Hay alguien más tras de mí? ¿Qué hay de mi familia, Rob, Harry y May? —dijo Danny, pensando en voz alta más que haciendo una pregunta.

—Por el momento, creo que no. Encontramos su coche de alquiler en un aparcamiento a medio kilómetro de tu hotel. De ahí localizamos su hotel, su teléfono y tarjetas, documentos de viaje, etcétera, etcétera. Para resumir, descubrimos que le habían pagado medio millón de euros por adelantado para matarte, con otro medio millón a pagar cuando completara el trabajo. En este momento, Yuri Volkov no sabe que ha fracasado o que está muerto. Eso pone la pelota en nuestro campo, amigo mío. Una ventaja de la que creo que deberíamos aprovecharnos —dijo Howard, haciendo una pausa para dejar que las palabras calaran.

Danny no era lento de entendederas.

Liquidar a Yuri antes de que descubra que Jaromir está muerto y contrate al siguiente sicario.

—¿Y qué tienes en mente? —dijo, un poco menos hostil.

—Me alegra que preguntes, viejo amigo. La finca de la familia Volkov está a veinte minutos en coche al oeste de Moscú.

Howard sacó un gran sobre manila tamaño A4 de dentro de su chaqueta y se lo entregó a Danny.

—Planos de la finca, horarios del personal y seguridad, y llaves de una furgoneta. Sal del hotel pasando el Costa Coffee hacia la calle Ulitsa Mantulinskaya. Hay una furgoneta Mercedes Vito negra aparcada enfrente. En la parte trasera encontrarás un paquete con algunos, cómo lo diría, objetos útiles. Sé un buen chico y apárcala en el mismo sitio con las llaves en la guantera cuando hayas terminado. Ah, y lleva guantes —dijo Howard levantándose para marcharse.

Le dio una palmada en la espalda a Danny al pasar y se detuvo en la puerta.

—No hace falta que te diga que si algo sale mal, estás solo. Buena suerte.

Danny no respondió ni se dio la vuelta. Oyó la puerta cerrarse y volvió a centrar su atención en el contenido del sobre. Consultó su reloj. Poco más del mediodía. Poniéndose una chaqueta, gorra de béisbol y gafas de sol, salió de la habitación. Después de comprar un mapa callejero y guantes en el supermercado más cercano, fue a buscar la furgoneta. Estaba aparcada donde Howard había dicho, y tras mirar rápidamente a ambos lados, Danny abrió la puerta lateral. Dos grandes bolsas de lona estaban en la furgoneta, por lo demás vacía. Abrió la cremallera de una para echar un vistazo rápido y volvió a cerrarla antes de revisar la segunda. Sacó unos prismáticos potentes y los tiró en el asiento del copiloto, cerró la cremallera de la bolsa y cerró la puerta lateral. Con el mapa abierto junto a los prismáticos, arrancó la furgoneta y se incorporó lentamente al tráfico.

Condujo fuera de Moscú, manteniéndose por debajo del límite de velocidad. Tal como Howard había dicho, veinte minutos después divisó las grandes puertas de hierro negro de la finca Volkov. Sin mirar hacia allí ni reducir la velocidad, observó a los dos hombres en la puerta y a otro que deambulaba por los terrenos. Cien metros más adelante, vio la gasolinera que había marcado en el mapa y entró. Aparcó en la esquina más alejada, orientado hacia la mansión y fuera de la vista de los surtidores y la tienda. Se acercó y compró un café y un sándwich para no parecer sospechoso sentado en la furgoneta.

Danny alternaba entre estudiar los planos de la mansión y mirar a través de los potentes prismáticos. Justo cuando el café se estaba enfriando, un Mercedes negro entró en el camino de acceso. Un hombre apareció desde el frente, apresurándose a abrir la puerta del conductor. Yuri Volkov salió. Ignorando a su personal, se alisó la chaqueta del traje y entró en la casa. Solo ver al hombre hizo que el cuerpo de Danny se tensara. Manteniendo su temperamento bajo control, dio un trago al café frío antes de arrancar la furgoneta y salir de la gasolinera. Pasó de nuevo por delante de la finca y continuó hacia Moscú.

SETENTA Y UNO

Danny pasó el resto de la tarde en su habitación del hotel repasando la información de Howard. Estudió las imágenes por satélite de la zona circundante en Google Earth. Satisfecho de conocer la distribución y la seguridad al dedillo, se puso en contacto con su equipo para ultimar los preparativos del seminario de mañana. Fingió tener problemas estomacales cuando le invitaron a unirse a la cena y copas, y se retiró a su habitación. Pidió comida al servicio de habitaciones e intentó dormir un poco. Saldría a la una de la madrugada.



Yuri intentó llamar de nuevo; otra vez saltó el buzón de voz.

—¿Dónde coño estás? Llámame. Quiero saber qué está pasando —dijo, llamando a Jaromir por tercera vez.

—Yuri, ¿está muerto ya o qué? ¿Qué te pasa, eh? Estás avergonzando a la familia. La gente habla. Dicen que somos débiles.

—¿Quién dice que somos débiles, Papá? Dímelo. Les enseñaré quién es débil —gruñó Yuri furioso.

—Todas las demás familias, eso es quién. Dicen que el inglés te dio una paliza —dijo el viejo de esa manera en que solo un padre

puede hacerlo, para bajarle los humos a su hijo.

Yuri se alejó mientras aún podía contener su temperamento. Si cualquiera que no fuera su padre le hubiera hablado así, lo habría matado en el acto.

¿Dónde coño está Jaromir?

SETENTA Y DOS

La alarma de su reloj sonó a medianoche; apenas emitió un pitido antes de que Danny pulsara el botón para silenciarla. Vestido con vaqueros negros y una sudadera con capucha negra sobre un gorro de lana, salió de su habitación y tomó las escaleras. Evitando encontrarse con cualquier miembro de su equipo, abandonó el hotel manteniendo la cabeza agachada. La furgoneta y su contenido seguían en el aparcamiento donde los había dejado. Tras echar un vistazo rápido a las calles vacías, arrancó y se dirigió a las afueras de Moscú.

Al acercarse a los límites de la ciudad, un coche de policía salió de una calle lateral y se situó detrás de él. Danny siguió conduciendo con firmeza, intentando controlar los latidos de su corazón. En la parte trasera de la furgoneta había dispuesto un arsenal de armas. Las había desmontado, revisado, vuelto a montar y cargado cuando regresó esa misma tarde. Los segundos se arrastraban mientras desviaba la mirada entre la carretera y el retrovisor. Como si leyera sus pensamientos, las luces del coche patrulla comenzaron a girar mientras las observaba por el espejo.

Mierda.

Con la mente acelerada, repasó sus opciones tácticas: intentar dejarlos atrás o parar y neutralizarlos antes de que pidieran refuerzos. El coche se adelantó y las sirenas se unieron a las luces.

Para alivio de Danny, el vehículo lo adelantó a toda velocidad en respuesta a alguna llamada. Suspiró y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

Los siguientes diez minutos se hicieron eternos hasta que finalmente divisó la finca de la familia Volkov frente a él. Para su fastidio, la fachada estaba intensamente iluminada. Girando a la derecha, tomó un camino de un solo carril que discurría junto al muro de la propiedad y continuaba entre campos y edificios agrícolas. Le alegró comprobar que la parte trasera del edificio no estaba iluminada. De hecho, no había luces encendidas salvo en alguna habitación del interior y una lámpara de pared junto a la entrada trasera. Con las imágenes de satélite de Google Earth grabadas en su mente, Danny avanzó cien metros más allá del muro perimetral trasero. Giró detrás de un viejo granero y apagó el motor. Permaneció sentado uno o dos minutos, dejando que sus ojos se adaptaran a la oscuridad y escuchando por si se acercaban coches o personas a pie. Al no percibir nada, salió y abrió la puerta lateral. Ya había quitado el fusible de las luces interiores y alcanzó en la oscuridad unas gafas de visión nocturna. Poniéndoselas, examinó el equipo preparado en su detalle verde. Después de enganchar, cerrar y fijar el chaleco con munición y armas sobre una chaqueta táctica, Danny cargó una pistola Kalashnikov con silenciador de fabricación rusa y la enfundó. Por último, recogió un rifle de asalto SVK Kalashnikov con silenciador.

Supongo que Howard no quiere un incidente internacional si me matan o me atrapan. No quedaría bien que llevase armas británicas o americanas encima.

Se dirigió a paso rápido cruzando el campo, pegándose al muro del jardín. Tomándose un minuto para calmar su respiración, Danny se quitó las gafas de visión nocturna y trepó por el muro de dos metros y medio. Se mantuvo estable, con la cabeza asomando por encima mientras examinaba la parte trasera de la casa. La luz de las ventanas y de la lámpara de pared era demasiado brillante para la visión nocturna y habría cegado las gafas. Un guardia permanecía junto a la parte trasera de la casa a unos cuarenta metros de distancia. Danny calculó que estaba lo bastante lejos como para no

ser oído y en un lugar lo suficientemente oscuro como para no ser visto. Se impulsó hacia arriba, pasó las piernas por encima y se dejó caer en cuclillas entre los arbustos.

Arrodillándose sobre una pierna, estabilizó el rifle y observó más de cerca al guardia a través de la potente mira. El hombre iba armado con un AK-47 y llevaba un walkie talkie enganchado al cinturón. Respirando lentamente, giró a izquierda y derecha comprobando la parte trasera de la casa. No vio a nadie más en los terrenos ni asomándose por las ventanas. Volvió a apuntar al guardia, exhaló lentamente y apretó el gatillo.

El rifle produjo un pequeño chasquido y el guardia cayó silenciosamente al suelo. Danny cruzó el césped rápido y agachado. Agarrando al guardia por las axilas, lo arrastró apresuradamente hacia los arbustos. Colgándose el rifle a la espalda, sacó su pistola con silenciador y realizó el recorrido de vuelta hasta la puerta trasera y entró. Tras inspeccionar las habitaciones de lo que habría sido una entrada de servicio, giró hacia la cocina y se encontró cara a cara con uno de los hombres de Yuri, que estaba dándole un bocado a un sándwich. Danny le estampó la palma de la mano en la cara, empujando el sándwich dentro de su boca para mantenerlo callado. Al mismo tiempo, presionó el cañón de su pistola silenciada contra el esternón del hombre y disparó dos veces directo al corazón. Mantuvo la mano firmemente sobre la boca del hombre hasta que la expresión de sorpresa desapareció de su rostro y cayó al suelo. Agarrándolo por debajo de los brazos, Danny lo arrastró hasta un aseo en el pasillo y cerró la puerta. Usando un cuchillo, giró la ranura exterior para dejarlo encerrado.

Con la casa aún en silencio, entró en el comedor vacío y lo cruzó para mirar hacia el vestíbulo principal. Había una luz encendida en una habitación al fondo. A medida que Danny se acercaba, podía oír una voz murmurando a través de la puerta entreabierta. Con su arma perfectamente sincronizada con su mirada, entró en la habitación. El sonido procedía de un anciano recostado en una silla detrás de un antiguo escritorio con cubierta de cuero. Los ojos azul hielo del anciano se fijaron en Danny por encima de una botella de

vodka medio vacía. Ninguno de los dos se movió. Las manos del anciano permanecían ocultas bajo la mesa.

—Eres tú, el inglés. Sabía que vendrías. Vas a matar a Yuri, ¿verdad? —dijo, con el rostro sereno pero la voz dura y los ojos ardiendo desafiantes.

Danny se detuvo, con el conflicto palpitando en su mente. ¿Debería matar al anciano o dejarlo vivir? Su error. La superficie del escritorio estalló en una lluvia de astillas y perdigones de escopeta.

SETENTA Y TRES

El ruido despertó a Yuri de golpe. Se puso una bata y se dirigió a la puerta.

Esa maldita escopeta vieja. Un día de estos se volará la cabeza.

Vacilando, Yuri se detuvo antes de llegar a la puerta y retrocedió. Abrió el cajón de la mesilla y sacó un revólver achaparrado. Metiéndolo en su bata, bajó las escaleras apresuradamente, encontrándose con el guardia de fuera que entraba corriendo por la entrada.

—¿Es tu padre otra vez? —dijo mientras se dirigían al despacho.

—Sí, Stefan, ha estado bebiendo otra vez —respondió Yuri, apenas ocultando su fastidio.

Al entrar primero en la habitación, Yuri vio a su padre a través del humo. Estaba recostado en su silla con un gran agujero humeante en forma de U atravesando la parte superior del escritorio. A medida que el humo se disipaba, apareció a la vista un agujero de bala en el centro de la frente de su padre. Momentáneamente aturdido, la atención de Yuri se dirigió a las manchas de sangre en el suelo a sus pies. Se giró para encontrarse con el cañón del arma de Danny.

De pie pegado tras la puerta, los ojos de Danny se cruzaron con los de Yuri, dejándole claro su intención de matarle. La sangre goteaba de su mano armada, bajando desde la herida perforada por

perdigones en su hombro. Los ojos de Yuri se abrieron de par en par al ver que el dedo de Danny comenzaba a moverse en el gatillo. Cuando recorría su último milímetro, Stefan embistió con el hombro el otro lado de la puerta, estrellándola dolorosamente contra el hombro herido de Danny. Le golpeó de costado, enviando la bala a milímetros de la oreja de Yuri. Con su instinto de supervivencia reactivado, Yuri apartó el arma de Danny y le golpeó en el hombro herido con todas sus fuerzas.

Tambaleándose, Danny vio a Stefan aproximándose por un lado y se lanzó hacia delante con la cabeza ligeramente agachada, golpeándole duramente en la nariz a Yuri. El impacto se la aplastó y dejó a Yuri de culo en el suelo. Danny estaba girando su mano armada para ocuparse de Stefan cuando el corpulento ruso estrelló la mano de Danny contra la pared, obligándole a soltar el arma. Los dos hombres entraron directamente en una feroz danza de bloqueos y potentes puñetazos. El hombro herido de Danny y el rifle que llevaba a la espalda le estaban ralentizando. Stefan aprovechaba cada oportunidad. Se movía rápido, atacando la herida de Danny en cada ocasión. Sin otra opción, Danny se agachó y agarró a Stefan por la cintura, levantándolo y cargando hacia el escritorio. Estrelló a Stefan contra el borde de la mesa, impactándole con fuerza en la parte baja de la espalda. Alejándose, Danny balanceó el rifle desde su espalda, apretando el gatillo justo cuando Stefan se levantaba. La bala atravesó el centro de su pecho, desgarrándole el corazón en dos. Agarrándose la herida, miró fijamente a Danny con los ojos desorbitados. Tosió sangre mientras intentaba hablar. No salió ninguna palabra antes de que se derrumbara de rodillas, cayendo de bruces al suelo.

Danny dirigió su atención hacia Yuri, quien tiraba frenéticamente de su bolsillo. Finalmente, sacó el revólver de su bata y buscó su objetivo. Danny ya se había adelantado. Se arrodilló sobre el pecho de Yuri, agarrando su muñeca y el arma con ambas manos. Mirando fijamente a los ojos de Yuri, lentamente forzó el arma hacia su ensangrentado rostro. Los brazos de Yuri temblaban mientras luchaba contra Danny con cada gramo de fuerza que tenía. Por

primera vez, el miedo se dibujó en su rostro mientras el cañón era empujado bajo su barbilla.

—Que te jodan —escupió Yuri en un último acto de desafío.

—No, que te jodan a ti —dijo Danny poniendo su dedo encima del de Yuri y apretando el gatillo, esparciendo la parte superior de la cabeza de Yuri por toda la alfombra.

Recogiendo su pistola con silenciador, Danny la mantuvo frente a él y regresó con cuidado por donde había venido. Se detuvo en la cocina para mirar alrededor. Después de revisar bajo el fregadero, se descolgó el rifle del hombro y golpeó repetidamente la llave del gas junto a la cocina con la culata hasta romperla. El siseo y el olor a gas llenaron rápidamente la habitación. Cogió un cuenco del armario y lo llenó con limpiador de amoniaco que encontró bajo el fregadero. Después de meter un estropajo metálico, lo puso en el microondas y lo encendió al máximo. Agarrando un impermeable que había junto a la puerta trasera, comprobó el jardín antes de correr a toda velocidad hacia el muro. Acababa de aterrizar al otro lado cuando el microondas explotó, encendiendo el gas. La explosión sacudió el suelo bajo sus pies. Los fragmentos de cristal estallado tintineaban contra el muro a su espalda. Podía oír débilmente los gritos de los hombres de Yuri en la puerta principal. Sin prestarles atención, cruzó el campo en completa oscuridad hasta la furgoneta. Deslizando la puerta lateral, se quitó con cuidado el chaleco y la chaqueta ensangrentados por encima del hombro herido. La sangre se había coagulado alrededor de los perdigones de escopeta y ya no goteaba por su brazo. Los tiró junto con las armas en la parte trasera y se puso suavemente el impermeable para ocultar la herida. Al volver a la carretera principal, pudo ver a los guardias en la entrada gritando por sus teléfonos en un estado de impotencia mientras la finca centenaria de la familia Volkov era consumida por el humo y las llamas detrás de ellos.

Eso debería mantener ocupadas a las autoridades hasta mucho después de que haya abandonado el país.

Se colocó detrás de un camión cisterna y avanzó lentamente, invisible entre el tráfico mientras entraba en la ciudad. Varios coches de policía y un camión de bomberos pasaron a toda velocidad por el

lado opuesto de la carretera, con las luces girando y las sirenas aullando mientras se dirigían a la finca de los Volkov. Para cuando aparcó la furgoneta de vuelta en la calle Ulitsa Mantulinskaya, había empezado a relajarse un poco. Dejó las llaves en la guantera y caminó hacia el hotel. Justo antes de llegar, se quitó los guantes de látex cubiertos de sangre y los metió en sus bolsillos. Al mirar hacia atrás, a unos doscientos metros donde había aparcado la furgoneta, ahora solo había un espacio vacío. Era un escalofriante recordatorio de que si las cosas hubieran salido mal, él habría desaparecido sin dejar rastro tan rápido como lo había hecho la furgoneta. Subiéndose la capucha y manteniendo la cabeza agachada, atravesó el vestíbulo del hotel y subió las escaleras hasta su habitación. Se desnudó, metió toda su ropa en una bolsa de plástico y después, dolorosamente, se extrajo los perdigones del hombro con unas pinzas. Tiró de la cadena para deshacerse de los perdigones y se duchó antes de vendarse la herida y ponerse ropa limpia. Minutos después, Danny caminó aproximadamente un kilómetro y medio desde el hotel. Después de comprobar que no había nadie alrededor, tiró la bolsa de plástico en un contenedor detrás de una tienda de conveniencia. Eran casi las tres y media cuando se desplomó en la cama. A pesar de los disparos, cortes y magulladuras, se quedó dormido en cinco minutos.

SETENTA Y CUATRO

El bolsillo de Danny vibró con el ritmo constante de una llamada entrante. Sacó su móvil y sonrió.

—Hola, tío. Estaba a punto de coger un taxi para ir a tu casa.

—No, no hagas eso. Estoy con Scott. Estamos entrando ahora mismo en la zona de recogida —dijo Rob.

Danny estaba a punto de preguntar qué coche conducían cuando le ensordecieron un ruidoso tubo de escape y música atronadora. Rob salió de un Audi RS6 y los dos hermanos se abrazaron.

—Buscaos una habitación, maricones —dijo Scott, bajando el volumen de la música.

Las mismas tonterías de siempre.

—¿Qué pasó con el Porsche? —le preguntó Danny a Scott.

—Mi mujer volvió —dijo Scott con aire sombrío.

—¿Y eso no es bueno?

—No, amigo. Volvió y se llevó el Porsche y la casa y prácticamente todo lo que había dentro. Me estoy alojando en El Savoy.

—Vaya, siento oír eso, Scotty —dijo Danny, dándole una palmada en el hombro a su amigo.

—Sí, ya lo sé, es una maldita lástima. Amaba ese coche.

—Gilipollas —se rio Danny.

Scott aceleró el Audi fuera de la zona de recogida y se dirigió hacia el otro lado de Londres. Por el camino, Danny vio una pared con grafitis que le resultaba familiar, el cuadrado rojo con una estrella amarilla sobre una *V* amarilla. Se había descolorido y deteriorado, y ahora tenía un *RIP* pintado encima. Rob se inclinó hacia delante desde su asiento trasero y le habló en voz baja al oído.

—Fui a la lectura del testamento de mamá mientras estabas fuera —dijo Rob, seguido de un largo silencio.

—La casa está completamente pagada y tenía poco más de veinte mil libras en ahorros para repartir entre nosotros dos.

Danny permaneció muy quieto durante mucho tiempo. La montaña rusa emocional de los últimos meses le golpeó en oleadas reprimidas: su mujer y su hijo, el asesinato de su tía y la enfermedad de su madre. Se recompuso, tomándose otro minuto antes de responder.

—La casa es tuya, Rob. Tú cuidaste de mamá mientras yo estaba fuera. Estuviste ahí para ella después de que papá muriera. Te la mereces, tío, y no aceptaré un no por respuesta.

Rob iba a discutir, pero conocía bien a su hermano. Cuando se decidía sobre algo, no había forma de hacerle cambiar de opinión.

—Aunque hay una condición —dijo finalmente Danny.

—¿Cuál? Lo que sea.

—Que pueda quedarme hasta que haya ahorrado suficiente dinero para comprar un lugar. A diferencia del doctor amor aquí presente, no puedo permitirme vivir en El Savoy —dijo con una amplia sonrisa.

—Trato hecho —dijo Rob mientras aparcaban frente a la casa de su madre—.

¿Entras, Scott?

—No, voy a llevar a cenar esta noche a una preciosa morenita de la recepción del hotel —dijo Scott con una sonrisa pícara.

Danny simplemente se rio mientras Scott los dejaba y se marchaba. Entraron en la casa y fueron recibidos por Tina en el pasillo. Le dio a Danny un abrazo y un beso antes de pasar a la cocina.

—La nueva cocina se ve genial —dijo Danny, deslizando su mano sobre la encimera de mármol.

—Sí, la terminaron la semana pasada. No sé cómo te la pudiste permitir. Esto debe haber costado una fortuna.

—Qué va, era una exposición, conseguí una oferta fantástica. Voy a cambiarme —dijo Danny, desapareciendo escaleras arriba. Dejó sus bolsas y sacó algo de ropa limpia del armario, sonriendo al ver la bolsa de lona negra escondida al fondo. Su teléfono vibró con un mensaje de Paul mientras bajaba:

—Me alegro de que hayas vuelto. Ven a verme pronto. Tengo más trabajo para ti.

Entró en la cocina y descubrió que Harry y May habían llegado con comida para llevar y cerveza. Harry le puso una bebida en la mano y, rodeado de las personas que le importaban, Danny se unió a las risas y la charla.

Era bueno estar en casa.

POR FAVOR, POR FAVOR.

DEJA UNA VALORACIÓN PARA SANGRE SOBRE LONDRES

Como autor independiente autopublicado, no puedo enfatizar lo suficiente lo importantes que son vuestras reseñas de Amazon para dar a conocer mi trabajo.

Me encanta escribir estos libros para vosotros, lleva meses de arduo trabajo crear cada uno. Así que, por favor, tomad unos minutos para hacer clic en el enlace del libro, desplazaros hacia abajo hasta las reseñas y dejar una breve reseña o simplemente calificarlo con estrellas.

Muchas gracias

Stephen Taylor

Pulsa para reseñar Sangre Sobre Londres

ELIGE TU PRÓXIMA NOVELA

Sangre Sobre Londres

La mafia londinense choca con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentan, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson tiene que acabar con la guerra, antes de que mueran más miembros de la familia…

Ejecución de La Fe

Terroristas y asesinos mercenarios conspiran para cambiar el equilibrio del poder mundial. ¿Podrá Danny Pearson detenerlos o será esta su perdición...

Quién Ostenta el Poder

Mientras una organización secreta mata, corrompe e influye en su camino hacia la dominación global. Danny Pearson debe detenerlos a ellos y a su letal asesino chino en su aventura más peligrosa hasta la fecha...

Vivo Hasta Que Muera

Cuando los recortes gubernamentales amenazan al proyecto Dragonfly. El General Rufus McManus toma medidas directas para asegurar su futuro. Infiltrado en las profundidades con su vida en juego, ¿podrá Danny sobrevivir lo suficiente para llevarlo ante la justicia…

Deporte de Reyes

Cuando el viejo compañero del SAS de Danny desaparece, la unidad de Danny se reúne para encontrarlo. Cuando siguen el rastro de Smudges se encuentran en el lado equivocado de una operación internacional de contrabando de drogas y el deporte de reyes, una cacería exclusiva de naturaleza mortal...

La Sangre Corre Hondo

Hace cinco años (Vodka Sobre Londres) la mafia londinense chocó con la mafia rusa. La muerte y la violencia aumentaron, poniendo a la familia de Danny en peligro. Danny Pearson acabó con la guerra, o eso pensó…

Orden de Matar

Cuando el multimillonario australiano Theodore Blazer se aprovecha del mundo hiperconectado de hoy con intenciones siniestras, Danny viaja al otro lado del mundo para evitar que el mundo se desmorone.

Sin Límite Superior

El periodista David Wallace es asesinado cuando intenta descubrir la identidad de un traficante de armas conocido como el Lobo, la unidad del SAS de Danny Pearson también está intentando impedir que el Lobo venda armas a los talibanes. Cuando se acercan, el Lobo desaparece para siempre, o eso pensaban…

No Dejar Nada al Azar

Cuando el mejor amigo de Danny, Scott, desaparece de su habitación de hotel en Brasil, Danny hace todo lo posible para encontrarlo. La búsqueda lo lleva al corazón de Colombia y a las garras de un barón de la droga conocido como El Diablo.

Muerto No Enterrado

Snipe ha vuelto, despertado de su coma y sin recuerdos de los últimos años. Cuando la instalación lo reacondiciona y lo pone a trabajar, todo está bien hasta que su memoria y su locura regresan.

Hasta Que la Muerte Nos Separe

Danny, su mejor amigo Scott y sus viejos compañeros del SAS viajan a Benidorm para su despedida de soltero, ¿qué podría salir mal?

Enemigo en la Puerta

Desilusionados con el gobierno, el estado del planeta y sus perspectivas de futuro, un grupo de estudiantes universitarios de élite del país toman cartas en el asunto. Con dinero, poder y conexiones, inician su campaña de terror volando el pub Red Lion en Parliament Street.

Cueste Lo Que Cueste

Cuando la hija de Fergus, el viejo amigo del SAS de Danny, Kirsty, es secuestrada por una banda de tráfico de personas eslovena, Danny, Chaz y Scott acuden en su ayuda.

Comprar Ahora en Amazon

ACERCA DEL AUTOR



Stephen Taylor es un exitoso escritor británico de thrillers. Su serie best seller en Amazon, Danny Pearson, ha vendido más de 250.000 copias y ha deleitado a los amantes del género de thriller de acción y aventura. Antes de convertirse en novelista, dirigía su propio negocio instalando equipos audiovisuales para hogares y empresas.

Al acercarse a los 50, Stephen escribió el libro que siempre había querido. Ese libro fueEjecución de Fe. Una montaña rusa trepidante y llena de acción que no se toma a sí misma demasiado en serio. A la gente le encantó tanto el libro que escribió una precuela, Vodka Sobre Hielo de Londres. Debido a la cronología, este se convirtió en el primero de la serie de thrillers de Danny Pearson.

Nacida de su amor por los libros de thrillers de acción: Jack Reacher de Lee Child, Mitch Rapp de Vince Flynn y Victor de Tom Wood, sin mencionar su amor por las películas de acción como Die Hard, el Bond de Daniel Craig y Lock Stock o Snatch de Guy Ritchie. La serie de Danny Pearson avanza con acción dura y rápida, sin relleno y con una buena dosis de humor.